LOS QUE VOLVIERON
Márgara Averbach
SUDAMERICANA
JOVEN
NOVELA

Dirección literaria: Mariana Vera
Edición: Paula Álvarez Arbelais
Gerente de producción: Stella Maris Gesteiro
Corrección: Rodrigo Sáez
Diseño de tapa: Candela Iusta

Averbach, Margara
Los que volvieron. - 1ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2016.
184 p. ; 21x14 cm. (Sudamericana Joven)

ISBN 978-950-07-5252-7

I. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863.9282

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Printed in Argentina - Impreso en la Argentina

ISBN: 978-950-07-5252-7

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Esta edición de 3000 ejemplares se terminó de imprimir en Encuadernación Araoz S.R.L.,
Av. San Martín 1265, Ramos Mejía, Buenos Aires, en el mes de abril de 2016.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

"(La historia) tenía tema, principio, remate. Todo. Y ese era el problema. Y de tal calibre que, a medida que trabajaba, advertí que nunca iba a poder escribir esta historia. Porque era historia. Y que si yo iba a escribir alguna novela sobre los fueguinos, me tenía que olvidar prolijamente de la historia y escribir otra cosa."

Eduardo Belgrano Rawson en conversación con
Marcos Mayer, "Los fuegos de una novela",
Primer plano (suplemento de cultura de *Página/12*),
15 de diciembre de 1991.

Prólogo, dedicatoria y advertencia

Lo que cuento no es la historia tal cual pasó. Lo que pasó, creo, es mucho más que esto, que fabriqué con palabras un verano (siempre escribo en verano) en un cuaderno rayado. Y lo peor es que lo hice con toda conciencia: sabía eso cuando me senté a escribir. Pero no podía dejarlo: la historia me llamaba, me pedía palabras.

Lo que pasó en el mundo, en Melincué y en Rosario y también lejos de Argentina —esa historia de horror y sangre y pueblo chico y manos que se atreven a rozarse y miradas que ven muy lejos—, eso lo tienen que contar los protagonistas. Que yo sepa, lo hacen todo el tiempo. Y está bien: esta es una historia que hay que contar muchas veces.

Esta es mi versión. La pienso como un eco que va detrás de la historia, nunca en contra, nunca en competencia. Aún así, sigo sin estar segura de si hago

bien, pero no en escribirla (eso era inevitable), sino en intentar que otros la lean.

Inevitable, dije, porque la historia de Yves Domergue y Cristina Cialceta quiso que yo la contara. Me llamó desde esquinas que camino, desde caras que vi una sola vez en algún colectivo, desde un viento que doblaba un árbol frente a mí para decirse en el aire. Y yo no sé no escuchar las historias. Esa es mi excusa.

Así que cuando no pude más, la levanté con las dos manos, despacio, y me senté a escribirla en lápiz y papel, como hago siempre con los primeros borradores. Pero sigo sabiendo que esta historia que imaginé y borré y volví a imaginar, es otra historia.

Por eso, pasa en un pueblo que no existe (aunque tal vez haya algún pueblo con el nombre que yo inventé), entre personas que no respiran excepto detrás de mis ojos. Por eso, la advertencia a los que leen y las disculpas a los protagonistas. Los verdaderos, digo. Porque aunque esto no fue lo que pasó en Melincué, sin Melincué, esta historia no existiría. Sin Melincué, seguiríamos llorando.

Por eso, esta dedicatoria, que tal vez es el centro del libro.

Lo que inventé es un homenaje al pueblo que buscó con cuidado el final para una historia interrumpida. Y no es una reescritura. No es lo que ella quiere

ser, no es lo que yo quiero que sea. Lo que quiero es volver a contar de otra forma la magia infinita del recuerdo recuperado por ese pueblo, tan parecido al de mis abuelos, un pueblo en el que alguien vio a los fantasmas y supo escucharlos.

Vaya la historia y mis disculpas a Eric Domergue, con quien hablé primero por correo electrónico, después en persona; a toda su familia y a la familia de Cristina Cialceta; a la profesora Juliana Cagrandi, a la directora de la escuela Pizzurno, María Cristina Farioli, y a los chicos de la promoción 2003, que hicieron el trabajo. Y a Melincué, claro. Sobre todo a Melincué, el pueblo que recibió dos muertos desconocidos y buscó y siguió buscando hasta que consiguió devolverles el nombre.

TEMA

Los que se perdieron

Nos arrastraron hacia el fondo imposible de la muerte y después, cuando ya no éramos, nos metieron en un auto verde, un Ford muy parecido al primero, el que nos arrancó de la vida, y nos llevaron lejos.

Como en un cuento de hadas, nos perdieron en un bosque sin árboles.

"Ningún Nombre": eso dicen las lápidas del cementerio a un costado de un pueblo que, vivos, no caminamos nunca. Un pueblo cualquiera. "NN" proclaman las dos lápidas, como si los dos fuéramos la misma persona.

Desde entonces, en el día, vagamos en torno del fresno, bajo el que, algunas tardes, duerme el que cuida el cementerio. Desde entonces, en las noches, nos repetimos el Antes en voz baja. La memoria nos tiembla sobre manos inventadas: no queremos perderla. Bailamos en el mismo viento, juntos como dos banderas, aferrados a ella. En el Antes también bailábamos uno con la otra y el mundo nos sostenía; en el Antes había risas y espacio y esquinas en que encontrarse.

También nos robaron eso.

A veces, cuando la oscuridad es larga y fría, y en el pueblo las puertas están cerradas y las ventanas abiertas, oímos las voces que nos buscan. Las oímos desde lejos, desde este lugar imposible. No están en estas calles. ¿Para qué vendrían a este pueblo, igual a cientos de otros, distinto de cualquier otro? Nos buscan, eso lo sabemos, pero nos buscan desde el otro lado del Antes, ese lado al que ya no podemos volver.

A veces, en verano, el cementerio se siembra de ruiditos rápidos. Hay pies que pasan corriendo sobre la pared baja de ladrillos y cruzan entre las tumbas, tambaleándose entre la risa y el miedo. Nosotros los miramos pasar y cuando se detienen bajo el fresno, decimos nuestros nombres en voz alta. Sonidos limpios, diferentes, sonidos que no se parecen en nada a las dos enes de las tumbas. Eran limpios, sonoros, nuestros nombres. Son limpios, sonoros, todavía. Flotan en el aire cuando allá lejos, ellos los siguen diciendo.

Todos los lunes, después de la escuela, la profe iba hasta el cementerio y dejaba flores. Yo no lo sabía, por supuesto; no me enteré hasta mucho más tarde. Cuando lo supe, entendí muchas cosas. Por ejemplo: el ramo que había los lunes sobre la mesa del salón de profesores, esa piecita diminuta cerca

de la puerta principal del colegio, la cafetera siempre encendida, las sillas blancas y la mesa de madera oscura y muy rallada. O el hecho de que los lunes, solamente los lunes, la profe salía apurada apenas tocaba el timbre.

Después, cuando empezamos a ir al cementerio, vimos las flores también, apoyadas sobre las tumbas, junto a las dos placas con las letras "NN", grabadas sobre el cemento desprolijo. Ningún Nombre. Eso dijo la profe que significaban. Casi al final, creo (porque hubo un final aunque ninguno de nosotros se atrevió a imaginarlo al principio), supimos que había otros que llevaban flores. No sé cuántos eran. Por un tiempo (hasta lo de la panadera), a mí me gustaba creer que era todo el pueblo, todo Los Baguales que se turnaba para hacerlo.

Pero la historia no empezó con las flores. Ni siquiera empezó con la profe, no. Empezó con Ju.

Lo raro es que, en ese entonces, ninguno de nosotros esperaba nada de Ju. Para los demás, ella casi no existía. Ahora que se me dio por pensar la historia de nuevo, por escribirla, se me ocurre que por ahí fue justamente porque no existía que le pasó. Ella era "la menos". Así la llamaba yo en voz baja cuando ella no me estaba mirando. Cuando se lo dije, hace poco, se las arregló para reírse pero yo sé que le dolió.

Yo no la odiaba ni nada. Al contrario, a veces se me daba por pensar en lo complicado que debía ser no tener nada para defenderse. Quiero decir: yo aprendí hace mucho a acordarme de lo que me sale bien. Al principio de la secundaria, cuando mamá me retaba si faltaba al colegio (había días en que hacía mucho frío y yo decidía quedarme), yo sabía qué decirle: "Me va bien, ma, ¿vos nunca te quedaste cuando llovía mucho?". Con el odio que le tenemos las dos al frío, en general, no necesitaba mucho más... No era difícil: yo le recitaba mis notas y listo. Y no soy la única en eso. El Negro, que siempre se llevó todo menos Gimnasia, me contó que cuando era necesario, en su casa, él les recordaba que hacía tres años que lo votaban "mejor compañero".

Ju no tenía nada de eso. O sí y nosotros no se lo veíamos. A mí me daba como lástima. Por ahí, digo, fue por eso que Ju vio lo que vio. Por ahí, ella necesitaba ver. Eso pienso yo. Pero Ju tiene otra teoría. No hace falta aclararlo: como en todas sus teorías, ella no está en el centro.

—Fueron ellos los que querían que alguien los viera. Yo estaba ahí, nada más que eso —dijo entonces. Supongo que si alguien le preguntara ahora, lo seguiría diciendo.

Ese día, el primero, llegó tarde a clase. Pero no, no, me equivoco. Ese no fue el primer día de la histo-

ria. La cosa empezó mucho antes, hace como treinta años. Lo que yo quiero contar fue nuestra parte en el asunto. Y si me pongo a pensarlo, ese tampoco fue el primer día de Los Baguales en el asunto. En ese momento, a nadie le llamaba la atención que Ju llegara tarde. Así era ella entonces. Estoy tratando de acordarme cómo nos sentábamos los cinco. Y cómo éramos también, porque no somos los mismos. La historia nos cambió a todos. Aunque hay cosas que no cambian...

Yo no sé cómo era yo entonces, no del todo, pero sí que era tan curiosa como ahora. Mamá siempre me lo decía: "A vos, lo que te va a salvar es la curiosidad". El problema es que hay muchos tipos de curiosidades. A ella y a papá les dolía (por ahí les duele todavía) que yo no tuviera la que lleva directamente hacia la ciencia. Para ellos, esa es la única que importa. Yo soy curiosa pero solamente cuando se trata de las personas, los animales, las palabras. Nunca se me dio por preguntarme la razón por la que se caen las cosas o se oxidan los metales. Lo mío es más bien "¿por qué la gata de Lau me quiere a mí y odia a Ju, incluso ahora, que Lau y Ju están siempre juntos?". O "¿por qué, cuando vuelve del trabajo, invierno o verano, siempre, mamá se saca los zapatos y anda descalza?".

No creo que Ju sea curiosa. Hasta que ella vino a la escuela, yo suponía que nadie vivía sin alguna pregunta en la cabeza, sin ganas de averiguar algo. Y como Ju no parecía interesada por nada, para mí ella era como un autómata. Un robot. Respiraba, nada más. Y hacía todo como se respira: sin pensar, sin sentir. Lau fue el que lo dijo mejor: "A esa le resbala todo", me dijo a principio de año.

El proyecto la dio vuelta, sí. La convirtió en otra. Por ahí fue porque sintió que por primera vez alguien la elegía para algo. Yo no termino de creerle, no del todo, pero me gusta cuando ella cuenta la historia a su manera. Le dije que la escribiera y me dijo que no le gusta escribir. Por eso lo hago yo. Alguien tiene que hacerlo.

Una vez, la profe (no sé por qué le seguimos diciendo así, tal vez porque ese año fue *la* profe para nosotros) dijo que si una no se siente mirada, se vuelve invisible. Algo parecido. Yo entiendo eso. Es por eso que el Negro siempre está haciendo chistes. Es por eso que siempre está esperando que le pidamos que cuente uno. Se sienta como en el medio, nos mira y hasta que alguien no dice "Dale, contate algo, Negro", no se queda tranquilo. A Ju le faltaba algo así. Contar chistes, quiero decir. Por eso fue ella la que vio. Necesitaba algo que hiciera que los demás

la miraran. Yo no podría vivir ni medio minuto si alguien no me estuviera mirando.

Un hermano

Lo buscamos todos. Todos. Los que vivíamos en este país, cerca del lugar en donde se lo tragó la tierra, y los que se habían ido al otro lado del mar, más allá de la frontera.

Él era el único tema del que hablábamos. Y estaba ahí, siempre; respiraba debajo de las charlas tontas y necesarias en las que se arregla cuánta leche hay que comprar o qué regalarle a alguien para el cumpleaños. Él era el ruido constante que todos oíamos por debajo del mundo. Nos acostumbramos a ese ruido, pero a lo otro no nos acostumbramos nunca. Nunca. Las ausencias nunca se hacen costumbre.

Al principio, mi hermano escribía. Escribía como se escribía entonces, en papel, con birome y esa letra conocida que ahora me golpea como me golpea el tono de la voz cuando la escucho en una grabación familiar. Un día, llegó una carta que no tenía por qué ser la última. Después, nada. Como si él hubiera entrado en otra dimensión. Algunos me preguntan si yo sabía lo que significaba ese silencio de páginas.

Y no, no. Para los que creen en conexiones mentales (yo no), la verdad es que no me intranquilicé. Todo esta-

ba bien. Ya había pasado antes. Supuse que me llegaría otra carta en dos, tres semanas. Algunas noches me ponía a pensar en lo que significaba la última oración de la carta anterior. "Me está pasando algo hermoso", había dicho y yo había entendido "amor" pero no había nombres. Nada más que la promesa: "Ya te voy a contar".

Cuando la carta siguió sin venir, empezó la búsqueda.

Lo busqué en todas partes. Busqué y busqué y seguí buscando, y en algún momento empecé a soñar. En el sueño, que se repitió varias veces, buscaba a alguien que nunca había existido. Y cuando preguntaba por él a otros, ellos me miraban como se mira a los locos y se encogían de hombros. Y entonces, yo empezaba a dudar. Eso era lo peor de todo, lo que me aterrorizaba: la duda. En esa duda, que nunca sentí despierto, me despertaba.

Busqué. De pregunta en pregunta, llegué a la última ciudad, el lugar donde había estado mi hermano cuando mandó la última carta. No, no había vuelto a la casita en la que vivía, me dijeron. Había estado ahí hacía poco, sí, con una chica. Después de eso, se perdió el rastro y yo busqué pero ya sin dirección, casi sin sentido. Él podía estar en cualquier parte. Podía haber caminado diez kilómetros y quedarse en una casa; podía haberse tomado un ómnibus a Buenos Aires, a Neuquén, a Jujuy; podía estar ahí mismo, en el departamento de al lado.

No me resigné. No hubiera sabido cómo. Tal vez el único sentido que me quedaba era la búsqueda misma,

el tiempo de esperanza que se me abría por dentro cada vez que creía que estaba avanzando.

No puse avisos. No estaba permitido y yo ya había entendido lo que pasaba alrededor. Alguien me aconsejó que me fuera del país. Tenía razón, pero yo necesitaba quedarme. Había agotado las pistas, todas, pero mañana, hoy mismo, en una hora, podía llegar una carta; en dos segundos podía sonar el teléfono. Durante años imaginé el momento en que recibiría la carta, atendería el teléfono. Imaginé la letra conocida, la voz como un golpe en el estómago.

La mía era una esperanza lastimada. A veces conseguía imaginar el paso posterior, el día en que sabría las razones del silencio y tomaría un colectivo, un tren al encuentro de mi hermano, la sonrisa en los labios, la cabeza apoyada contra la ventanilla. Hasta ahí llegaba porque ¿cómo imaginar lo que seguía sin saber cuál sería el destino, el escenario del encuentro? Nunca quise elegir uno cualquiera (una plaza conocida, una esquina) porque me daba la impresión de que eso era cerrarme a que el encuentro ocurriera en alguna parte. Y no quería cerrarme. No iba a cerrarme. Si me cerraba, estaba seguro de que me volvería loco.

Los que se perdieron

Llamamos. Llamamos a todos, a cada uno que se cruza con nosotros sin vernos. Hacemos señales desde nues-

tra isla desierta con brazos inútiles, transparentes, que los vivos no ven.

Y eso tampoco es cierto. Hay sombras rápidas que vienen a dejarnos flores. Lo hacen desde siempre, desde el día que siguió al viaje en el auto verde inundado de olor a muerte y sangre y gritos; desde la noche en que empezamos a mirar el mundo desde afuera, como se mira el comedor caliente de una casa desde el frío turbio del invierno. Así que no, no es cierto.

Alguna vez, las flores nos dieron esperanzas. Creímos que los que las traían se pondrían a buscar nuestros nombres perdidos. Que entenderían. No fue así. Hoy seguimos mirando desde el otro lado, las manos detrás de la barrera, invisible como el vidrio. Ellos traen flores y las voces nos llaman y la casa en que están, ese otro mundo, tiembla y susurra y nos llama pero nosotros seguimos afuera. Ningún nombre, dice el cemento.

A veces nos damos por vencidos. A veces esperamos de nuevo. Los lunes, sobre todo. La mujer de los lunes vino desde la primera semana. Entonces era una nena. Sigue viniendo. Nos habla en voz baja y tranquila pero no se hace preguntas. Tal vez porque supo el principio, porque leyó sobre el auto verde y la zanja cerca del molino y las tumbas rápidas.

Y ahora, cuando ya no esperábamos, Ju.

Ju no sabía. La noche de la zanja ni siquiera había nacido. Apenas si leyó algún libro, suponemos. ¿Por qué iba

a vernos? Eso pensábamos hasta hace nada de los chicos jóvenes. Ahora, de pronto, se nos ocurre que es al revés: que ella nos ve justamente por eso, porque vino después, cuando todo había pasado, cuando el miedo ya no era el mismo. Por eso, es capaz de mirar el espanto. Porque tiene un lugar seguro donde pararse y pensarnos.

Y no. No, tampoco es eso. No parece seguro el lugar en que vive Ju. La vemos tambalearse. Y después nos ve.

Nos ve, sí, nos está mirando.

Nuestros nombres perdidos ronronean, lejos, donde los dejaron. El camino hasta ellos es muy largo, termina allá, en el mundo del que nos sacaron a la fuerza, ese mundo que dejamos antes de la zanja. Es un camino con más de dos puntas. Un camino que no podemos andar a solas.

Para Ju (lo sabemos) empieza hoy, en la biblioteca.

La biblioteca vieja de este pueblo, tanto más chica que la de la ciudad en que nos quisimos. No es la primera vez que nos refugiamos aquí. Vinimos muchas tardes a leer sobre el hombro de otros, adaptándonos a ritmos y manos y gustos ajenos. Leemos lo que pudimos leer antes de la zanja.

Hoy, el sol que baja como una hiedra desde las pocas ventanas brilla sobre un vestido arrugado y azul que cruza, de pronto, la puerta que da hacia la plaza. Ella no era nadie cuando abrió esa puerta. No era Ju. Cuando caminó por el pasillo hacia el fondo, sin saludar, sin

pararse en el escritorio de la entrada, ella tampoco tenía nombre para nosotros.

Éramos cuatro cuando empezó. Cuatro y Ju. No hay otra manera de decirlo. La profe había pedido que nos reuniéramos en grupo. Yo hubiera podido estar en cualquiera. Cuando empezó lo del proyecto, yo era lo contrario de Ju: a mí me invitaban todos. "Tenés suerte", dice mamá a veces. Creo que yo no estuve de acuerdo hasta que se me ocurrió compararme con Ju. Y se me ocurrió cuando Ju empezó a ser alguien. No antes. No podíamos ser más diferentes: ella, ningún grupo; yo, todos.

Creo (no estoy segura) que ese año yo me sentaba con Adri o, de última, con el Negro porque el Negro era un payaso y me divertía. No suelo llegar tarde pero, si me pasaba, miraba los lugares que quedaban y elegía a Lau o a Cami. Me hubiera sentado con cualquiera. Menos con Ju.

Acabo de darme cuenta de la razón que tenía Ju para llegar tarde. Al principio de nuestro último año en la secundaria (lo del proyecto empezó a fines de abril, cuando ya se había establecido la rutina), ella llegaba entre las primeras. Y entonces, siempre, el asiento que tuviera al lado era el último en ocuparse. O quedaba

vacío. Me acuerdo de un viernes, por ejemplo, en la primera o la segunda semana: el Negro llegó último y se sentó con una mueca, bien cerca del pasillo para no rozarla. Era lógico que llegara última: así, los que elegíamos con quién se sentaba ella éramos nosotros. Ella entraba al filo del timbre y aceptaba el hueco que le hubieran dejado los demás. Sin un gesto.

Así estaban las cosas y entonces, a fines de abril, la de Historia habló del proyecto. Lo de los equipos lo dejó en nuestras manos. Hizo un cuadro con el número de grupos que quería y copió los nombres en el pizarrón. Cuando todos pasamos a anotarnos, la profe tosió y llamó a Ju, que no estaba en ninguna de las listas. Yo me retorcí un poquito en el asiento. No me gustan esas escenas. En cambio, Ju ni se inmutó. En ese entonces era un robot, ya lo dije. Por ahí eso le ayudaba. Se encogió de hombros solamente.

La profe la miró. Es alta y hasta ese momento me había parecido un poco estirada; dura, digamos. Creo que fue ahí que empezó a gustarme.

—Ajá —dijo. Dejó pasar un silencio corto. Y después—: Bueno, entonces decido yo. Vos estás con el grupo de Lau, ya que lo tenés al lado.

Lau se retorció. Lo vi claramente. Pero no protestó. Ni un gesto, hizo. Ju dijo "Bueno" o algo así y se hundió en los apuntes.

Entonces, la profe empezó a explicar las partes del trabajo y las fechas de entrega, tranquila, como si no hubiera pasado nada. Yo ya la estaba odiando de nuevo. Pensaba en la primera reunión. Porque íbamos a tener que reunirnos, claro. En general, me gusta trabajar en grupo. Siempre estoy organizando todo. Pero con Ju... Ah, con Ju por ahí la cosa se iba a poner pesada.

Al final nos reunimos en la plaza. Increíble. Estábamos a fines de abril, hacía frío y nos reunimos en la plaza. Al principio había pensado invitar a todos a mi casa. En mi casa siempre se puede. Pero lo de Ju cambió todo: yo no quería que mamá me viera con Ju. Me ponía los pelos de punta pensar lo que me iba a decir. Ella siempre estaba atenta a los chicos que los demás maltratábamos. Y la verdad era que a Ju, en general, yo trataba de no dirigirle la palabra. Me ponía nerviosa, tal vez justamente porque me daba lástima. Ella se lo buscaba... con esa cara siempre dura, las manos quietas, inmóviles. Así que a mi casa, no.

Hay que decirlo: la reunión fue inolvidable. Pasó de todo. 26 de abril, fue. Me acuerdo hasta de la fecha, y eso que las fechas no son lo mío.

La plaza estaba amarilla y roja en las ramas, roja y marrón en el suelo. Yo llegué caminando por Bel-

grano. Desde la curva donde se empiezan a ver los árboles, esa manzana parecía un lugar hechizado: el suelo inquieto, en movimiento, un mar de colores leves que flotaban en el aire y se arrastraban por abajo, a la deriva, en remolinos y corrientes invisibles.

Ju ya había llegado. En la plaza, donde los bancos no obligaban a sentarse en pareja, había vuelto a su costumbre: la de los que siempre son los primeros. No sé por qué pero yo lo relaciono con los tímidos. Para mí, lo hacen porque les da miedo hacer esperar a alguien. Ella estaba sentada en el banco que hay debajo del único cedro. (Todos le decían "pino", pero a mí me enseñaron los nombres de los árboles: me acuerdo de mi abuelo; los oigo en su voz cuando veo los troncos y las ramas, y eso que hace muchos años que él se murió). Yo me quedé un momento en la esquina y la miré sin acercarme. Después, caminé hacia ella despacio.

Estaba pensando en lo que sabía de Ju. Era la chica menos; pero no porque fuera mala en el estudio, eso no. Tenía notas de esas que mamá hubiera llamado "decentes". En casi todo, menos en Matemática y Física, y claro, en Gimnasia, donde le alcanzaba justo y solamente porque las profes nunca ponen notas demasiado bajas. Jamás hablaba en clase a menos que alguien le preguntara algo. Yo no estaba segura de

conocerle la voz. Pero sabía que ella no era una chica tranquila porque yo miro los detalles. Incluso con esa cara inmóvil, sin señales, movía las manos todo el tiempo. Mientras me acercaba, le vi los hombros encogidos, los dedos apretados entre las rodillas como si estuviera tratando de dominarlos, de obligarlos a quedarse quietos.

De pronto, parecía... no sé, más frágil. Ella no me vio hasta que estuve a dos pasos y las hojas se movieron alrededor de mis zapatillas.

—Hola —dije y ella levantó la cabeza y me miró.

Creo que nunca nos habíamos mirado a los ojos.

Me senté con ella. No es que quisiera pero no había nadie más y elegir otro banco hubiera sido incómodo. Apenas me senté, me di cuenta de que había hecho bien porque así, de costado, no iba a tener que mirarla. Ella estuvo un ratito retorciéndose las manos entre las rodillas sin decir nada. A mí me daba la impresión de que quería hablar y no se animaba. En general, suelo ayudar. Pero ese día, no. Ju era una colada... No entiendo por qué me asusté tanto cuando ella empezó a hablar.

—Mirá —dijo desde un costado. Linda voz, me gustan las voces graves—, yo sé que ustedes no me quieren en el grupo... Pero yo no pedí nada. No es culpa mía si la profe me metió acá...

Había algo... no sé, algo casi fuerte en ella cuando habló. Las palabras sonaban a ruego, a disculpas, pero el tono... ah, no, el tono era el de una reina.

—Ya sé, ya sé —dije enseguida—. No te preocupes. —¿Qué otra cosa podía decir?

Levanté la vista y, por suerte, ahí venían Lau y, detrás, Adri y el Negro. O sea que ya estábamos todos. La reunión empezó ni bien llegaron. Sin saludos, ni uno. Me parece que ninguno de nosotros hubiera tolerado ni un segundo de silencio.

Lo primero que teníamos que hacer era fijar el tema. Y eso era difícil porque no sabíamos ni por dónde arrancar. La única que tenía algo que aportar ("aportar" es algo que dice mamá y supongo que se me pegó) era Ju, pero ella fue la última en hablar. Al principio, se quedó callada mientras todos tirábamos ideas. La más aceptable que tiramos (sobre las hojas secas, porque no había mesa) era la de averiguar de dónde venían los nombres de las calles de alrededor de la plaza, o en el centro o en un barrio cualquiera. Obviamente no Belgrano ni San Martín. Las otras, las raras: Sauces, Rincones, Azucena, El Trapero. Pero eso le pareció tonto a Adri.

—Ya lo hicieron en el curso de mi hermana, hace dos años. La profe va a pensar que nos copiamos todo el trabajo. No nos va a dejar —dijo.

Dimos vueltas como una hora y de pronto, el viento dio un coletazo violeta y empezó a hacer frío en serio. Yo odio el frío y nunca me resigno al invierno así que, como me pasa siempre al principio del otoño, me había traído poco abrigo. Inmediatamente me puse de mal humor.

—Bueno —dije, como si pensara en voz alta—, ¿por qué no pensamos dos días más y nos reunimos de nuevo?

Pero Adri no iba a estar de acuerdo y yo debería haberlo sabido.

—No, no —dijo Adri. Obvio, ella es de las que hacen todo lo que hay que hacer primero. Después, si queda tiempo, la diversión y el abrigo y el baile y todo lo demás. Adri, la cumplidora. Más tarde, casi a fin de año, me dijo que ese primer día estaba segura de que si no empezábamos enseguida, no íbamos a terminar a tiempo—. Tenemos que tener el tema listo hoy. Porque después hay que redactarlo, justificarlo, todo eso... Así que yo digo que sigamos pensando. —De pronto, se dio vuelta y miró a Ju—: A ver, ¿vos qué decís? Ya que estás acá...

Ju había pronunciado una única palabra cuatro veces: "Hola", "Hola", "Hola", "Hola", sin contar las que me había dicho a mí antes de que llegaran los otros. Ahora nos miró un segundo y después

volvió a poner los ojos en el suelo rojo y cobre y amarillo.

—Bueno —dijo—. Traje un tema. Creo. Pero no sé... Hay que ver si a ustedes les parece bien.

Y así empezó la historia. Empezó ahí mismo, en la plaza.

El viento se estaba convirtiendo en tormenta y el cielo había cerrado puños grises y ásperos en las cuatro direcciones. Sí, yo también me dejé atrapar por lo que contaba Ju, pero a mí nada me distrae del frío. En algún momento me las arreglé para decir:

—Hace mucho frío. Mejor vamos a mi casa. ¿Nadie tiene hambre?

Lo de Ju ya no me importaba. Que la viera mamá. Cualquier cosa menos seguir ahí, congelada. Adri estaba de acuerdo, así que dejamos la historia por la mitad y caminamos rápido por veredas amarillas. Su casa queda más cerca que la mía pero Adri jamás invitaba a nadie en esos tiempos. Ni para el cumpleaños. Para la fiesta, la madre le alquilaba el salón de la Confitería Roma.

Aunque nos apuramos, para cuando llegamos a la puerta de casa llovía fuerte. Tuvimos que amontonarnos bajo el techito de plástico mientras yo buscaba la llave en el fondo de la mochila. Cuando logré agarrarla (me costó y ya me había puesto nerviosa),

abrí medio rápido y me encontré cara a cara con mamá.

Creo que durante un segundo, ella pensó que me pasaba algo malo. Vi cómo le cambiaba la cara. Lo cuento porque estoy empezando a creer que todo tiene que ver con la historia. Todo. Duró un instante, después se dio media vuelta y se fue a preparar la merienda. A mí, ese instante me había servido para entender lo mucho que ella se preocupaba por lo que me pasara. Nunca lo había pensado. Y no actué en consecuencia, eso hay que decirlo. No dijo nada de Ju. La miró, solamente.

Fue un instante, dije. Después, volvió a ser ella, la de siempre, toda práctica y té y café y leche y galletitas. Nosotros entramos en malón, dejamos los abrigos en el hall, una pila de colores, y nos fuimos al patio cubierto. Mamá se rio de nosotros, nos llamó "pollos mojados". Nos reímos con ella. Hasta Ju se rio ese día mientras repartíamos toallas y nos descalzábamos. No sé por qué me acuerdo de eso.

Cuando nos sentamos en las sillas blancas, mamá nos trajo la merienda. Después la oí levantar la ropa, supuse que para ver si conseguía secarla frente a la estufa. No se quedó con nosotros. A veces se me ocurre que las cosas podrían haber sido diferentes si lo hubiera hecho. Y yo no le conté nada hasta mucho más

tarde, nada, como si lo de la mirada de preocupación no hubiera existido.

Nos sentamos a comer y seguir escuchando la historia. Y nos bajamos todo lo que trajo mamá sin darnos cuenta. Nadie decía ni una palabra. En un momento, cuando ya era de noche, me separé un poquito del relato y entonces me di cuenta de lo rara que era esa escena del patio.

En la escuela, Ju había sido invisible. Si la veíamos, la esquivábamos. Creo que le habíamos enseñado a no acercarse mucho, a dejarnos pasar sin hablarnos. No venía a las fiestas, aunque por cierto nadie la invitaba. Y ahora, de pronto, estaba en mi casa, el lugar al que yo no había querido llevarla un rato antes, al que no la hubiera llevado de no ser por la lluvia, y los cuatro la mirábamos como si estuviéramos en el cine y ella fuera la pantalla. Pero estoy segura de algo: si se lo hubiera hecho notar, Ju habría dicho que no era ella sino la historia la que estaba en el centro del círculo.

—Miren, no sé, les cuento y ustedes deciden.

Así había empezado un rato antes en los bancos de la plaza. Me acuerdo de cómo soplaba el viento; me acuerdo de haber visto dos hojas grandes de

tilo, muy amarillas, que giraban en un círculo lerdo, como si también ellas la estuvieran escuchando.

No sé si entiendo del todo lo que nos pasó con la historia. Un segundo antes, todos (todos, sí, pregunté más tarde) pensábamos que Ju iba a decir cuatro, cinco palabras sin importancia. Lo que hacíamos era definir un tema para el trabajo y ¿cuántas palabras puede llevar definir un tema? Todos habíamos usado exactamente ese número de palabras, nunca más, para explicar lo que habíamos pensado: "Nombres de las calles", "Salud pública", "Desnutrición infantil", "Escuelas públicas y privadas", "Historia de la agricultura en Los Baguales". No estábamos preparados para que Ju dijera "Les cuento". ¿Contarnos qué? Los temas no se cuentan, se proponen y listo. Y en cuanto a contarnos algo sobre ella, a los demás no nos interesaban sus problemas.

Por eso era rara la escena del patio. Porque ninguno de nosotros quería a Ju, esa es la verdad. Ninguno tenía por qué tenerle paciencia. Pero ninguno la hizo callar ni la cortó. Al contrario: todos la escuchamos.

Y no solamente porque la historia fuera impactante. Era impactante, sí, pero además, ella sabía contarla. Aunque no le creyéramos del todo, la historia nos atrapó. A ver..., tengo que decir que yo no le creí nunca, no del todo. Y que estaba nerviosa por

mamá y demás. Pero me quedé escuchando. Escuché hasta que ella decidió callarse.

La historia

Ju había ido a la biblioteca. Yo hacía años que casi no la pisaba. Entraba solamente si me lo pedían en la escuela. Ese lugar me ponía los pelos de punta. Es vieja la biblioteca de Los Baguales. La fundó una asociación de peones rurales, por lo menos eso nos cuentan en las clases. Los libros están metidos a la fuerza en una casa chorizo muy oscura, descascarada, con demasiados rincones y recovecos. Los que atienden son tan viejos como la casa. Es perfecta para filmar una de terror. Cuando entra el sol (cuatro segundos por día, supongo), los rayos dejan huellas de polvo espeso en el aire. Yo, ni loca. No, si no es absolutamente necesario.

—¿Para qué fuiste ahí? —Me acuerdo de que se lo pregunté en la plaza, apenas ella empezó a hablar. En voz bien alta, para ganarle al viento. Y eso también era raro: la forma en que la voz de Ju manejaba el viento en la plaza. La forma en que pasaba por encima del otoño.

Tengo que aclarar esto: dije que escuchamos la historia como si no hubiera otra cosa en el mundo.

Pero eso no significa que nunca la interrumpiéramos. Al contrario, me parece que las interrupciones se convertían en parte de la historia. Que la historia se las tragaba.

—Fui a buscar algo para hoy —dijo ella. O sea, se había preparado para la reunión.

Eso me dio lástima. Yo apenas si había pensado un segundo en algún tema de esos que también habían traído los demás. Adri, la más cumplidora, había hecho una listita... Pero ¿ir a la biblioteca? A nadie se le hubiera pasado por la cabeza. En ese momento, hubiera apostado que Ju lo había hecho por miedo. Me acuerdo de ella cuando dijo eso: envuelta en esa campera verde que tiene, un poco gastada, con la mano en el cuello para mantenerlo bien cerrado. Sí, claro... tenía miedo: sabía que nosotros no la queríamos. En lugar de esperar que el tema viniera a ella, había ido a buscarlo.

Por ahí, fue por eso que lo encontró.

Los que se perdieron

Entra en la biblioteca. Sola, como siempre. Nosotros la conocemos. La vimos algunas veces por las calles y siempre parece tranquila. Invisible. No habla. No mira a nadie.

Estamos aquí, en la biblioteca, los dos juntos, como siempre. Rozamos la madera áspera de los estantes y los lomos desgarrados de los libros más viejos, la mayoría cerrados como puños. Las mesas esperan lectores que casi nunca llegan. No es casualidad que estemos aquí: venimos mucho. Nos gusta la biblioteca. Es un lugar lleno de murmullos. De palabras que desean miradas humanas y no las encuentran. El deseo que vemos en ellas nos consuela: nos dice que hay otras soledades.

Es un día de nubes tristes. Uno de esos días que, antes, en el mundo, nos obligaban a aceptar que el verano se había ido, que ya no volvería ese año... Ahora, hace tanto que no hay años para nosotros que nos cuesta recordar el sentimiento. El espanto de los autos verdes nos arrancó del tiempo y el otoño no volvió. No volvió el verano ni el invierno. La primavera sigue esperando. La tristeza sigue. Tal vez es por eso que nos gusta este lugar oscuro, polvoriento, este lugar casi fuera del pueblo de calles anchas y árboles y veredas que no llegó a ser nuestro.

Ella entra por la puerta descascarada. No viene por nosotros. No sabe que venimos aquí a recordar la época en que teníamos nombre y leíamos juntos en colectivos y bancos de plaza y sillones gastados. Ese tiempo en que leíamos en voz alta, un capítulo cada uno, y nos mirábamos cada vez que las palabras leídas nos decían algo al mismo tiempo.

Ju no se parece a nosotros. Cuando teníamos su edad o acabábamos de dejarla atrás, no importa, vivíamos en grupo, acordando horarios de reuniones, planificando encuentros. Respirábamos en el remolino serio y alegre de los que caminan juntos. Ella es una solitaria. Camina sola. No charla con el bibliotecario. Ni siquiera lo saluda. Tal vez no sepa cómo hacerlo. Si todavía estuviéramos en el mundo, nosotros nos habríamos acercado al escritorio, habríamos apoyado los codos sobre esa tabla agrietada y oscura, y habríamos intentado una conversación con el hombre. ¡Cómo nos gustaba hablar! Queríamos charlar con todos.

Ju no es así. Ju se esconde.

Ahora camina directamente hacia el fondo. Cuando el bibliotecario le pregunta si necesita ayuda, ella hace un gesto con la mano. No. No se da cuenta pero, desde el escritorio, el gesto sin palabras la hace parecer orgullosa, una de esas chicas que no mira a nadie y se cree una reina. Desde este lado, nosotros sabemos que no es por eso que Ju no habla. No es por orgullo. Es por miedo.

Ju camina por el pasillo oscuro entre dos paredes tapizadas de libros. Nosotros vamos con ella. Mientras andamos, rozamos las tapas con dedos que no son y sabemos. Sabemos mucho. Por ejemplo, de dónde vino cada libro. Hay salas donde campean los que donó hace años una biblioteca de Garzas que ya no tenía espacio para lo nuevo. Hay dos o tres que dejó la sociedad de obreros

que la fundó: esos son los que tienen los lomos quebrados por el tiempo. Los del pasillo eran de un guarda de tren que vino a vivir al pueblo después de la jubilación. El pueblo le gustaba desde el tiempo en que pasaba en la máquina todos los jueves, los únicos días de la semana en que el tren llegaba a Los Baguales. Los libros eran de su padre, un hombre de luchas y reuniones como nosotros. Y cuando se enamoró de una cordobesa y la siguió, los dejó para el pueblo que lo había cobijado en la soledad. A veces oímos en esas páginas el susurro de la historia del mueble traído de Europa que los sostenía en Buenos Aires.

Todo eso nos cuentan los libros y las historias nos hablan. Las oímos contarse en el silencio de las tardes sin nadie. Nos gusta la biblioteca. La recorremos despacio, de habitación en habitación. Todas tienen su canción, su espacio diferente. Y todas nos llaman. Excepto una.

En el fondo del pasillo, el último dormitorio oscuro de los tiempos en que la casa era casa. (Porque la casa también nos cuenta su historia antigua de té y masas y comedores sombríos y chicos traviesos que se escapaban a la plaza a la hora de la siesta.) En ese lugar oscuro donde dormía la abuela solitaria se instaló la sección de diarios y revistas. Es un lugar de etiquetas y orden, distinto de los demás: más quieto, con menos colores. En otras habitaciones, los lomos son todos diferentes: de cuero, de tela, de cartón, amarillos, rojos, verdes, marrones,

negros y algunos borrados por el polvo. Este, en cambio, es un lugar monótono: tomo tras tomo de volúmenes iguales. Tres paredes de enormes colecciones encuadernadas: diarios nacionales a la derecha, publicaciones locales a la izquierda, periódicos provinciales en el medio.

Siempre nos dio miedo entrar ahí. A veces nos quedamos en el umbral, como si hubiera una barrera transparente y poderosa, como si ese lugar fuera tan inalcanzable para nosotros como el mundo. Miramos los números dorados de ciertos lomos desde lejos: "1976", "1977".

No.

No leemos mucho en la biblioteca. No podemos abrir las pesadas tapas de los libros. Vemos los títulos y las huellas de los que los leyeron, los abrieron, los cerraron, los dejaron sin terminar, soñaron junto a ellos. A veces nos asomamos sobre el hombro de alguien y leemos algo, y el mundo vuelve a nosotros en las páginas. En las palabras que se miran, que no se oyen como las otras.

Hubo un año en que ella, la que nos trae flores los lunes, vino a la biblioteca todos los viernes, después de la escuela, y leímos juntos, los tres, una novela que no quería llevarse. No volvió a pasar.

A veces, sin darnos cuenta, pasamos junto al umbral de la habitación de los diarios y los tomos iguales nos repelen y nos llaman al mismo tiempo. Ellos nos conocen. Nosotros nos miramos y giramos sobre las cortinas para alejarnos. No entramos.

Y ahora, ella camina por el pasillo, despacio, hundida en sí misma, y nosotros nos miramos. No sabemos por qué pero la seguimos. Como si ella fuera una puerta, una salida. Entonces, de pronto, sabemos lo que queremos, lo que hace falta. La miramos pasar y deseamos. Deseamos que haga lo que nosotros nunca hicimos, deseamos que siga hasta el lugar de los tomos iguales, el lugar de los años grabados en oro. Ese lugar que habla de nosotros como hablan todos cuando hablan: sin nombrarnos.

Primero, Ju fue a mirar los libros de historia del pueblo. Se le había ocurrido que tal vez encontraría un buen tema si revolvía un poco esa sección. Ahí iba, por el pasillo, directamente hacia la habitación con el cartel en letras oscuras: "Historia".

A ver: lo de buscar en esa sección de la biblioteca ya era una buena idea. Yo no la tuve. Ni Lau, ni el Negro ni Adri. Ahí, después de que ella nos contó eso, se me ocurrieron diez temas históricos: la feria de verdura y fruta que se hace los jueves en la calle Belgrano (¿por qué los jueves?, ¿hace cuánto que se hace?, ¿siempre tuvo tres cuadras?, ¿siempre estuvo en ese lugar?); la inauguración de la municipalidad (¿quién habló?, ¿quién fue el arquitecto?, ¿se hizo toda de una vez?, ¿por qué tiene esa forma cuadra-

da, tan distinta de los otros edificios públicos de Los Baguales?); la construcción de la escuela (¿con qué intendente?, ¿quién puso el dinero?, ¿por qué en esa fecha?, ¿a quiénes estaba destinada?).

Ju iba mucho a la biblioteca. Nos dijo que la conocía toda. Que no se llevaba mucho con los del escritorio y que, en general, la dejaban tranquila y ella se las arreglaba sola. Nos contó todo eso en la plaza y nosotros esperamos. "'Historia' es la anteúltima sección, casi al final del pasillo", dijo Ju. Ella llegó hasta la puerta, segura del lugar al que iba, pero entonces pasó algo.

—Yo estaba a punto de doblar y, de pronto, se cayó una revista de uno de los estantes del final del pasillo. ¿Ustedes van ahí a veces? ¿A la biblioteca, digo? Lo único que sigue llegando, lo único nuevo son las revistas. Las ponen siempre en los estantes del pasillo, detrás de la donación del ferroviario. Las guardan diez años, me dijeron, y después las pasan al depósito, abajo, para hacer lugar para las nuevas.

A nosotros, todo eso nos aburría un poco. Lo que no entiendo es por qué no protestamos. La escuchábamos sin decir nada. Las reglas las ponía ella y nosotros la dejábamos. Era rarísimo. El Negro, por ejemplo: el Negro nunca se queda quieto durante mucho rato y ahí estaba, con el viento en el pelo oscuro, los dedos apretados, mudo, sin decir nada.

—Entonces fui caminando hasta ahí —dijo Ju —, pasé los dedos por el estante y otra revista se movió y me tocó la mano. —Silencio. Ju insistió. La voz baja, segura—: Sola, se movió, ¿entienden? Yo me asusté, por supuesto.

Nadie dijo nada. Nadie se rio. Ni siquiera el Negro. Miré a Adri: no, no se encogía de hombros como cuando le parece que le están contando estupideces.

—Me asusté y me moví pero no era miedo, era susto solamente... Y curiosidad. Después pensé lo mismo que están pensando ustedes: que estaba inventando cosas. Di un paso y de nuevo. El mismo movimiento. Otra revista. Di un paso atrás y la revista cayó al suelo. Ahí me di cuenta... no sé cómo explicarlo pero les digo: era como que la revista tenía miedo. Había un miedo ahí mismo, en la punta de mis dedos. —Se quedó callada, los ojos fijos en la luz gris de la tormenta que se acercaba—. Ustedes no saben, pero yo tengo algo con el miedo.

¿Algo con el miedo? No, no la entendíamos.

Ella se dio cuenta y explicó. Cada vez que explicaba, la historia se acomodaba alrededor de la explicación y la sostenía, y nosotros estábamos dispuestos a escuchar las explicaciones. Eso era parte de lo raro: era raro que ella hiciera tan evidente que la explicación no paraba la historia; al contrario, la ensanchaba.

Ju, nos explicó, había tenido miedo desde que se había venido a Los Baguales a vivir con los abuelos. La mandaron sus padres ("mis viejos", decía) porque querían que ella y su hermanita estudiaran, cosa imposible en el "no pueblito". (Así lo llamó. "No es un pueblito", dijo, "Cuatro casas o menos, es. El almacén de ramos generales está como a seiscientos kilómetros al sur y la única escuela queda muy lejos y no tiene secundaria.") Y llegó a Los Baguales con miedo. Pero no podía demostrarlo, dijo, porque ella era la que cuidaba a Ele, la menor, que todavía estaba en primaria. Y Ele era más miedosa que ella.

—Así que aprendí a hacer algo con el miedo. Cuando siento miedo, si puedo, me escondo. No tengo ninguna intención de ir justo hacia lo que me asusta, como hacen los... los valientes de la televisión. Yo no, yo esquivo. Pero si el miedo es de otro, ahí no. Ahí tengo que hacer algo para que pare, ¿entienden? A Ele la aterroriza el agua, así que cuando nos metemos en el arroyo, yo me meto adelante, la llevo de la mano y le voy hablando. No sé si sirve... No sé, pero este verano hasta conseguí que metiera los pies. Algo así.

¿Ju tenía una hermana? Yo no había sabido nada de eso. Repasé las caras de los chicos de primaria y ahí apareció. Sí, claro. Ele. Cuarto grado. La misma

cara, la piel un poquito más oscura, los ojos grandes. Manos tan nerviosas como las de Ju.

—Supongo que por eso noté el miedo. —Ju sonrió a medias, sin sonreír del todo—. Porque era el miedo de otros lo que sentí en la revista. Por eso no me fui.

Después, dijo, esperó un momento sin moverse y le pareció que el miedo venía de la última habitación, la de los diarios. Así que se salteó "Historia" y entró en "Publicaciones periódicas".

—Pero es que ahí también está la historia del pueblo —susurró Adri entre dientes. Tenía razón: después lo agregamos al informe cuando escribimos la justificación del tema. A mí no se me había ocurrido pero es cierto: la historia también está en los diarios.

—No sé cómo decirlo pero ahí, en el pasillo, había algo que tenía mucho miedo de esa habitación del fondo. Era ese miedo el que había movido la revista —dijo Ju—. Había un terror amontonado en esa puerta y, al mismo tiempo, era como que había que ir ahí. Por eso entré. Ya lo dije: yo soy así con el miedo de los otros.

Me parece que fue en ese momento que el viento se arremolinó y los friolentos aflojamos, y yo dije que era mejor ir a mi casa. Caminamos todos juntos

por las veredas barridas por las hojas y después, bajo el agua congelada. Y terminamos amontonados bajo el techito plástico mientras yo buscaba la llave en la mochila. La cosa siguió adentro, claro, en el patio cubierto, dentro del círculo que yo miré una vez, un segundo, desde afuera; el círculo que me asombró tanto: el silencio, las preguntas, el relato y Ju, los hombros un poco levantados, la voz baja pero fuerte, la silla un poquito separada de los demás.

La historia que se abrió frente a nosotros era lerda pero segura. A mí me parecía que las palabras seguían el ritmo de la lluvia sobre el techo de plástico. De a ratos olvidábamos el chaparrón: la historia lo absorbía, como hacen los sueños a veces con los ruidos que están en el mundo, fuera de la mente del que duerme.

Cuando la historia llegó a la habitación de las publicaciones periódicas, Ju levantó las manos en el aire, como si dibujara, y nosotros vimos con claridad la sala de tonos opacos, la oscuridad color sepia, las dos mesas macizas de madera maltratada, la puerta que ella estaba cruzando. Vimos cómo, cuando se dio vuelta, la puerta le pareció muy lejos, como si se hubiera vuelto inalcanzable o ella hubiera caminado muchos kilómetros desde el umbral. Todos habíamos ido a la biblioteca alguna vez: las habitaciones

que imaginó cada uno se parecían en algo. Ahora flotaron todas juntas en el aire del patio techado, hamacadas por el relato.

—Me quedé ahí un rato, quieta en el medio de esa habitación —dijo Ju—. No sé qué esperaba. Por ahí algo como lo de la revista. —A veces, cuando lo que contaba no era del todo claro para ella, Ju bajaba la cabeza y dejaba de mirarnos—. No sé. Una señal, supongo.

Era rara la historia. Y no era un tema. Todavía no era un tema. Pero nadie se movía.

Desde el medio de la sección, Ju miró las tres estanterías. Leyó despacio el título de cada una, pintado en negro sobre el blanco de las paredes, por encima del último estante, cerca del techo. "Publicaciones provinciales", "Publicaciones locales", "Publicaciones nacionales".

—Todavía no sabía lo que buscaba —nos dijo Ju.

La luz que venía de la puerta que ella acababa de atravesar rozaba apenas los tres títulos desde abajo. Pero el miedo, dijo Ju en el patio, el miedo estaba en el centro.

No sé cómo pudo hacerlo, pero justo en ese momento, Adri se movió un poco en la silla y se disculpó, como hacía siempre cuando estaba por interrumpir. A mí, eso me hacía mucha gracia.

—Perdón, pero no entiendo lo del miedo. A ver, ¿cómo sabías dónde estaba el miedo?

Esa fue la primera pregunta irónica de la tarde. No podía haberla hecho otra persona: Adri nunca se guardaba nada, siempre decía lo que pensaba. Incluso frente a los profesores. En eso, era más valiente que yo. Era irónica, pero no como el Negro. Ella era irónica con los demás y el Negro solamente era irónico consigo mismo. Los dos me enseñaron que la ironía no es una sino muchas... Pero yo retrocedo frente a cualquiera de ellas. No me gusta mucho la ironía. Nunca supe cómo hacerle frente. En ese momento, si yo hubiera sido Ju, habría acogotado a Adri.

Pero ella, no. Ju aguantaba todas las ironías del mundo. Supongo que, en parte, aguantaba porque sabía convertirse en robot. Ese día, cuando le contestó a Adri, la miré de otra forma. Casi con envidia. Sí, por primera vez le envidié esa tranquilidad absoluta. Esa calma chicha. En el patio sacudido por la lluvia (que, cuando la notábamos, parecía furiosa), Ju levantó la vista (yo vi el esfuerzo en el cuello: seguramente la calma no era tan fácil como parecía) y buscó a Adri en el círculo.

—¿Vos nunca entraste a un lugar y supiste enseguida que ahí había mar de fondo? ¿Que ahí estaba pasando algo?

Adri es sincera, quizás demasiado, ya lo dije. Yo nunca la vi mentir. Dijo "Sí, claro", y se quedó callada. Ahora creo que Ju consiguió que ella se fuera al mazo porque era capaz de mirar detrás de la ironía, de contestar las palabras como si *no* fueran irónicas. Yo no hubiera podido. Sigo sin poder.

Por otra parte, si vuelvo a pensarlo, me da la impresión de que Ju hacía trampa. No es lo mismo sentir la furia en una habitación donde hay alguien, como le dijo ella a Adri (eso yo lo sentí cientos de veces cuando iba con el Negro a su casa después de la escuela: nadie me decía que los padres se peleaban todo el tiempo, no se oían gritos, pero yo lo sabía), que sentir que "hay miedo" en un lugar vacío. Pero en ese momento no me di cuenta. Lo que vi es a Ju, que siempre me había parecido la chica menos, ahí, sentada en el centro del círculo y capaz de ganarle a cualquiera, incluso a Adri.

Los que se perdieron

Nosotros no entrábamos a la habitación de los años dorados, el lugar de los tomos iguales. Ahí dentro, los números latían con un brillo frío, terminado, filoso como cien cuchillos. A nosotros no nos gusta el frío. Desde que nos arrancaron del mundo en un auto verde, los

ojos vendados, las manos quebradas, el frío nos asusta. No sé si queremos recordar, pero el frío es el más intenso, el más irremediable de los recuerdos.

Ahora, con esa nena que cruza el umbral y nos mira desde adentro, repetimos el hueco que antes guardaba nuestros nombres y miramos los años dorados desde lejos. Ella duda en el centro de la habitación color sepia, atravesada por el sol como por una espada. Tal vez, si nos atreviéramos, si cerráramos los ojos y diéramos este paso, podríamos llevar esa mano viva hasta el tomo que nos dice. Hasta los números que nombran los años malos.

Pero la habitación es un mundo demasiado grande. Tres paredes de estantes, un remolino de cifras repetidas. ¿Qué hay detrás de esos lomos? Nosotros no lo sabemos. No vemos más allá de esas tapas más pesadas que el plomo y tenemos miedo del alud de recuerdos, del olor de los años que no queremos mirar, que no estamos mirando.

Esos son los años que nos hicieron. Como nos hicieron los anteriores, los pocos años que pasamos en el mundo en que respira esta chica alta, que duda en medio de una habitación tocada por luces y sombras. Como ella, somos cientos de recuerdos entrelazados, una tela de recuerdos. Pero nosotros estamos más solos que ella. Porque no tenemos nombre. Porque los que saben nuestros nombres no saben dónde estamos. Porque nos empujaron (a ellos, a nosotros) a este lugar congelado, silencioso. Los recuerdos a los que nos aferramos no tienen

raíces en el mundo que nos rodea. Nada los roza desde la vida. Nada los empuja hacia ellos mismos. Nada les pide que duelan, que se cuenten.

De pronto, el miedo sólido que sentimos nos ayuda. La chica lo huele, lo conoce. Y en vez de retroceder, da un paso adelante. Los años que nos mordieron se mueven dentro de los lomos oscuros, llamándola. Nosotros estamos recordando. Lo vemos de nuevo: el título en letras negras de los diarios: el título que habla de balas y de zanja y de cuerpos destruidos (los nuestros). "Aparecieron dos NN en una zanja."

Así empezó el invierno en este pueblo.

Ju contaba la biblioteca bajo el ruido de la lluvia y la historia seguía el ritmo de las gotas sobre el techo de plástico. En cambio, el día de la habitación donde se guardan las publicaciones periódicas había sido de sol y Ju se había metido en la biblioteca a principios de la tarde. Cuando salió se había olvidado de la luz. Eso dijo:

—Me olvidé de la luz. Y la luz me gusta. Siempre pienso en la luz...

Se había olvidado de la luz cuando vio el vacío, cuando oyó el rumor del miedo en la sección "Publicaciones locales".

—Ahí encontré el tema —dijo Ju.

Cuando se animó a acercarse a los estantes, le pareció que el miedo giraba sobre todo alrededor de uno de los tomos. Uno solo.

—No sé cómo explicarlo —dijo y bajó la cabeza. Yo me encogí, esperando un comentario. Nadie dijo nada.

Ju no sabía cómo explicarlo pero lo explicaba bien. Había sacado del estante el tomo 1976-1978, lo había puesto sobre la mesa maciza y antigua y se había sentado a leer. El tomo la había hecho olvidarse de la luz.

Leyó despacio los títulos de las primeras, segundas y terceras páginas de *El Cronista de Los Baguales*. Todos los títulos, desde enero hasta agosto. El tema que encontró llevaba un título grande, de letras profundamente negras. "Cuando las rozaba el sol, parecían rojas", dijo Ju.

DOS CUERPOS EN UNA ZANJA

Dos desconocidos asesinados. Los encontró el encargado del molino.

Buscó, pero ni en ese artículo ni en ningún otro encontró nada que dijera quiénes eran los muertos. No había nombres. Ningún nombre.

INVESTIGACIÓN

Los que se perdieron

Ella lee. Pasa el tiempo y Ju sigue leyendo. Las hojas que dobla se detienen en el aire como un papel en el viento, como para que nosotros también leamos. Y nosotros leemos. Ya no estamos en el umbral, lejos. Ahora leemos con las mentes de antes, las mentes que ellos quisieron destruir, las que teníamos en el tiempo en que creímos que todo estaba empezando. A veces, ella nos roza con los dedos y se estremece. Tiene frío. Ella también tiene frío.

El tomo de los años malos está abierto sobre la madera vieja de una de las dos mesas y las páginas pasan, y a medida que pasan las páginas, nuestros días se terminan y todo nos duele de nuevo, nos duele igual que entonces, más tal vez, porque ahora sabemos lo que viene, sabemos y temblamos, esperando. El libro flota bajo esas manos tibias y algo flota sobre él, como una mancha terrible sobre el agua: nuestro grito. Nuestro grito, abierto, enorme, en el silencio.

Ella escucha con los ojos.

Todo lo que fue, es de nuevo. Y duele. Ahí está todo, vivo, entero en ese papel que no desapareció en un basurero, que no terminó alrededor de una docena de huevos en la feria. Todo late en el tomo de los años malos: la alegría, la tibieza, la euforia, el cuerpo que sabe y hace y puede y siente la vida que le prometieron, que están por quitarle. Y sí, después llega el título: la zanja, los cuerpos, la muerte como una pared que no pudimos esquivar. Una pared rápida que nos llevó por delante.

Ella lee fecha por fecha. 6 de enero. 7 de marzo. 11 de abril.

Estamos con ella ahora. Hace mucho que pasamos el umbral, la barrera invisible. Y el frío de la zanja sube hacia nosotros desde el libro, antiguo, perfecto en su solidez, como una columna. Y ahora, porque estamos donde nunca habíamos llegado antes, porque ella nos está llevando, vemos la otra distancia, la que no se mide en mundos (ni el de ella ni el nuestro) sino en años. ¿Cuántos tendríamos nosotros sin la zanja...? Y no, tampoco es eso. No es lo que seríamos sino lo que fuimos cuando llegó el horror. Porque ella es hoy lo que éramos nosotros, lo que seguimos siendo porque nos detuvieron las balas, la zanja, el frío. Como nosotros, ella es nueva... Apenas si aprendió a mover los pulmones en el aire.

Tal vez por eso nos nota, pensamos de pronto. Porque todavía no entiende el tiempo.

Casi todos estuvimos de acuerdo: ese sería el tema. No íbamos a tener ninguno mejor. Hacía muchos años, durante la dictadura, el puestero de un molino había encontrado dos cuerpos jóvenes en una zanja. Un chico. Una chica. Veinte, veintiún años. Asesinados a balazos. Nadie había venido a reclamarlos.

Eso decía el diario. ¿Qué mejor que ese misterio para hacer una "investigación histórica"? Cuando Ju terminó de hablar y la lluvia volvió a sonar, sola, en el patio, el único que no estaba convencido era el Negro.

—Eso no es un tema —dijo—. Y es como... demasiado. ¿Qué vamos a descubrir nosotros? Pasó mucho tiempo.

Me acuerdo de haberlo mirado. Me acuerdo de haber pensado que él tenía miedo. Me acuerdo de que no me sorprendió del todo: el Negro siempre había sido miedoso. Era una de tantas cosas que confesaba en sus chistes. Y ahora discutía el tema con tantas ganas que se me ocurrió que estaba por dejar el grupo. No sé por qué pero me molestó la idea. Qué raro, pensé. En general, el Negro me parecía un payaso triste... ¿Por qué iba a importarme que se fuera? ¿O que no le gustara el tema que a mí ya había empezado a entusiasmarme?

Pero no quería irse. Cuando vino su papá a buscarlo, me miró en la puerta y aclaró:

—No estoy de acuerdo pero sigo en el grupo, ¡eh! No me borres —como si la jefa del grupo fuera yo. O como si le preocupara mucho que yo pensara en tacharlo de la lista. Después me lo dijeron: todos habían dado por sentado que yo era la jefa.

—Claro que no te vas... Ni se me hubiera ocurrido semejante cosa —mentí. Yo no soy Adri. Yo creo que, a veces, la mentira es necesaria.

Todos, incluso el Negro, redactamos el tema y lo presentamos. Adri caminó hasta la biblioteca al día siguiente y pidió unas fotocopias de los diarios para agregar a la entrega. "Hay que probar todo lo que se afirma", había dicho la profe. Adri se acordaba. Adri siempre se acuerda de las reglas. Y las cumple.

Ahora que sabemos más, me parece que la profe no necesitaba pruebas de que había dos tumbas NN en el cementerio del pueblo. Pero entonces, nosotros todavía no sabíamos nada de las flores de los lunes.

Entregamos todo a tiempo. La clase siguiente, la profe nos dijo que quería hablar con nosotros. Parecía impresionada. No, impresionada no. Era más que eso. Tenía los ojos húmedos, al borde del llanto.

—Chicos, la verdad... No saben... —Raro, pensé yo. Ella siempre hablaba en oraciones completas—. No les voy a preguntar a quién se le ocurrió porque no importa, pero este es un tema que tiene mucho que ver conmigo...

Le costó decirlo, como si lo hubiera tenido guardado mucho tiempo. Le costó y, apenas lo dijo, fue como si se le abriera una puerta trabada, de esas con las que hay que pelear un poco. De pronto, se había abierto del todo y no podía parar. Contó y contó y siguió contando. Ahí estábamos, todos juntos en la sala de profesores, en ese lugar que en general mirábamos de afuera y ella nos hablaba de su secundaria. Más o menos tenía la misma edad que nosotros, según dijo, el día de la publicación del diario que habíamos fotocopiado.

—Yo ya leía el diario, ¿saben? Mamá me había acostumbrado y a mí se me había hecho costumbre. Así que leí esto. —Puso una mano sobre la fotocopia apoyada sobre la mesa pero no la miró.

Por eso la sacudía tanto lo del tema, dijo.

—Yo sabía lo que estaba pasando, chicos, lo de la dictadura, quiero decir. Sabía bastante. Pero hasta ese día, no sé... hasta ese día, yo creí que el pueblo estaba fuera de todo eso. ¿Qué podía pasar en Los Baguales? Y en cierto modo, no sé... en cierto modo

era verdad eso: a Los Baguales no le pasó nada. Ni siquiera tocaron la biblioteca. Los libros siguen ahí, todos, incluso los mismos que quemaron en Rosario y en Arenales. Pero claro, en Arenales había fábricas más o menos grandes. Era cierto que acá no pasaba nada... Pero el problema... lo que yo no vi fue que no hay barreras. Por eso es que hay que interesarse por todo lo que pasa en el mundo. Porque todo nos toca, todo tiene que ver con nosotros.

Se había parado y estaba frente a la ventana, mirando el patio vacío del mediodía.

Nos dijo que cuando leyó el diario, se fue a hablar con el puestero del molino. Quería saber más. Ella lo conocía, por supuesto: todos nos conocemos en Los Baguales. Ella nos dijo que no había sacado mucho en limpio. Lo único que le había dicho el hombre era que los muertos eran jóvenes. Lindos. Y que estaban golpeados.

—Así que yo empecé a llevarles flores —dijo la profe. Se dio vuelta para que le viéramos los ojos, los tenía firmes ahora. No sé por qué nos dan vergüenza esas cosas. A ella ya se le había pasado—. Voy los lunes. No sé por qué no les hablé de este tema antes, no sé por qué no lo propuse yo.

El relato de la profe había durado un rato largo. Mientras la contaba, su voz había cambiado: era una

voz de persona, no de profesora... Y yo me olvidé hasta del almuerzo que seguramente me estaba esperando en casa.

—El tema es excelente —dijo ella finalmente y se sacudió, como para volver al mundo—. Los felicito.

Había vuelto a ser ella, la que nos daba Historia. Y cuando era la profe, se volvía igual que papá: después de cada felicitación, tenía que venir una exigencia. No fuera a ser que una se acostumbrara al aplauso...

—Supongo que ya organizaron la investigación —dijo.

Yo ya había empezado a decir que sí, que teníamos todo bajo control, pero Adri movió la cabeza. No, no habíamos organizado nada, le dijo. Así era ella: siempre la verdad. La verdad, sin un minuto de reflexión.

Y la verdad era esa: después de la tarde en el patio, bajo la lluvia; después de varias reuniones para redactar el tema, nos habíamos achanchado. Yo, personalmente, estaba "esquivando el bulto" lo más posible, para explicarlo con palabras de mamá. Por ahí nos estábamos asustando todos.

¿La verdad? Yo me preguntaba si el Negro no habría tenido razón. ¿Qué íbamos a averiguar nosotros? Ahora que miro esos días con la historia completa en las manos (o casi completa: "Toda historia lleva a otra", decía la profe), me parece que el Negro no era

el único que sabía en lo que nos estábamos metiendo. Lo del proyecto era como estar al borde del mar. Era como ese momento en que una está por meterse en un mundo completamente diferente, un mundo en el que cambia todo, hasta el peso del cuerpo. Yo siempre tiemblo un poquito antes de meterme en el agua. Es como entrar en otro universo. No sé cómo hacen algunos para tirarse sin dudar, sin pensarlo.

Creo que todos dudábamos. Por eso no hicimos nada. Cumplíamos los plazos solamente. Adri y yo redactamos una presentación del tema en una hora. Hicimos las fotocopias. Eso fue todo.

A Ju la veíamos en la escuela. A veces se nos acercaba en el recreo y decía algo como "¿Y? ¿Hacemos algo?". Y todos decíamos "Todavía no. Te avisamos". La excusa era que primero teníamos que ver si la profe aceptaba el tema.

Un hermano

En algún momento, la desaparición se convirtió en una corriente invisible, desconocida, peligrosa y necesaria al mismo tiempo. Una corriente sobre la que navegábamos con miedo. Ya no hablábamos tanto de ella y por eso mismo dolía cada vez más. Se estaba convirtiendo en algo subterráneo, como las pesadillas.

Yo sabía que era importante acordarse. Todos lo sabíamos. Nos obligábamos a decir su nombre cada tanto. Poníamos un plato más en la mesa en los cumpleaños. Y la vida era, la vida seguía. Era una vida distinta de la que hubiéramos tenido sin ese hueco, pero era una vida.

Cuando conocí a Mara, el tema vino conmigo. Se lo conté enseguida: necesitaba que ella lo supiera, que viera el hueco, allá abajo, lejos de la superficie. Que entendiera hasta qué punto ese hueco era yo.

Ella entendió. Para mí fue una especie de milagro.

En ese tiempo, yo ya no creía que fuéramos a saber el final de la historia. Ya no esperaba mucho. Suponía que la ignorancia sería para siempre. Que saber era parte de lo que ellos nos habían robado.

Una madre

Nosotros no la buscamos. Ella se había peleado tanto con nosotros. Se había ido dando un portazo. Me acuerdo de que yo la defendí como pude frente al padre, pero esa defensa me agotó. Por eso, cuando entendí que ya no volvería, decidí que no valía la pena. Que en lugar de pelear para saber, imaginaría una vida para ella en alguna parte. Una vida buena, lejos. Lejos, sobre todo.

Así que no la buscamos. Ni yo ni nadie. La mentira era importante... El silencio.

Había soledad en esa solución. Espero que eso se entienda. Algunos, en la familia, decían la frase famosa: "En algo andaría". Y yo sabía que sí, que ella andaba en algo... Pero en lugar de despreciarla, la quería más por eso. Porque ella no había flotado sobre la vida como yo, tratando de que no la rozara nada. Porque ella sí se había atrevido a ser.

Pero no la busqué. No tenía fuerzas para eso. No podía.

Por eso sentí que se me hundía el piso cuando el hermano me llamó para decirme que habían desaparecido juntos, ella (la mía) y él. Y me dijo que buscaba, que iba a seguir buscando, que sería bueno que uniéramos fuerzas, que lo intentáramos en grupo.

Lo escuché. Me acuerdo del silencio alrededor del teléfono, como si de pronto hubiera bajado el invierno y ya ni pájaros hubiera. Tuve que hacer un esfuerzo para decir que no. No por lo que estaba diciendo, sino porque decirlo significaba hablar, y a mí me parecía que había perdido la voz para siempre.

El hermano insistió. Para cuando se dio cuenta de que yo hablaba en serio, ya nos habíamos visto. Nos conocíamos. Nos habíamos mirado a los ojos. Yo no conseguí olvidarlo. Sabía que él me había escuchado. Que había sido sincero. Igual que yo. Iba a seguir buscando, fue muy firme en eso. Yo no. También estaba segura.

Creo que le deseé suerte. "Buena suerte", creo que dije. Realmente se la deseaba. Pero su suerte no era la

mía, eso fue lo que quise decirle. Yo no podía más. No quería el trabajo de la búsqueda y, sobre todo, no quería la esperanza. Llevaba la esperanza clavada en la garganta. Eso sentía. La esperanza me ensangrentaba la voz, me la desgarraba. Me borraba las palabras de la lengua. Lo que yo quería no era alentarla sino despertarme un día y que ya no estuviera ahí.

En ese tiempo había dejado de hablar. Mis respuestas eran todas de una sola palabra. "Sí", "No", "Gracias". Nada más decía. Menos, si podía. Al principio, mientras había buscado, cada encuentro, cada llamada telefónica, cada timbrazo me dejaba sin aire, suspendida en un lugar terrible, a un paso de la nada. Pero necesité respirar de nuevo. Y para respirar, callé. Un día conseguí decirlo en voz alta. "Está muerta", dije y lloré. Y ahora el hermano venía a decirme que buscara de nuevo.

Me negué. Me negué a todo. También a dar sangre para identificarla por si aparecían los restos. No, pensé, si doy sangre voy a seguir esperando. Y por otra parte, no hubiera sido fácil: dar sangre significaba una guerra con papá y yo no tenía fuerzas para eso. Él nunca me había dicho en la cara "En algo andaría", pero yo veía las palabras en esos ojos serios. Y ahora que ella ya no estaba, yo había dejado de discutir. La discusión tampoco tenía sentido y eso era un alivio. Me sentía fácil de atravesar. Frágil. Soñaba que me hundía en arenas movedizas, como en ciertas películas. Nadie llegaba a salvarme

justo a tiempo. Caminaba en medio de una niebla. La sembraba yo misma, porque la niebla era un consuelo. No quería renunciar a eso. Dije que no.

Adri no mentía. Nunca miente. Así que ese día, cuando ella nos llamó aparte y preguntó por la organización de la investigación, no nos dio tiempo a decir nada.

—No, no pensamos nada. Estábamos esperando que usted aceptara… —confesó.

La profe había vuelto a ser ella. Nos miró con cierta severidad.

—Miren que el plazo ya empezó a correr, chicos.

Salimos en silencio. Me acuerdo de que miré al Negro y lo vi serio, preocupado, una cara que no le había visto nunca, los ojos fijos en Ju. Y entonces vi algo. Fue la única vez, advierto. La única. Supongo que no estoy hecha para ver lo que no se ve. Lo que no se puede tocar. Yo soy bien de esta Tierra. Así me educaron: padres científicos, lecturas, no sé… todo me lleva para ese lado. Pero ese día, cuando nos tambaleábamos dudando frente a ese universo nuevo, como yo hago frente al mar, vi algo.

Ahí, en el medio del pasillo, estaba Ju, la vista clavada en la cortina gruesa que separaba la parte de la

secundaria de las aulas de jardín de infantes. Era un día quieto, sin viento, uno de esos días perfectos de otoño en los que no se mueve ni una hoja. Pero la tela azul aleteaba con fuerza, como si en ese único lugar de la escuela se hubiera desatado un vendaval.

Hicimos la segunda reunión en la casa del Negro. Las que tuvimos más tarde son fáciles de olvidar. Esas dos, las primeras, no.

Mi primo Eduardo, el de Rosario, me decía siempre que él odiaba trabajar en grupo. Las reuniones mismas le parecían un error: era difícil ponerse de acuerdo, todos tenían horarios diferentes y, al final, se hacían siempre el fin de semana, cuando uno hubiera querido descansar. Si se lo permitían, decía Eduardo, él prefería hacer el trabajo solo. Yo me reía. "Eso será en Rosario", me acuerdo de decirle. A nosotros, en Los Baguales, lo de los grupos nos venía muy bien. Vivíamos todos más o menos cerca. Los horarios son fáciles de arreglar cuando no hay viaje de por medio, y en general (salvo en casos como el de Adri), todas las casas están abiertas.

Por eso fue tan raro lo de la segunda reunión. De pronto, estábamos viendo el pueblo desde otro ángulo. Y desde ese lugar, fue como si no pudié-

ramos dejar de notar las grietas. El pueblo no era uno solo.

Yo había entrado varias veces en la casa del Negro. Él me invitaba mucho y yo, lo confieso, trataba de esquivarlo. Ese lugar me ponía nerviosa. Cuando el Negro conseguía que dos o tres volviéramos con él de la escuela y nos sentáramos ahí a tomar algo, se ponía más irónico y alegre que nunca. No era lindo verlo. Contaba un chiste detrás de otro, como si creyera que así iba a tapar el ruido. Había ruido en esa casa, un ruido constante, agudo, insoportable. Él lo oía. Y por eso era otro en su casa. Manejaba la ironía con la maestría de siempre, pero estaba muy dado vuelta. Eso, a mí, me parecía raro, porque en general creo que la ironía es algo de las personas frías. Y él no era frío, ni en su casa ni en ninguna otra parte. Tenía una sonrisa tímida, tristísima. Casi resignada. Me gustaba cuando sonreía: me daban ganas de protegerlo. Pero en esa casa me daba miedo mirarlo.

Era una casa blanca, ordenada, perfecta, sin polvo en los rincones, con un aire encerrado que se tocaba con los dedos, un aire siempre envenenado, como un algodón impenetrable que alguien sostenía sobre la boca de una para matarla. Ahí había fantasmas. Ju los veía también, estoy segura.

No es que se oyeran gritos. Hasta esa reunión, yo nunca había oído ninguno. Al contrario, lo que había era silencio. Una vez, me acuerdo bien, en medio de la charla en el comedor (éramos cuatro, creo; seis, tal vez), me miré las manos y vi que tenía los puños apretados. Y entonces se me ocurrió mirar alrededor, por debajo de la mesa, y vi que todos estaban haciendo algo: uno movía los dedos, otro hamacaba las rodillas, otro cruzaba y descruzaba los pies. Nadie miraba a nadie. Supongo que era por eso que hablábamos en susurros y respirábamos hondo cuando salíamos, como cuando se sale del agua después de hacer un largo entero buceando en una pileta.

La segunda reunión fue ahí porque la primera vez, en la plaza, habíamos decidido vernos una vez en cada casa. Menos en la de Adri, claro. Adri había mirado a Ju (que no la conocía tanto) y había retrocedido un paso mientras decía:

—Ustedes saben que yo no puedo...

—No hablábamos de vos —dijimos todos menos Ju, que no la conocía mucho.

El problema de Adri no era una novedad. Nadie que yo conociera había entrado en su casa, grande, con techo de pizarra, balcones y rejas negras enruladas. Los padres siempre estaban diciendo que al mes siguiente, al año siguiente, se iban del pueblo. Hacía

como seis años que lo decían. Muchas veces se mudaban semanas enteras al campo y ella se quedaba con su prima, una chica de casi treinta años que la cuidaba. Yo hubiera invitado a mis amigos en esos días, total, ¿cómo iban a enterarse ellos? Pero ya lo dije, Adri no sabía mentir.

Historia de la reunión

Lunes después del colegio. Cuando doblé la esquina de la cuadra del Negro (llegaba tarde), me quedé dura. Los otros cuatro estaban ahí, afuera, en un grupito desparramado. Algunos, sentados sobre la parecita de ladrillos; otros, de pie con la campera bien cerrada, la espalda contra el viento. Todos. Quiero decir, el Negro también.

Hay algo que tengo que explicar: ese año, yo llegaba tarde a todas partes menos a la escuela. Excepto a la mañana (y eso, porque mamá me empujaba), yo siempre me distraigo antes de salir. Siempre calculo mal el tiempo que necesito. Una vez, Adri se enojó y me dijo que lo que pasaba era que a mí me importaba un pito que los demás me esperaran. Quizás sea cierto, no sé. Odio esperar, de eso estoy segura...

¿Por qué no estaban adentro? Eso pensé. Apreté los puños y empecé a caminar de nuevo, pero muy despacio. Creo que no quería llegar.

—¿Qué? —pregunté.

El Negro estaba de pie, serio, con los brazos cruzados. Irreconocible. Tenía los labios agrietados, casi azules, como si le hubiera llegado el invierno antes que a los demás; las manos duras, tensas; las mejillas, caídas. Y lo peor de todo era la mirada: los ojos de alguien que se siente atrapado.

Me asusté. Me asusté mucho. Por ahí, ese miedo debería haberme avisado, pero en ese momento no pensé en nada.

—Perdón. No puedo —dijo una vez, despacio. Después, de pronto, empezó a repetirlo—: No puedo. No puedo. No puedo. No puedo.

Algo así.

No explicó nada más. En dos segundos, había desaparecido dentro de la casa. Oí cómo se cerraba la puerta: un portazo totalmente silencioso. El viento creció alrededor de los cuatro que quedábamos. Nos costó mirarnos... Casi como si tuviéramos miedo. Yo no entendía. Ni lo que pasaba ni por qué me importaba tanto.

—¿Qué? —volví a decir.

No tuvieron tiempo de contestarme. En ese momento, se abrió la puerta de nuevo, otra vez sin ruido

pero con un movimiento cargado de furia. El padre del Negro, iluminado por el sol de la tarde, abrió el brazo y apoyó la mano grande para afirmar la puerta, levantó la cara y nos miró con las cejas finas y el pelo corto de siempre. No nos gritó pero tenía la voz era rápida y filosa, como si no supiera cómo dominar la rabia. Fue mucho peor que un grito.

—Se me van de acá ahora mismo. No quiero volver a verlos en esta casa, mocosos.

No sé cómo pero dos minutos después estábamos a cuatro cuadras, caminando por las calles frías hacia la casa de la madre de Lau. Sin hablar.

Así que la reunión terminó en lo de Lau. Ahí hubiéramos debido ir desde el principio. Los padres de Lau eran más jóvenes que la mayoría de los padres de la escuela. Vendían artesanías en dos de las ferias de la zona: la de la ruta 4, los sábados, y la de los domingos en la de Laguna de los Patos, a veinte kilómetros. En algún momento se habían separado pero ahora estaban juntos de nuevo. Quiero decir, eran pareja, pero vivían en dos casas diferentes. Lau cambiaba de una a otra.

El pueblo había recibido esa novedad con emociones cruzadas. Yo oía los comentarios en el café de la plaza, en la puerta de la escuela. Era uno de los chismes más populares de Los Baguales. Algunos

lo contaban con desprecio; otros, con espanto; un tercer grupo, con admiración; unos pocos, con sorpresa. Para todos, Lau y su familia eran personajes de novela.

La casita blanca de la madre estaba abierta, como la mía, siempre llena de chicos y de adultos que entraban y salían. A mí me encantaba entrar en esa nube de charla y música y risas y, a veces, discusiones. La casa del padre era más silenciosa; no la conocía tanto: quedaba demasiado lejos, en una de las puntas del pueblo y no creo haber ido más de dos veces.

Ese día veníamos por la vereda, asustados, muy cerca unos de otros, y oímos la casa de la madre de Lau desde lejos. Una casa ruidosa, pero diferente. Creo que fue ese ruido el que cortó el hechizo porque recién ahí conseguimos mirarnos y hasta decirnos algo. No hablamos sobre el Negro, eso no. Del Negro, nada. Todavía no.

Los que se perdieron

Ella sabe que estamos. Nos ve por el rabillo del ojo. En ciertos brillos, en los rincones oscuros y olvidados que manejamos como un lenguaje. A veces, cada tanto, hasta consigue que nos noten los otros.

Es tan joven.

Durante años, buscamos atraer la mirada de los que ya habían crecido. Los que vivieron en tiempos del espanto. Los que pudieron conocernos. A los chicos, los esquivábamos. Ahora que ella nos nota, nos parece que en eso fuimos ciegos. La espera nos llenó de una amargura empecinada que no era nuestra antes de la zanja. Estamos afuera del tiempo, pero en esa amargura, envejecimos. Perdimos la esperanza, que incluso entonces teníamos, con el país ahogado y quieto como en un hechizo maléfico.

Eso nos da vergüenza, una vergüenza alegre.

¿Éramos como ellos entonces? ¿Ellos son como nosotros, pero ahora?

Desde la cortina que separa el jardín de infantes de la secundaria, buscamos parecidos. De pronto, necesitamos vernos en el espejo de estas calles, que nunca fueron las nuestras.

Un poco más grandes, tal vez, pero no habíamos dejado la sensación de lo nuevo sobre las manos el día que nos robaron el nombre y la vida y el tiempo, y echaron lo que quedaba de nosotros en la zanja. Pero ahora, desde este lado, el abismo que nos separa parece difícil de cruzar. La humanidad que nos queda cabe en un nombre y la estamos perdiendo, como la pierden los que nadie nombra. Donde los nuestros decían nuestros nombres, donde nos llamaban, en ese aire, hay un hueco sin colores, sin sonidos.

Buscamos lo que éramos en los chicos que caminan con la que nos nota. Hay miedo en uno de ellos, un miedo convertido en hueso por la costumbre. Tendríamos palabras para decirle, pero el alarido del viento es demasiado alto. Lo entendemos, claro. Todos los miedos se parecen. Y nosotros tuvimos miedo al final. Miedo y esperanza. Los dos punzantes como agujas, crueles los dos.

El chico dice que no. Que no puede. Dice que no frente a la casa a la que no quiere volver, la casa que no es del todo su casa.

Él también nos ve. Lo vimos con los ojos clavados en nosotros cuando fuimos a escuchar la historia de Ju en ese patio tocado por la fuerza de la lluvia, hace unos días. Nos vio y desvió la mirada. Él también nos reconoce. Nuestra historia roza la suya. Por eso ahora, frente a la puerta de la casa, mira el suelo y se calla, renuncia, entra de nuevo y la puerta se agita cuando la cierra con fuerza infinita y sin ruido. La violencia y el silencio gritan cuando se tocan. El silencio es la norma de su casa ruidosa. Nosotros lo sabemos.

Ju nos ve. Pero nosotros tenemos más en común con el chico que dijo que no, que no puede, y cerró la puerta. Él está dividido, separado en dos como nosotros de nuestros nombres. Como nosotros, se desgarra.

Lo del Negro fue un golpe. Tal vez estuvo bien que pasara, pero fue un golpe. Tal vez necesitábamos un golpe para reaccionar.

Ahora éramos cuatro, no cinco. Y cuatro era poco para el tema que había traído Ju. Y además, sin el Negro habíamos perdido la risa. Él lo había dicho desde el principio: el tema era horrible. Necesitábamos al payaso. Lo necesitábamos. Yo soy buena para organizar, pero no sé levantarle el ánimo a nadie. Ni idea de cómo se cuenta un chiste.

Seguimos adelante, pero costaba. Ju fue la primera que se atrevió a hablar del problema. Y ella veía las cosas desde otro lado. Si hacía falta, se tiraba al suelo, como un fotógrafo, para estar al mismo nivel de lo que estudiaba.

Me acuerdo de que nos sentamos en el comedor de Lau, las tazas de café y té y leche sobre la mesa y entre las manos. Y Ju fue la primera.

—¿Qué va a hacer el Negro? —preguntó—. No podemos dejarlo afuera... No tiene otro grupo.

A mí ni siquiera se me había ocurrido mirar las cosas desde ese lado. Mi pregunta era más bien qué íbamos a hacer nosotros. Pero Ju tenía razón: ¿y el Negro? ¿Qué iba a hacer él? ¿Pedirle a la profe que lo cambiara de grupo? A la profe le molestaba muchísimo que le cambiaran los esquemas cuando ya los tenía organizados.

—Yo voy a ir a hablar con el Negro —dije casi sin pensar. Todavía no lo entendía pero me gustaba la idea.

Con eso arreglado a medias, empezó la reunión. Ahora creo que sin la pregunta de Ju, no habríamos hecho nada. La pregunta había permitido la reunión, la había abierto. Ahora podíamos volver al proyecto.

Organizar la investigación, eso que nos había parecido tan difícil hasta hacía un minuto, era fácil en comparación con la crisis del Negro. Hicimos listas. Las listas siempre son útiles.

Lugares para revisar: la biblioteca (sobre todo, el resto de la sección "Publicaciones periódicas"), el cementerio, las oficinas de *El Cronista de Los Baguales* (por ahí, pensamos ese día, hasta podíamos rastrear al periodista que había escrito la nota, si seguía vivo; después, eso no funcionó).

Personas para hacer el trabajo: cuatro, cuatro solamente.

Estábamos empezando con eso cuando levantamos la vista y ahí estaba la mamá de Lau, apoyada contra el marco de la puerta del comedor, mirándonos. De verde, como siempre. Nunca la vi con ropa de otro color. Las paredes de la casa eran verdes; las ventanas, de un verde diferente.

—Les falta algo, chicos —dijo, la voz casi tímida (yo no estaba acostumbrada a eso en un adulto; creo

que le presté atención justamente por eso). Dijo eso y después esperó un momento, como para que nosotros la paráramos si no queríamos consejo. Nadie dijo nada. Entonces, sonrió y nos lo dijo.

Tenía razón: en la primera lista nos faltaban los organismos de derechos humanos.

—Vayan a verlos —dijo.

Así que la primera lista se alargó. Pero en la segunda, seguimos siendo cuatro.

Los que se perdieron

Volvemos con ella a la biblioteca. Ahora que ella nos ve, esa casona oscura es el lugar más luminoso del pueblo, las paredes viejas tocadas por letras y dibujos que no conseguimos ver si no hay alguien que abra las tapas para nosotros.

Como la primera vez que la vimos, Ju pasa rápido frente al escritorio y camina por el pasillo hacia la habitación de los años dorados. Nosotros tocamos las cortinas. Hablamos con la madera de las tablas del piso y ellas crujen bajo nuestros pies invisibles. Ju oye. Ve. Caminamos los tres hacia la oscuridad del umbral que antes no cruzábamos. Ella lleva un cuaderno en la mano y camina rápido, los ojos en el pasillo.

Y entonces, la voz del chico. Está en la puerta de entrada, con la luz de la plaza atrás, como un telón de fondo.

—¡Ju! —dice y viene corriendo hacia nosotros, hacia ella.

Nos gusta el sonido de las zapatillas sobre las baldosas blancas y negras, como un susurro cantado. Nos gusta el sonido del aire frío en los pulmones agitados del chico. La sangre de la carrera en las mejillas encendidas.

Nos acordamos. Carreras de la mano junto a la costanera de entonces, la vieja costanera de Rosario. La risa. Nuestra risa confundida con el río grande y las nubes y la lluvia.

Ju (los dos decimos ese nombre incompleto y, cuando lo decimos, el nombre flota en el aire silencioso como un sol diminuto) se da vuelta. Estamos los tres en el umbral de la habitación oscura y lo esperamos.

—¿Lau? —dice ella. Parece iluminada por dentro. Y es lógico, es lógico. Él acaba de llamarla y, antes del grupo, hacía tanto tiempo que nadie decía "Ju" en voz alta. Ella, como nosotros, busca desde hace años el sonido de su nombre perdido en el aire.

El chico la mira inclinado, respirando con fuerza. Tal vez corrió desde la casa con los pulmones apretados. Dice que vino a ver lo que ella vio cuando descubrió el tema. Los tomos encuadernados de *El Cronista de Los Baguales*. Ella no contesta. Tal vez no tiene palabras. La soledad que la rodea como una campana transparente se resquebraja un poco, abajo, cerca del suelo.

Se sientan a leer juntos bajo la luz artificial, tocada apenas por el sol que atraviesa la puerta. Oímos los susurros.

Están mirando el final del horror, el centro de nuestra historia: los cuerpos quebrados, la zanja, el puestero, el cementerio. No saben nada sobre los autos verdes y las vendas y la ciudad en que vivíamos juntos. No ven el principio, ese camino que los llevaría directamente hacia nuestros nombres. Tenemos que hacer que lo vean. Nos movemos despacio sobre las dos cabezas mientras ellos se encuentran de a poco en los gestos, la vista fija en la muerte. En la ausencia.

Esa noche, Ju vino a verme a casa y conversamos, la primera de nuestras charlas, la que fundó la costumbre. Ahora que cuento la historia, creo que esa noche fabricamos una forma de encontrarnos. La necesitábamos: habíamos estado tan lejos una de otra.

Me acuerdo de que todo el grupo faltaba un poco a la escuela por el proyecto en esos días. La profe nos conseguía permisos y nosotros le mostrábamos lo que habíamos hecho con el tiempo. Adri había organizado que nos intercambiáramos apuntes: los que no íbamos, copiábamos todo de los demás y nunca faltábamos los cuatro juntos.

Uno de los resultados menos obvios de esto: jamás pensé que pudiera llegar a conocer así las letras de mis compañeros. Me bastaba una palabra para saber

si la mano que había escrito era la de Ju, la de Adri o la de Lau. Con el tiempo, empecé a imaginarme a cada uno en el momento de escribir: la manera en que acomodaban el cuaderno frente al cuerpo, sobre la mesa; la manera en que tomaban la birome. La posición de la mano está marcada en la letra, creo. Y el ánimo y las ganas y el sueño y el miedo. Eso también lo aprendí en el proyecto.

Esa tarde, cuando salí de la escuela, Ju me estaba esperando en la puerta. Había ido a la biblioteca a buscar más noticias sobre los cuerpos en la zanja del molino. Caminamos juntas por esa tarde casi de invierno (ya había llegado ese tipo de frío crudo que yo y Lau odiamos tanto). No hablamos. A Ju le costaba hablar mientras caminaba. Me había dicho que tenía algo que contarme y yo la había invitado a casa. Ella lo había dicho en esa voz baja, lerda, la voz que usaba cuando quería que le prestaran atención. Desde ese momento, cada vez que quisiera ir a mi casa a charlar me lo diría casi exactamente con las mismas palabras. Desde ese momento, esa sería su manera de hacerse invitar a una casa (la mía) que, como la de Lau, estaba siempre abierta.

Caminamos sin hablar, dije. Hacía frío. Tal vez por eso caminábamos rápido, una muy cerca de la otra. No nos mirábamos. Es difícil mirarse cuando

se está muy cerca y creo que, esa vez, las dos estábamos muy nerviosas.

Antes de sentarnos a charlar, tomamos algo. Ella, té (la leche le daba asco, decía); yo, mi chocolatada de siempre. Eso también quedó fijo, como en un rito. Las tardes en mi casa, las "conversaciones", empezarían siempre así: con una buena merienda y algunas palabras sobre el clima, sobre mi gato Relámpago (que desaparecía apenas veía a algún desconocido, o sea casi siempre: él sí que era un fantasma), sobre la escuela, sobre los profesores, sobre lo que pasaría al año siguiente cuando termináramos la secundaria. Cualquier cosa menos el proyecto.

Por ahí seguimos haciéndolo de esa forma porque esa primera vez salió bien. Me parece que la merienda y la conversación más o menos intrascendente nos ayudaba a respirar, a no tener miedo antes de pasar a lo serio.

Cuando terminamos de comer, subimos al dormitorio (mi casa es alta y angosta, "la casa de las escaleras" la llama papá) y nos acomodamos arriba. Ella se sentó en la silla del escritorio; yo, sobre la cama.

—Te cuento, entonces —dijo ella.

Había ido a la biblioteca. Y justo cuando pasaba sobre el umbral de la sección de publicaciones periódicas, había oído la voz de Lau en el pasillo.

—Vino a leer conmigo, ¿sabés? —me dijo. Yo la miré: tenía los ojos deslumbrados. Y entonces, de pronto, me acordé: que yo supiera, Ju nunca había estado de novia—. Leímos juntos.

Creo que fue en esa conversación que empezamos a hablar de los dos tiempos. Porque era así, yo me di cuenta enseguida: vivíamos en dos tiempos, el nuestro y el de los dos cuerpos de la zanja. Los dos tiempos no estaban completamente separados. Había marcas del más viejo en el nuevo. Y ahora que nosotros estábamos haciendo algo, tal vez también marcas del nuevo en el viejo. Eso era lo que buscábamos en el proyecto: las marcas.

A Ju le costaba contar. A cualquiera le hubiera costado. Ese otro tiempo que estábamos sacudiendo, como si metiéramos una rama en un charco inmóvil, era muy difícil de contar. Las palabras que lo decían eran difíciles de decir. Costaba sacarlas por la garganta. No se podía leer sobre ese tiempo a solas, le dije a Ju. Ella había hecho bien en aceptar a Lau como compañero.

Las conversaciones también son difíciles de contar. Son enredadas. Yo no me acuerdo bien del orden de la nuestra. Sé que uno de los hilos fue ese, el de los dos tiempos. Y que el otro fue ella. Ju.

Empezamos con el proyecto, sí, pero en algún momento como que me desperté y estábamos con

ella, ella y su hermanita Ele y los abuelos, demasiado viejos y demasiado fríos; los padres a los que no veían más que en verano porque no tenían dinero para viajar con frecuencia.

Ju vivía sola, pensé yo. Había estado sola en la escuela desde siempre. Por eso la conmovía tanto lo de Lau. Por eso le hacía bien hablarme.

La investigación

Ella y Lau habían encontrado la noticia de la zanja en uno de los diarios provinciales: "Enterraron dos cuerpos NN en Los Baguales", decía el título. También había otra notita (diminuta) en uno de Buenos Aires.

En esa charla entendimos algo entre las dos: la historia de los NN tenía dos lados. Uno iba directo a lo que nos había contado la profe, lo de las flores de los lunes, las dos enes ("Ningún Nombre", eso significaban, Lau había encontrado la explicación en alguna parte). Ese lado empezaba en la zanja y seguía hacia delante, hacia el cementerio, hacia el futuro. Era más fácil de resolver, porque bastaba con buscar las tumbas, sacar fotos, hablar con alguien, quizás un viejo que tuviera recuerdos de esa época.

La otra punta iba hacia atrás. ¿Por qué nadie había venido a buscar a esos chicos? ¿Se había investigado

algo? ¿Dónde los habían matado? Y, por supuesto, ¿quiénes eran?

Esa última pregunta era imposible. No éramos nosotros los que íbamos a poder averiguarlo, de eso yo estaba segura. Ju parecía convencida de que sí... Adri iba a asustarse mucho cuando se lo contáramos.

Para esta instancia del proyecto, Adri puso primera. Fue a la municipalidad a ver si encontraba a alguien que supiera algo sobre la historia del cementerio, los nombres de los funcionarios en el 76 y el 77. Y de paso, averiguó algo sobre los organismos: en una reunión (no me acuerdo cuál, no recuerdo la casa en la que estábamos) nos dijo que tenía la dirección y el teléfono de la oficina de Madres de Plaza de Mayo en Garzas.

—Yo digo que todavía no vale la pena ir —agregó enseguida—. Primero tenemos que investigar un poco más.

Estaba en el envión del entusiasmo muy a la Adri, que la sacudía cuando empezaba algo y las cosas funcionaban más o menos a su gusto. Lo que le dijimos Ju y yo sobre las dos puntas del proyecto no le cayó nada bien.

—Eso del principio... no sé, chicas —dijo—. Saber quiénes eran, por qué los mataron, todo eso. ¿Al-

guien sabe algo de investigaciones policiales? Por ahí el Negro. Por el padre, digo. Pero ahora ya no está en el grupo y el viejo... No, yo voto por que nos concentremos, en lo posible... Investiguemos solamente lo que le pasó a los cuerpos desde que aparecieron acá, en la zanja.

—No estoy de acuerdo. —La voz de Ju: tensa, durísima. Por una vez, casi rápida.

Discusión.

Tan raro ver a Ju discutiendo. Pero así fue. Así fue la primera vez, con Adri, y así volvió a pasar. Cada vez que alguien decía que dejáramos de investigar "el antes" (como lo llamaba yo), Ju se ponía roja, decía que no, y lo decía con fuerza, casi gritando. Raro... digo, porque fuera de esos momentos, Ju no interrumpía nunca. En cualquier otra oportunidad, cuando opinaba, esperaba su turno y hablaba siempre en voz baja, con palabras suaves. Por eso, la primera objeción fue una sorpresa para todos, hasta para ella.

Adri la miró, más asombrada que furiosa.

—Bueno, si vos decís, Ju, dale, hagámoslo, pero el asunto es cómo... ¿Tenés algo que proponer vos?

A mí no me hacía falta escuchar a Ju: sabía lo que iba a decir. Ya me lo había dicho.

—Yo creo —comencé a decir, porque yo sí sé interrumpir cuando hace falta y ahí hacía falta: no

quería peleas, el grupo no podía perder otro miembro— que lo que Ju quiere decir, Adri, es que sigamos con las dos cosas al mismo tiempo. Lo que pasó después, lo resolvemos enseguida... Y bueno, si no llegamos al antes, presentamos lo otro y listo. Pero podríamos tratar...

—Lo que yo pienso —dijo Ju (yo no esperaba que insistiera, suponía que iba a ser suficiente con mi defensa)— es que esto, todo esto, solo tiene sentido para una cosa: saber quiénes eran. Eso es lo que único que importa.

Detrás de ella, Lau decía que sí con la cabeza. Se estaban entendiendo cada vez más esos dos, pensé. Adri se encogió de hombros, una manera de decir que prefería dejarlo ahí. Adri necesitaba cumplir, llegar a tiempo. Así la habían educado. No podía estar de acuerdo, no del todo.

Supongo que fue en medio de una de esas discusiones que me puse a pensar por qué me consideraban la jefa. Y creo que era porque yo estaba en el medio. Siempre me pongo ahí. Por ejemplo en este caso. Yo sabía que Ju era capaz de irse del grupo si no investigábamos el antes; era lo único que le interesaba, por eso interrumpía de esa forma. Porque el antes era lo que les interesaba a los fantasmas que ella decía que veía. Así que yo hacía lo que hice esa

vez: intervenía y me ponía en el medio. Y eso de la jefa salía solo.

Por suerte, esa vez, Adri se encogió de hombros y aceptó lo de hacer las dos cosas al mismo tiempo. Apenas vi el gesto, me distrajedistendí. Listo. Ya no me interesaba más: estaba pensando en lo que iba a decirle al Negro.

Una madre

Yo no quería saber porque ya sabía. Cada vez que se hablaba de lo que estaba pasando, pensaba en ella y en algún lugar, abajo, en las tripas, sabía. Sabía y había decidido que no tenía fuerzas para pelear. ¿Para qué, si ya la había perdido?

No quería seguir esperando. Y si daba la sangre que me pedía el hermano, sabía que iba a empezar a esperar.

Delante de la cama, sobre la pared blanca, había colgado una foto de ella, una foto vieja, de cuando ella era muy chica, diez años, antes de que empezara todo. Eso me quedaba: la foto. Me aferraba a ella porque sin esa imagen, yo no era nada.

Ahora creo que no esperar no me sirvió de mucho. Al contrario: con la nada de los días en que había esperado inútilmente el timbre, el teléfono, un mensaje pasado por debajo de la puerta, una carta, me había

fabricado la niebla y ahora la niebla lo cubría todo. Yo era niebla en esos días. De vez en cuando me permitía desear una sola cosa, un único consuelo: la confirmación de que el espanto antes de la muerte, ese tiempo en el infierno de los campos de concentración, había sido breve para ella.

Lo demás ya no importaba.

Me di cuenta de que no iba a conseguir nada si iba a verlo a la casa. En su casa, el Negro era otra persona. Además, el padre me había visto en el grupo y había sido muy claro: no quería volver a vernos. Ni siquiera iba a dejarme entrar. Así que una tarde que tuvimos la última hora libre, salí corriendo y lo esperé detrás de un árbol en la segunda esquina. No quería que él viera a nadie más, no quería ponerlo en peligro frente al padre.

El árbol es un roble, lo conozco desde siempre. Me acuerdo de las últimas hojas amarillas, abandonadas en la vereda. Había una suelta, solitaria, aferrada a una rama baja. No sé por qué me quedó esa imagen.

Justo cuando lo vi llegar por la vereda, la hoja se desprendió y cayó, despacio, hacia las baldosas. La miré mientras me preguntaba por qué me había metido detrás del tronco. Para esconderme del Negro,

por supuesto. Pero eso no tenía sentido. ¿No venía a decirle algo que había planificado durante horas?

Levanté la vista. El Negro caminaba pateando una latita abollada como si tuviera cinco años. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que no iba a verme. Estaba lejos, en otra. La cara triste, los ojos oscuros, como me gustan a mí. La mirada demasiado abierta, como si no quisiera ver pero no supiera cómo cerrar los párpados.

Pasó casi rozándome y no me vio. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no supe qué hacer. Una parte de mí quería salir corriendo para el otro lado y dejar todo para otro día. Pero no, no. Si no lo hacía en ese momento, por ahí no me atrevería nunca. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para obligarme a seguirlo.

El Negro ya había doblado en la calle siguiente cuando lo alcancé. Lo llamé desde la esquina. Me conozco, sé qué hacer cuando estoy a punto de renunciar a algo y no quiero permitírmelo.

Él se dio vuelta. Me pareció que yo lo asustaba. Que lo había arrancado de ese otro mundo en el que estaba, su refugio. No se me acercó. Me esperó sin moverse, como si tuviera miedo de que yo lo golpeara.

—Hola —dijo, la voz muy baja, desnuda de ironía. No tuvimos más remedio: nos miramos.

Después caminamos hasta la placita chica (no la de la municipalidad y la biblioteca, que tiene una manzana entera: la otra, que es apenas un cuadradito de árboles y bancos de madera despintada, sin juegos) y nos sentamos ahí, juntos, porque, como me había pasado con Ju, era más fácil si no había que mirarse. No había nadie. Con ese frío, parecíamos locos charlando en medio del viento.

Yo no sé contar conversaciones tal como se dieron, ya lo dije. La verdad es que en lo que vengo contando, las inventé todas. No creo que hayan sido exactamente así. Esta, la de la placita, fue muy difícil de empezar. En el momento en que elegimos el banco, el banco me tranquilizó. No sé, fue como si hubiera estado ahogándome y el banco fuera el único refugio, la única orilla en el remolino. Pero cuando me senté, la sensación fue peor. Qué absurdo. ¿Para qué había venido? No iba a conseguir soltar ni una sola de las palabras que había pensado.

Tengo que haber dicho algo, por supuesto. Él no empezó, de eso estoy segura. Supongo que fue algo como: "Mirá, ya sé que tenés problemas en tu casa, ya lo vi, pero, ¿qué vas a hacer con la materia? ¿Le dijiste a la profe?". Tiene que haber sido algo así porque ése era el plan. Desde el momento en que dije que yo me iba a encargar del

Negro sabía que lo mejor era repetir lo que me había dicho Ju.

Cuando empezamos a hablar anochecía y yo ya estaba muerta de frío, pero eso no me importó. Hablamos mucho rato. Dos, por lo menos. Y yo no me di cuenta ni de la hora (mamá casi me mata después por no haberle avisado), ni de la falta de luz ni del aire que me cortaba los dedos.

El Negro estaba peor que nosotros, eso era lo que me había hecho notar Ju. Yo lo había extrañado desde la segunda reunión, desde los gritos del padre, pero a partir de que Ju me había dicho eso, no conseguía olvidarme de la cara de él cuando entró en la casa y nos dejó en la vereda. Los ojos negros, mudos, fríos, tan distintos de sus ojos cuando se reía.

Los días en que el grupo había seguido investigando sin él, se sentó bien atrás, contra la pared, y dejó de contar chistes. Se había convertido en uno de esos fantasmas de los que hablaba Ju. No sé dónde desaparecía en el recreo. Nadie le había dicho a la profe que él ya no estaba en el grupo (creo que seguíamos esperando que volviera), pero él no nos buscaba en los pasillos. Tampoco lo había visto hablar con nadie.

En resumen, entonces, porque no me acuerdo las palabras, le dije que volviera. Él dijo que no, que no

podía. Que le tenía miedo a su viejo. No dijo nada más, y eso fue peor porque yo me imaginé cualquier cosa. De la palabra "miedo" me acuerdo. No parecía el tipo de miedo que yo le tenía a mamá cuando era chica. Digamos, miedo de sus gritos, de la forma en que se enojaba cuando me gritaba. Lo de él era otra cosa. Y entonces, en vez de decir nada, me mostró: se bajó el cuello levantado de la campera y pude ver dos moretones. Como dos hojas de color violeta.

—Mamá está peor que yo —dijo. De eso, también me acuerdo.

El padre había dicho que no. No había más que decir. El proyecto era parte de la campaña que se llevaba a cabo contra la policía, contra ellos, contra él, había dicho. Si el Negro hubiera estado en cuarto o en tercero, lo habría metido en una escuela diferente, privada, aunque tuviera que pagar. Lamentaba haberlo metido en la nuestra. Y cosas por el estilo.

Yo escuché a medias. Había pensado una respuesta para eso y lo único que quería era decirla.

—No hace falta que se entere de que seguís.

Pero el Negro era el Negro, no yo.

—No puedo —dijo él.

—Vamos, Negro. No nos va a ver en tu casa, no viene a buscarte, no mira las carpetas… —creo que le dije.

¿La verdad? No estoy segura de que yo hubiera hecho nada a escondidas de un padre de ese tipo. Seguramente no. Soy miedosa. Pero sé insistir cuando hace falta.

Dos horas después, cuando me desperté de la charla, la noche había empezado hacía mucho y él estaba llorando. ¿Hacía cuánto que yo no veía llorar a un chico? Digo, los varones tienen esa desgracia. Les enseñaron que no es bueno llorar. Yo lo miraba y no sabía qué hacer... Ese era un Negro secreto, inimaginable. De pronto, me faltaba el aire de nuevo. Algo se me había movido por dentro, algo grande y caliente.

No lo pensé, aviso. Salió solo. En algún momento, me di vuelta hacia él y lo abracé. No estuvo bien hecho, ya sé. Fue un abrazo torpe, era casi incómodo. Pero era lo único que quería hacer en ese momento.

Él no me rechazó.

—Mirá, hagamos así, Negro: yo te doy cosas para hacer —le dije—. Nadie lo va a saber. Los del grupo, solamente. Aprobás Historia y nos ayudás. Te necesitamos. Somos pocos. Si tu papá va a la fiesta de fin de año, yo le hablo a la pro...

—No va a ir. Nunca va —dijo él. No me miraba. Pero se quedó callado. No volvió a decir "No puedo".

Al día, siguiente, cuando les conté a los demás, Adri saltó enseguida.

—Te vas a arrepentir de esto —me dijo—. Los padres siempre se dan cuenta de todo.

—Los tuyos, por ahí —le dije. En parte, me daba rabia que ella me destruyera la ilusión de que se podía hacer. En parte, lo decía en serio: eran duros los padres de Adri. Siempre le pedían más. Ya la habían anotado en una universidad privada de Buenos Aires. Se mudaban allá para estar con ella. Yo no estaba segura de que eso fuera lo que Adri quería, pero ella no parecía dispuesta a discutirlo—. Y ni los tuyos son así, Adri. No creo que lo sepan todo. ¿Saben lo que hacemos con el grupo, por ejemplo? Vos no les contás, me dijiste. ¿Y el año pasado? ¿Qué sabían de Lau?

Había habido algo entre ella y Lau el año anterior... A mí me lo habían contado los dos. Después se había terminado. Yo me jugaba a que los viejos ni siquiera se habían dado cuenta. Difícil saber algo si no se invita a nadie a la casa.

Ella dijo que no con la cabeza.

—Bueno, que el Negro haga lo que quiera, entonces. Por mí, no se va a enterar nadie. Pero que no me pregunten, ¿eh? Yo no...

—Ya sé: vos no mentís —dije yo, enojada.

Una vez habíamos hablado con mamá sobre Adri y sus viejos. Sobre esa casa desconocida para todos, ahí, quieta, como un mundo separado dentro de Los Baguales. Según mamá, eso de no tener contacto con nadie era porque los padres seguían sintiendo que eran de Rosario, donde habían vivido antes. O en todo caso de Buenos Aires, adonde pensaban mudarse al año siguiente. "Adri se las arregla bastante bien", había dicho mamá. "Apenas haga pie en alguna parte, se va... estoy segura. Es una chica muy inteligente".

—Pero que no se duerma. Que haga, ¡eh! —dijo ella sobre el Negro, como para no dejarme la última palabra.

—Por eso no te preocupes —dije.

Pero ya estaba un poco más allá: acababa de ocurrírseme que por ahí el padre del Negro sabía algo del antes. Y que quizás el Negro... Y hasta ahí llegué. Porque apenas tuve la idea, me dio miedo. Decidí que no diría nada. No por ahora.

La primera vez fuimos juntos al cementerio.

En la escuela, el Negro se había convertido en la Ju de antes, la desconocida, la que no decía una pa-

labra. Ahora que habíamos hablado y llegado a un acuerdo, a veces lo esperaba en el mismo árbol que aquella vez, el roble, y nos pasábamos las novedades. "Mañana vamos al cementerio a buscar la tumba", "Adri dice que no vamos a terminar a tiempo", "Lau no está haciendo nada bien, no sé qué le pasa".

Confieso que no entiendo por qué no le preguntamos a la profe dónde estaba la tumba. Ella lo sabía: había ido a dejar flores desde el primer día después de ese entierro solitario. Y nosotros sabíamos lo de los lunes, claro. Pero fue como si nos hubiéramos olvidado de todo. No sé... A veces se me ocurre que lo hicimos a propósito, que queríamos demostrarnos que éramos capaces de hacerlo solos. En esos días no hablábamos mucho con ella. Nos miraba con un cariño diferente y, para nosotros, había pasado a ser la profesora más importante del año. En clase no hacía diferencias con nadie y eso también nos gustaba.

El cementerio

Yo nunca había ido antes. Nunca. Eso tengo que decirlo. El proyecto de Historia me estaba obligando a pensar en temas que antes ni siquiera se me pasaban por la mente. Lo del cementerio es un buen ejemplo.

En el grupo, Adri y el Negro lo conocían muy bien. Habían estado ahí tantas veces que ni siquiera se acordaban de la primera. Más adelante, el Negro me contó la primera vez que había visto el mar, y ahí fue al revés: para él, era un momento inolvidable, de esos que se guardan para siempre; nosotros íbamos todos los años a Mar del Plata, a veces a Villa Gesell, desde siempre. No me acuerdo de la primera vez que lo vi. El mar siempre fue parte de mis veranos.

Lo que son las cosas... El Negro no me creía que yo no hubiera entrado nunca al cementerio. Y para mí, esa primera vez también fue inolvidable.

A eso me refería. El proyecto me hizo pensar en mi familia y la muerte, en la forma en que lo que hacemos al respecto es diferente de lo que hacen otros. Nunca lo había pensado. Supongo que todos tendemos a pensar que es igual en todas partes. Que lo nuestro es... no sé, natural. Adri y el Negro iban ahí desde chicos a visitar la tumba de los abuelos. Yo no lo había pisado nunca, Lau tampoco. En nuestras casas, el recuerdo no tenía que ver con un lugar preciso. Teníamos una memoria desligada de nada concreto. El proyecto me mostró que esa manera de hacer las cosas no era la más común en el pueblo. De pronto, me acordé de una discusión que había tenido con Camila sobre ese tema, un año antes. "No los

entiendo, no entiendo cómo hacen ustedes sin ceremonias ni nada... así. Me parece horrible", me había dicho ella. Yo me había ofendido. A mí lo de ella me parecía feo... incomprensible. Pero no se lo dije.

No es grande el cementerio de Los Baguales. Yo suponía que sería cuadrado o rectangular, pero no. Es casi un círculo frustrado... con ocho ángulos en total. Está separado del resto del pueblo por una pared bajita y ancha de ladrillos, y está en el camino hacia el Alto. Siempre hay alguien sentado en ese cerco raro: la caminata hasta el Alto es larga y hay que descansar. A mí me gusta que los que van arriba sientan que esa es una pared como cualquier otra. Por ahí es por eso que nunca me dio miedo el cementerio. En Los Baguales, ese lugar no tiene misterio. Es todo entrada. Todo se ve desde afuera.

El día que fuimos en grupo atardecía, casi con el frío del invierno. Los cinco nos quedamos de pie frente a la tranquera de madera pintada. Esa tranquera siempre me pareció ridícula: todo el mundo en el pueblo entraba y salía saltando la pared. Había muchos que cortaban camino por el cementerio. Así que ese grupo de cinco, detenido frente a la tranquera, era raro. Absurdo, diría yo.

No sé por qué no entrábamos. Adri se puso nerviosa enseguida.

—Bueno, ¿revisamos o qué? —dijo—. Si seguimos acá, se nos va la luz.

—No importa. Si no las encontramos, volvemos mañana —dijo Lau y levantó la cámara. Le encantaba sacar fotos. El grupo le había dado el puesto de fotógrafo oficial—. Y si las vemos, tengo flash.

Los que se perdieron

Después de la zanja, las fotos de la policía y ese expediente que no llegó a nada, el cementerio de Los Baguales nos abrió la tierra blanda, oscura, fértil de la pampa argentina. Hace años que la habitamos sin un nombre. Sin una marca.

A veces, en la espera, leemos juntos los apellidos de los otros, las palabras que dicen vidas enteras sobre el mármol, sobre la madera antigua y dura, sobre el cemento crudo.

Hay un árbol entre las tumbas. Conversamos con él en las noches de viento. Él nos cuenta que lo plantaron un mes antes de que llegáramos. El viento lo quiere y nosotros lo conocemos desde entonces. A veces hablamos los tres del guardián de ese tiempo, un viejo que lo regaba con cuidado cuando faltaba la lluvia. A veces, su nieto venía con él. Nosotros conocemos al nieto: se quedó con el puesto y hay tardes en que duerme bajo la sombra de las hojas.

A los dos nos gusta el fresno. Porque no se esconde: elige un verde intenso, claro, llamativo en primavera, y se derrama en amarillo oro cuando llega el otoño. Fabrica un redondel de sol bajo sus ramas desnudas. El nieto del guardián se sienta a veces en el banco que hay abajo y escucha pasar el viento.

Envidiamos al fresno porque no tenemos raíces. Nos las arrancaron cuando tiraron los cuerpos a la zanja, junto al molino. Somos Ningún Nombre y nos miramos en ojos que no nos vieron nunca. Los ojos de todos, menos de los chicos que acaban de vernos.

En el pueblo hay quienes saben que existimos. No saben quién somos, eso no, pero nos traen flores cuando pueden. Está la mujer de los lunes, por ejemplo. Lleva nuestra muerte en los ojos desde el primer día. Vio las fotos de la zanja. Nos vio cuando llegamos a la comisaría, muertos. Nos sabe solos y viene todos los lunes. Todos los lunes, la esperamos.

Pero hay otros. Una abuela que vino hasta hace poco, hasta que ya no estuvo. Lloraba frente a las tumbas, mirando las eñes repetidas. Nos inventaba nombres. Nora Norbertis, decía. Norberto Nandis.

Pero ahora, por primera vez, hay ojos que nos rozan. Y esta tarde, esos ojos caminan por los senderos del cementerio, buscándonos. No saben que no van a encontrarnos, no en el pueblo. Que en estas lápidas somos Ningún Nombre, como en las páginas de los tomos de la biblioteca.

Caminé un rato entre las tumbas, leyendo los nombres grabados en mármol, en cemento, en madera. Al principio iba rápido, pensando en el resultado. Yo no soy Adri, pero me gusta el resultado.

Y entonces, de pronto, me di cuenta de que esos no eran nombres. Eran historias. Historias que yo conocía. Muchas me habían rozado alguna vez en conversaciones entre mamá o papá y algún otro; en títulos de diarios leídos al pasar en la sala de espera de un médico; en voces agudas, espiadas a medias en la plaza.

El proyecto me interesaba mucho, pero cuando vi las historias me distraje. A mi alrededor, el cementerio había cambiado. Mejor dicho: yo lo había estado mirando mal, primero como a un lugar ajeno, después como a una hoja cuadriculada, dividida en nombres, cada uno completamente separado del siguiente. No era eso. Era una red complicada y ancha, tejida con cientos de hilos diferentes. La red de Los Baguales. ¿Cómo no lo había visto antes? La red era clara en ese atardecer frío: un nombre que firmaba el amor en una tumba ("Su amada esposa...") reaparecía dos pasos más cerca del fresno, y ese segundo nombre estaba enlazado. No, debería decirlo en pre-

sente, porque sigue ahí. Se enlaza con otro, mucho más cerca de la pared.

Me puse a pensar en los tiempos en que la abu ya no podía levantarse. En esos meses, cada tanto, me pedía que le contara algo. Yo siempre le preguntaba lo mismo: "¿Sobre qué?", decía. Y ella me soltaba una palabra, "Un perro", digamos. Y yo empezaba con un perro y de pronto estábamos en un bosque y el perro se había convertido en mono y había conseguido un caballo y lo había montado y acababa de encontrarse con un tapir. La abu se divertía mucho y a mí me parecía que contar esas pavadas era el mejor trabajo del mundo. Por ahí, se me ocurrió ahora en el cementerio, por ahí la red era más grande. Por ahí, todas las historias se conectan con todas, y se puede empezar por una y es como tirar de un hilo interminable que lo abarca todo y que, si se siguiera tirando, terminaría, alguna vez, en la primera historia.

Levanté la vista. Vi las espaldas de los demás, dobladas sobre las tumbas y los nombres. "Sí", pensé yo, "las tumbas cuentan la historia del pueblo hasta ahora". Y entonces se me vino a la cabeza: si hiciéramos un camino de tumba en tumba hasta tocarlas a todas, las únicas que quedarían afuera serían las de los NN. Esas nunca habían sido del pueblo. Eran como las tumbas de dos extraterrestres.

Al terrenito detrás de la casilla del guardián llegamos los tres juntos: Lau, Ju y yo. Hubiéramos debido empezar por ahí: ese es el lugar en que se enterraba a los forasteros, a los que el pueblo nunca había recibido del todo. Leímos, leímos los tres juntos. Dos veces ene. La misma fecha. Como si fuera la tumba de una persona y la de su doble. Como si hubiera habido una sola muerte.

SEGUNDA INVESTIGACIÓN

Los que se perdieron

Se puede contar un pueblo. Nosotros oímos el eco de las palabras de la que llaman la jefa como campanas en el viento. Eso quisimos antes: ser en el cuerpo inmenso de una ciudad, ser entre otros. Antes del espanto, fuimos para esa esperanza. Si los que nos buscan cuentan el pueblo, el pueblo entero, casa por casa, silla por silla, desde las tumbas alrededor del fresno, tienen que vernos porque las nuestras, nuestras dos tumbas, van a quedar en una orilla, mirando pasar desde afuera el río de las historias.

Y no. Tampoco eso es cierto. Por las flores. Por el guardián del cementerio que nos vio y se lo contó a su nieto y al fresno que regaba todos los días cuando no había lluvia, el fresno que crecía despacio, mientras nosotros nos íbamos sin irnos del todo.

Estamos pensando que tal vez hubiéramos querido a este pueblo. Desde las palabras de la jefa, este pueblo es lo que queríamos en los pueblos antes de la zanja: un

hilo entrecruzado que se convierte en manta, en abrigo. Hubiéramos querido a este pueblo. Pero llegamos muertos. Flotamos sin ancla por encima de todo, sin raíces, sin nombre.

Fue la zanja la que nos metió en el pueblo. Después esperamos, aferrados a las flores que nos traían algunos, a los colores de las hojas del fresno, a ciertas miradas, juntos a un costado de los días. Ahora, los chicos vienen a leer las tumbas. Ahí están, de pie frente a las nuestras, nuestras tumbas paralelas.

Tal vez eso sea todo, nos decimos. Este homenaje a medias, esta promesa que no se atreve a mirar atrás, que termina en la tumba misma.

Trabajamos. Todos, hasta el Negro. La redacción de la investigación del después fue como uno de esos acolchados que se hacen con pedacitos de tela: un conjunto desparejo en el que se veían las marcas de todos.

Tengo que decir que Adri no estaba de acuerdo. Ella quería hacer una corrección general para que hubiera un solo tono, una voz. Cedió porque nos quedamos sin tiempo. Adri se retorcía las manos pero tuvo que aceptarlo. Entregar tarde no era una opción para ella. En su casa cerrada, no se toleraba la impuntualidad.

Entregamos y esperamos. De pronto, la vida nos pareció vacía. No sabíamos qué hacer con el tiempo... Teníamos que encarar el antes, claro, pero necesitábamos saber qué diría la profe para seguir.

La profe tardaba. Tardó dos semanas, demasiado para lo que acostumbraba. Era de las que devuelven enseguida. Hasta los que no la querían le reconocían eso. Ese día, apenas Adri la vio cruzar la puerta del aula, se inclinó hacia mi banco y me susurró:

—Te apuesto lo que quieras a que ahora nos llama aparte y nos dice que lo tenemos que hacer todo de nuevo.

Después, no nos podíamos poner de acuerdo sobre la apuesta.

La profe nos llamó aparte, cierto. En realidad, también es verdad que nos dijo que la cosa no estaba del todo bien, que no estaba terminada (hasta ahí, ganaba Adri). Pero no era por lo de las voces diferentes que ella había demorado tanto tiempo en corregir. Al contrario (ahí ganaba yo), le había gustado que la investigación tuviera las huellas de todos, de los cinco. Así se aseguraba de que todos habíamos trabajado, dijo.

El problema era otro.

—Hay todo un aspecto del tema que ustedes no trataron para nada. ¿Cómo llegaron esos cuerpos a

la zanja del molino? ¿Quiénes son? ¿Por qué los mataron? ¿Por qué los dejaron cerca de Los Baguales? No veo nada de eso acá. —Señaló los papeles y sonrió, como para aflojar el golpe; yo me di cuenta de que ella no quería que creyéramos que *todo* le parecía mal—. No está mal, en serio, pero entre lo que sí me presentaron también tengo algo que señalarles. Algo importante. ¿Y la documentación? ¿Qué pruebas tienen de que esas dos tumbas NN son las de los chicos de la zanja? Digo, además de que yo se los conté.

Adri protestó enseguida (en eso, ella es ella y yo, yo; cuando sé que no hay nada que hacer, yo me callo, ¿para qué gastar saliva?). Hay que decir que protestar le sale bien a Adri: tiene una voz tranquila y segura, como dueña del mundo. No parece nerviosa.

—Es que es cierto: usted nos lo contó. ¿No le parece suficiente prueba?

—Pero ustedes no me hicieron una entrevista. ¿Dónde está lo que dije en el trabajo? Eso es lo que falta en esto. Testigos, papeles. Algo.

Nos dio diez días para terminar la primera parte, la que nosotros llamábamos "el después". Dos meses más para el resto. Dijo que, al final, si no llegábamos a nada, cosa que era posible, por supuesto, ella quería que explicáramos lo que habíamos hecho y por qué suponíamos que no habíamos obtenido resultado.

Lau puso los ojos en blanco. El Negro palideció. Adri me miró y cruzó los brazos. Ju sonreía de oreja a oreja. A mí me parecía bien: siempre fui curiosa, tenía ganas de seguir.

Hay una cosa que hay que reconocerle a Adri: lo que había dicho era cierto. El antes era demasiado complicado para nosotros. Ahora que la profe había dicho que teníamos que hacerlo, ella y Ju dijeron que iban a ir juntas a Garzas, a ver a las Madres. Lau tenía fotos que sacar en el cementerio y había dicho que quería hablar con el guardián. (La profe habló de "testigos": quizás el guardián fuera una posibilidad. Es que ninguno de los cinco quería hacerle la entrevista a la profe; sentíamos que ella lo iba a considerar un atajo, una manera de trabajar menos).

El Negro y yo

Desde que él había vuelto al grupo, salíamos juntos de la escuela y caminábamos cuatro, cinco cuadras hasta las seis esquinas, donde se cruzan tres calles y se abre un baldío congelado (que, según mamá, yo llamaba "el lugar del viento" cuando era chica). Ahí nos saludábamos con la mano (ese momento siem-

pre era incómodo, los dos lo sabíamos), él tomaba San Martín y yo daba media vuelta y volvía a casa por Belgrano. No nos mirábamos. A mí, esos paseos de a dos me entusiasmaban y me aterrorizaban al mismo tiempo. Suponía que a él le pasaba lo mismo.

Me dolió cuando se interrumpieron. Y la culpa fue mía. Yo lo provoqué. El día que la profe nos devolvió el trabajo, decidí hablarle del padre.

—Mirá, Negro, tengo una idea... —empecé.

No era fácil. Yo estaba jugando sucio y eso lo complicaba todo. La idea era buena para el trabajo, sin duda, pero lo más importante para mí era empujar al Negro. Moverlo. Cuando me lo imaginaba (y me lo imaginaba todas las noches antes de dormirme), la imagen que tenía de él...

No, no puedo empezar así. Es complicado.

Antes, tengo que contar varias cosas. Porque en realidad lo que me pasaba había empezado mucho antes y había empezado varias veces. En el fondo, no sé si no es así siempre, con todas las historias. Nunca son simples, nunca empiezan donde empiezan. Eso es algo que me enseñó el proyecto: antes creía que con una respuesta a cada pregunta bastaba. Ahora, no. Entonces, vamos por partes.

Hay algo que podría contar primero, y es que me cuesta dormirme. Nunca fue un trabajo fácil para

mí. Yo no soy de los que se acuestan y ya están dormidos, como papá. Tengo que maniobrar y a veces, todas las maniobras son inútiles. Hasta hace unos años, era más fácil: me contaba a mí misma una historia en la que yo era la protagonista, una historia con espadas y luchas y amistades, medio copiada de *Los tres mosqueteros*, que durante mucho tiempo fue mi libro favorito. Ahora me da vergüenza, así que una de las cosas que hago es imaginarme a los que conozco como un objeto, o un animal, o un mueble o un continente y cuando consigo una imagen, trato de explicarme por qué es esa y no otra. ¿Por qué para mí papá es como un gato enorme? ¿O mamá, un pájaro chiquitito o una espiga?

Hay algo más. Lo segundo. Una vez, hace cinco o seis años, fuimos de vacaciones a Córdoba y una tarde que llovía, salí de la casita que habíamos alquilado en Santa Rosa de Calamuchita y caminé dos o tres cuadras hasta el río, que corría enfurecido y opaco por las lluvias. Había un sendero a un costado y lo seguí un rato, sin pensar demasiado, hasta que de pronto lo vi. Un tronco oscuro, hermoso, casi una escultura negra con una rama verde, una sola, a un costado. Giraba, atrapado en un remolino. Hacía siempre el mismo camino angustioso: paraba en medio de la corriente, retrocedía, volvía al lugar en que

había estado hacía un segundo, daba una vuelta entera sobre sí mismo y empezaba otra vez. La imagen me hacía mal pero me quedé. Me senté en un banco de madera bajo un paraíso y me quedé mirándolo. Cuando conseguí arrancarme de esa escena tenía la garganta cerrada y dura. Como si el tronco y yo estuviéramos ahogándonos juntos.

El Negro, ahora sí. En las noches de ese tiempo, cuando me lo imaginaba, lo veía como a ese tronco. Atrapado. Detenido. Quería moverlo, sacarlo de ahí. Tenía ganas de llorar por él.

Así que no era fácil decir lo que dije. Yo no soy Adri. Yo sé mentir o planificar lo que digo cuando hace falta. Pero con el Negro era diferente. No me gustaba decirle algo y no poder confesarle por qué se lo estaba diciendo.

—Si tu viejo reaccionó así, es que sabe algo —creo que le dije y ahí le conté lo que pensaba sobre averiguar si el padre sabía algo. Lo dije rápido, sin respirar, en pocas palabras. No lo miré mientras hablaba.

Cuando yo terminé, hubo un silencio y yo sentí que él me buscaba los ojos. Lo esquivé. Tal vez, si lo hubiera mirado... No sé, ahora creo que él estaba tratando de entenderme. Me acuerdo bien: las seis esquinas, sacudidas por el viento del descampado y nosotros dos, en la vereda, solos (a esa hora, las seis

esquinas no tienen mucho tránsito). Y entonces, algo se rompió en alguna parte y él retrocedió un paso.

—Al final, sos como ellos —dijo, desde más lejos, sin dejar de mirarme—: nada te alcanza.

Un segundo más tarde, corría por San Martín rumbo a su casa.

Una madre

Durante años intenté con todas mis fuerzas la ausencia total de esperanza. Intenté el odio. Necesitaba odiar. Necesitaba resignarme a no saber. Ahora sé que la resignación no llegó nunca. No del todo.

De todos modos, hice lo que había pensado hacer. No di sangre, no llamé a nadie. Dije no y esperé. Esperé sin esperar, mientras la rabia me abría un espacio a golpes detrás de la frente y se acomodaba ahí, despacio, como un ruido sordo, permanente, un ruido que atravesaba las paredes día y noche y tarde y mañana. La enfermedad de la ausencia concentrada en los oídos, sin síntomas visibles, donde nadie la veía.

Un hermano

Durante años lo intentamos todo. Retrocedimos desde Rosario y llamamos a sus compañeros de lucha, a sus

amigos, a amigos y compañeros de la chica que había estado con él, a su familia (que no quiso escucharnos). Hablamos con empleados de correo, con vecinos. Caminamos cien veces las calles de la ciudad en la que él había vivido al final.

Lo que había pasado siguió cerrado para nosotros. A veces se me ocurre que hubiera sido lo mismo esperar. Pero no. No. Yo llevé la muestra de sangre y la sangre también esperaba. No fue lo mismo, porque buscar nos cambió por dentro. Y cambió de a poco el recuerdo que teníamos de él, lo sembró de detalles.

Era como si hubiéramos llamado a las imágenes. Como si las imágenes nos escucharan. Ahí estaba él, en un tren, asomado a la ventanilla empañada, los ojos brillantes; él, sentado en el comedor, hablando de libros y de futuros. De pronto, todos los recuerdos importaban y todos estaban vivos. No sé si hubiéramos recordado tanto sin esperanza. No sé si hubiéramos sabido compartir tanto los recuerdos. Éramos capaces de sostener conversaciones enteras sobre un gesto, un paso, un movimiento de las manos, la esquina izquierda de una foto, una sombra. Si él hubiera sido un fantasma, lo habríamos mantenido entero, sólido, con vida, muy cerca de nosotros.

Para eso sirvió buscar. Para encontrarlo antes de encontrarlo.

Un empleado judicial

Cuando por fin pasó, yo ya no sabía si valía la pena. Seguía adelante, claro, porque no podía dejarlo. Nunca pude. Pero ya no esperaba.

Empezó por casualidad, porque sí, porque cuando llegó la noticia al juzgado, el juez me mandó a ver al puestero del molino, el que había encontrado los cuerpos. De eso nunca voy a olvidarme. Y no solamente porque tengo la declaración en la carpeta. No me acuerdo de verla sobre el papel, no; me acuerdo las imágenes, como si la hubiera filmado y después la hubiera visto muchas veces.

Me acuerdo de esos ojos desolados. De la forma en que el hombre me dijo: "Son jóvenes, ¿sabe? Eran jóvenes, bah. Ella era igual que mi hija, igual que la Fer...". Me acuerdo de cómo se le llenaban los ojos de lágrimas cuando declaraba.

No es que haya hecho mucho, no, ¿qué podía hacer? Yo no sabía quiénes eran. No podía buscar a la familia, no sé si me hubiera atrevido. Pero tenía que hacer algo.

En Los Baguales no había pasado nada. No pasó nada más. Pero no es que no supiéramos, leíamos noticias, sabíamos que había muertos, conocíamos la palabra. "Desaparecidos", quiero decir. Por ejemplo, en Garzas había un abogado desaparecido. Y sabíamos por qué. Muchos lo conocían. Se había presentado varias veces frente al juez por la muerte de una mujer mayor que apareció ahogada en un riacho que cruza la ruta en-

tre Garzas y nosotros. Sabíamos que no se podía hacer mucho en un caso como el del puestero del molino. Pero esas cosas nunca habían pasado en Los Baguales. Y sobre todo, yo nunca las había visto tan de cerca.

Por una vez, una sola vez, el juez estuvo de acuerdo conmigo. Lo intentamos. Pedimos una autopsia y un estudio de balística. Parecía que avanzábamos, pero después se cerró todo. Llamaron de la Capital. Me acuerdo perfectamente. Sonó el teléfono, oí la voz del juez detrás de las paredes del despacho; después, él se paró en la puerta del despacho con el expediente en la mano y me miró a los ojos.

"No seguimos con esto", dijo. Yo puse la mano en la carpeta pero él no la soltó. Siguió mirándome a los ojos. "Espere que le manden los resultados de lo que pedimos y archívelo. Lo van a rechazar, pero usted archívelo. Archívelo bien." De pronto soltó la carpeta, se dio media vuelta y se metió en el despacho. Cuando estuvo adentro, se dio media vuelta y dijo: "No se olvide".

Yo lo conocía bien. Años trabajamos juntos con el juez. Nos entendíamos sin palabras. Murió hace poco. Le hice caso, por supuesto. Primero me llevé la carpeta a casa. Después me dio miedo. Leo policiales, ¿sabe? Me acordé de los libros y decidí que no, que la guardaría en otra parte, donde fuera realmente difícil encontrarla. Entre otras carpetas. Lo mejor para guardar una aguja es un pajar, dicen. El juzgado está lleno de papeles. Lo mejor era traspapelarla y acordarse bien dónde estaba.

No fue difícil.

Después esperé. Creía que tendría noticias pronto, pero no. No pasó nada. Nadie vino a preguntar. Más tarde, el juez se jubiló. A mí ya se me había hecho costumbre. Todos los lunes iba hasta el estante y miraba la carpeta. En parte, para asegurarme de que seguía ahí. En parte, para seguir acordándome dónde la había puesto. Hace años que lo hago. Varias veces pensé en dejarlo, en olvidarme yo también. Ya no podía pasar nada. ¿Qué era ese juego? Un expediente traspapelado... Nadie para reclamarlo.

Entonces, llegaron los chicos.

Era un buen plan, el mío. Sigo pensando que era un buen plan. No funcionó en el momento, es cierto, pero algo se había movido. Al día siguiente, cuando el Negro llegó a la escuela, yo di medio paso para saludarlo y él me esquivó. Me dio la espalda, un gesto firme, duro, y fue directamente a hablar con Ju.

A mí se me cerró el estómago. Me consolé diciéndome que él estaba reaccionando. Me mordí la lengua y esperé que Ju viniera a contarme. A él no le hice ni una mueca. No pensaba demostrarle lo mucho que me dolía.

Me pareció que el primer recreo no llegaba nunca. Apenas sonó el timbre, me fui al patio y le hice una seña a Ju para que viniera conmigo. En ese momento me pareció que la jefa era ella.

—Vino a pedirme que no lo saquemos del grupo —me dijo. Entró directo al tema, como siempre—. Quiere seguir, pero no piensa dirigirte la palabra. ¿Qué le hiciste?

—Lo empujé un poquito —dije yo, la voz baja. Ju había levantado los ojos. A mí no me gustó la forma en que me miraba, pero no hice preguntas.

En esos días, el proyecto caminó por varios carriles al mismo tiempo. La excursión de Adri y Ju a Garzas para ver a las Madres nos estaba llevando hacia el atrás, pero al principio no nos dimos cuenta de eso. Ju me sorprendía. Ella y Lau volvieron al cementerio varias veces y así empezaron las charlas con el guardián. Yo buscaba a alguien en la policía o el juzgado: la profe nos había pedido papeles.

Nos reuníamos cada tanto para hablar de los avances. En esas reuniones, el Negro ni siquiera me miraba. Yo me hacía la indiferente, pero me retorcía las manos por debajo de las mesas.

Lo que me contó Ju sobre el guardián

El tipo no era viejo. Su abuelo había trabajado en el cementerio durante el 76 y el 77. Muchas veces se sentaba en el banco del fresno, las manos sobre las piernas, y pensaba.

—No sé, era raro —nos contó Ju (nos habíamos reunido en el patio de nuevo, en mi casa)—. Me hizo pensar en mi tía Clara cuando se enfermó. Tenía los ojos como vacíos.

Se había entendido mejor con Lau, por ahí le resultaba más fácil hablar con un varón. Era cerrado. Al principio los dejaba hablar y no decía nada... Ju y Lau volvieron cuatro días seguidos.

—Creo que hicimos bien en insistir porque al final se aflojó... Me parece que ayer nos estaba esperando —dijo Ju.

—¿Y? —Adri, la impaciente.

—Es que no podíamos ir rápido —dijo Ju y empezó a explicar. Después, de pronto, decidió que no valía la pena hablar de estrategias con alguien que nunca iba a entenderlas y siguió con la historia.

Yo creo que lo que pasó fue que Lau y Ju se aprovecharon de que el hombre no tenía con quién hablar. Nadie habla con un encargado de cementerio. Era el nieto del que tenía ese puesto en los días de los

cuerpos en la zanja. "Lo llaman 'Nor'", dijo Ju. Ellos se quedaron horas en esa charla y en algún momento del segundo día, como una puerta que se abre para dejar pasar el viento, Nor empezó a contar el pueblo.

—El tipo se conoce a todos —dijo Ju.

Ahí me di cuenta: el tal Nor veía la misma red que había visto yo sobre las tumbas. Y la veía mejor que yo. Había crecido viéndola. Cuando hablaba, no era sobre las muertes sino sobre las vidas de los nombres grabados. Se sabía a Los Baguales de principio a fin, y apenas se dieron cuenta de eso, Lau y Ju supieron que bastaba con dejarlo hablar. En algún momento, la historia que él les contaba tenía que llegar a las tumbas de los Ningún Nombre.

—Por eso seguimos yendo —dijo Ju en una de las reuniones—. No queremos preguntarle. Que le salga solo. Y le va a salir. Nor necesita hablar. No le dijimos nada del proyecto... Yo no quiero que crea que vamos por eso solamente.

Esperaron. Y una tarde llegaron a la charla las tumbas de los muertos de la zanja. Fue justo cuando Adri hacía su segundo viaje a Garzas y las cosas empezaban a escapársenos de las manos. El momento en que el proyecto dejó de ser nuestro.

Nor conocía el caso de la zanja desde chico. El abuelo le había hablado mucho del tema. Le había

contado que los cuerpos llegaron a mediodía, después de un trámite en la policía y en el juzgado. Había sido un trámite demasiado corto para un asesinato. Al abuelo le había parecido raro. "Como si estuvieran apurados", le dijo. "El puestero encuentra los cuerpos, la policía los lleva a la morgue del juzgado y después, ahí están, en el cementerio. Y no habían sido muertes naturales ni accidentes. Había balas involucradas. ¿Por qué no una investigación, un proceso?"

Eran tiempos feos, dijo Nor, y el caso era raro, no había nada igual en Los Baguales. Por eso se acordaba tanto su abuelo. Sí, él podía mostrarles el libro donde estaba la entrada de los cuerpos enterrados como NN.

—Y nos dijo más. —Lau estaba entusiasmado—. Que el juzgado no había querido enterrarlos así. Y que tiene que haber papeles sobre el trámite judicial.

Ju nos miró a todos. Se dio vuelta y buscó algo en la mochila. Después hizo un gesto digno del Negro (que estaba ahí, por supuesto, a un costado, lo más lejos posible de mí) y levantó una fotocopia como hacen los magos en el teatro.

El libro de entradas del cementerio. La fecha, la descripción de los cuerpos, el lugar donde los habían encontrado, la firma del abuelo de Nor, la del

juez. Certificado de defunción de cada uno, edades aproximadas (21, 22). No identificados. Ninguna orden de intentar encontrar a la familia. Nada.

Habíamos completado el después.

Ahí fue donde aparecieron mis viejos. Y (cosa inconcebible) los de Adri. Nosotros no los habíamos tenido en cuenta. No los tuve en cuenta ni siquiera cuando vi al pueblo como una red en el cementerio, una red que los incluía a ellos, por supuesto.

Ahora que me puse a escribirla, ahora que la pienso más o menos entera, la historia también era una red, creo yo. Nosotros creímos que era nuestra, pero estaba la profe (y su historia de los lunes con flores) y Nor y los padres de todos y los otros, los viejos, como el empleado del juzgado que terminamos encontrando.

Con eso no estoy diciendo que todos en el pueblo aceptaran el proyecto. Había quienes estaban muy en contra. La de Geografía había protestado en las reuniones de profesores (el rumor corrió en los pasillos de la escuela) y no había duda de la posición del padre del Negro. Pero, digo yo, ¿estar en contra no es estar de todos modos?

La cuestión de mis viejos

Papá estuvo escuchando una de las reuniones en el patio. Pasó y oyó algo y dijo que después no pudo irse. Esa noche, cuando se fueron todos, me llamó al comedor. Ya el tono de la voz me puso nerviosa. Eso de "¿Podés venir un momento, por favor?" es terrible. Me puse todavía peor cuando vi que mamá también estaba ahí, sentada en el sillón amarillo que es el que más le gusta. Fue ella la que habló primero:

—No entiendo cómo no nos hablaste de esto —dijo. Tenía la cara aguda. Cuando está dolida, cambia, en serio. De pronto se parece a uno de esos animales de hocico largo, un lobo, un zorro. A mí me asusta cuando la veo así porque sé que está a punto de enojarse o ponerse muy triste, y mamá enojada es horrible pero mamá triste es... no sé, yo no puedo ni mirarla cuando se pone triste.

No dije nada, por supuesto. En esas conversaciones, cualquier cosa que se diga funciona en contra, lo sé por experiencia. Ellos siguieron con el sermón: la voz suave y comprensiva... Creo que preferiría un buen grito. El Negro me dijo después que es más que evidente que no sé nada de la vida. Que los gritos son peores. Que lo digo porque a mí no me gritan

nunca. Quizás sea verdad, no sé. Es difícil entender cómo funcionan las cosas en otras familias...

Cuando terminaron me defendí como pude. Dije que seguramente sabían algo del proyecto, seguramente yo había hablado de eso en alguna cena. Ellos, que no, que no sabían absolutamente nada. Entonces, de pronto, me convertí en Adri:

—Miren, ustedes no me preguntaron —dije—. Yo hablaba del asunto y ustedes dale que dale con el trabajo de ustedes y con el año que viene y la facultad y qué voy a hacer yo con eso. No tengo la culpa si no me prestan atención.

Papá me miraba. Tenía una mano en el mentón, como hace siempre que se siente un poco acorralado. Me acuerdo de eso.

—Tal vez tenés razón en algo —dijo—. Mirá... a vos te va bien y bueno... a nosotros nos preocupa más el año que viene. Quizás dijiste algo, no lo niego, pero ahora no decís nada y ahora te estamos preguntando.

Ahí aflojé un poco... Lo que él había dicho sonaba un poquito a pedido de disculpas y eso ayudó. Les conté. Les conté todo menos lo del Negro. Eso me lo quería guardar. No pude. Mamá es demasiado rápida para esas cosas. Se dio cuenta enseguida.

—¿Y los otros padres? No me digas que el papá del Negro no dijo nada...

Yo sabía que el padre del Negro le caía muy mal a mamá. La había oído hablar de cosas que pasaban en el hospital. No lo dije, pero mamá es médica.

—No sabe nada —tuve que decir—, no sabe que él está en el grupo. No lo digan, por favor.

Mamá me miró, preocupada.

—Eso es peligroso, hija —dijo—. Se va a terminar enterando.

Pero yo no quería seguir con ese tema. Para distraerla me puse a contar lo del juzgado. Queríamos encontrar un empleado viejo, alguien que pudiera decirnos algo del trámite judicial.

Ahí fue donde papá se enojó en serio.

—Mirá —dijo, la voz dura, los ojos fríos—, eso me pone furioso... Es la prueba perfecta de lo poco que nos tenés en cuenta. Ni siquiera te acordaste de que yo trabajo al lado. A los del juzgado los conozco perfectamente. Los veo en el café. Todos los días los veo. Les puedo preguntar. Es más, creo que ya sé con quién tienen que hablar.

El Loco del expediente

Así le decían. Era un jubilado bajito, morocho (no era pelado, a mí eso me sorprendía: no me acuerdo

de papá con pelo), la cara chata y la sonrisa ancha. Cada tanto iba al juzgado a tomar mate con alguien.

Al final fui a verlo con papá. Hubiera querido que también viniera el Negro, pero él seguía sin dirigirme la palabra y yo no quería ceder. A los demás no les dije porque me parecía que tenía que amigarme con papá y que él quería ir conmigo solamente. Ya les contaría después, pensé.

Él vino a buscarme a la escuela. Ahí me di cuenta de que hacía siglos que no lo hacía. Yo se lo había prohibido, por supuesto. Me acordé de la vergüenza que me dio las últimas veces que lo vi en la puerta. Pero algo había pasado, supongo, porque ahora no me molestó encontrármelo ahí, a un costado de la puerta, la mirada un poco perdida. Al contrario, me dieron ganas de abrazarlo.

Caminamos juntos por las calles frescas de la primavera. No queda lejos el centro. Nada queda lejos en Los Baguales, nada excepto el Alto. Creo que ninguno de los dos sabía qué decir, así que íbamos sin decir nada. Después, de pronto (me acuerdo de que me asustó la tos con que él se despejó la garganta), se puso a contarme sobre su trabajo en el estudio de contaduría. Yo nunca le preguntaba nada porque lo de la contabilidad me parecía muy aburrido, pero él sabía de qué hablarme. No dijo nada de las cuentas

ni de la economía en seco; hizo algo así como un análisis económico del pueblo, de Los Baguales, en el momento que estábamos viviendo. Yo creía que nada económico me interesaba pero así, en relación con lo que se veía en los negocios, con lo que comprábamos y vendíamos, con lo que se hacía en la escuela y las votaciones y el mundo, así me gustó. Nunca había mirado nuestras calles de siempre bajo esa luz. Me moría de ganas de hablar con el Loco del expediente, pero la verdad es que me dio lástima que llegáramos. Hubiera querido seguir charlando.

La casa era blanca, de esas todas iguales que se hicieron no me acuerdo cuándo para los empleados del ferrocarril. A mí me gusta mirarlas y descubrir lo que tienen de diferente. A veces es el jardín; a veces, la pintura; a veces, la forma del cerco o las rejas o los árboles que les hacen sombra. Esas casas son como esos gemelos que, aunque nacieron en el mismo lugar y al mismo tiempo, se van alejando, se hacen cada vez más distintos, cada vez más ellos mismos.

La del jubilado era la cuarta desde la esquina. Arriba, en el techo, había una veleta de un caballo al galope. Siempre quise tener una de esas. La puerta era azul Francia. Las plantas estaban muy cuidadas

y eran todas muy grandes, mucho más que las nuestras. A mí me gustan las plantas pero no me ocupo demasiado; en realidad, en casa, nadie lo hace.

Era evidente que papá le había avisado que veníamos porque ni dejó que tocáramos el timbre. Abrió la puerta un segundo antes.

Nunca vi a un adulto tan entusiasmado.

—Por fin. —Eso fue lo primero que dijo, por fin.

Yo también podría haberlo dicho. En realidad, ninguno de nosotros lo sabía pero lo cierto era que también nosotros habíamos estado buscando al Loco del expediente desde siempre, desde el día en que Ju contó su historia en la plaza y en el patio tocado por la lluvia.

Él había esperado más, por supuesto. Él estaba esperándonos desde los cuerpos en la zanja.

—Me lo guardé —dijo en algún momento—. Años trabajé en el juzgado y nunca vi nada como lo de la zanja. Nunca. A alguien tenía que servirle…

Nos hizo pasar, nos sirvió un vaso de gaseosa a cada uno y se sentó con nosotros en el comedor. Era un lugar chiquito pero parecía enorme porque estaba casi vacío. Apenas una mesa y unas sillas. Le hablaba a papá, sobre todo, pero cada tanto me miraba un poco de costado y me sonreía. En algún momento dijo algo como: "Qué cosa que fueran los chicos los que empezaran con esto…".

Cuando terminó la reunión, papá y yo volvimos a casa despacio, sin hablar. Y ese paseo también estuvo bien. En general me pongo nerviosa cuando no hay charla, pero era como que los dos necesitábamos tiempo. Y las palabras no siempre hacen falta. Supongo que también tenía que descubrir eso.

Un empleado judicial

Después de esa primera reunión los conocí a todos. La sorpresa fue doble. Yo había dejado de esperar hacía tiempo y, por otra parte, jamás hubiera pensado que si alguna vez venía alguien a verme por ese tema, ese alguien fuera Cacho.

Cacho tiene dos nombres. Para los que lo conocemos desde siempre, los de su generación, siempre va a ser Cacho. Para los que vinieron después, es lo que dice el documento. Es un tipo raro. Cuando está en contabilidad es muy serio. Formal, incluso. Yo, que trabajo en la ley, lo entiendo. A nosotros nos enseñan la formalidad desde el principio. Así que en eso, Cacho es como yo: formal por obligación. En la oficina, parece tranquilo, la voz grave, siempre llena de números. Eso también lo entiendo. Yo hago lo mismo en el juzgado, incluso ahora que voy a sentarme y cebo mate y ordeno algunos archivos cuando me dejan (porque el juez me conoce desde siempre, el que está ahora, que era un pinche ahí en otros

tiempos). Cuando estoy adentro, hablo de expedientes, de presentaciones y de testigos. No cuento chistes. Después, en el Café de la Plaza, los dos nos reímos, nos provocamos, charlamos sobre el pueblo y nos burlamos de los porteños.

Yo me pasé años guardando ese expediente. Iba a verlo una vez por semana para acordarme. Ya me estaba empezando a preocupar por el futuro. ¿Y si cambiaba el juez y el nuevo no me conocía y no me dejaba entrar? Porque si eligen a la Doctora, como le decimos todos (es la única mujer que está en la lista), todo bien. Ahí no voy a tener problema. Pero si traen a alguien de afuera o eligen al otro, ¿qué hago con el expediente? ¿Me lo llevo a casa? Hasta me había puesto a pensar en alguien a quien dejárselo.

Se lo había contado a varios, claro. Siempre supe a quién contarle lo mío. Cacho lo sabía. Siempre lo supo. Así que yo no esperaba que fuera a venir él a hablarme del tema. Imaginaba a alguien de otra parte, alguien de las dos familias. Yo me imaginaba ese día. Me imaginaba a esa persona conmigo, en el pasillo, frente al estante donde lo guardo. Me imaginaba el momento en que estiraría la mano y lo sacaría del escondite y diría: "Acá lo tiene".

Pero no. Resulta que viene Cacho, se sienta en el café, en mi mesa, como tantas veces. Ni permiso me pide. Me mira y dice:

—Tengo noticias.

Apenas lo dijo, yo pensé en el expediente. Me pregunto por qué. Tal vez fue porque nunca había dejado de esperar. Tal vez porque, para los que lo saben, yo soy el Loco del expediente, y si cualquiera de ellos me habla de noticias, en el fondo, sé que lo que van a contarme tiene que ver con eso.

—Aparecieron los familiares, entonces —dije. Pero no era eso.

—No —me dijo el Cacho—. No, para nada. Son los chicos.

Así me enteré. Los chicos de la secundaria.

Jamás me lo imaginé así, no. ¿Los chicos? Ni siquiera me conocen. Y de pronto, era como si ellos hubieran decidido completar mi trabajo. Como si hubiéramos planeado todo en equipo.

Lo guardaba en un estante del juzgado, entre los otros papeles. A mí me pareció de película. Creo que el tipo tenía todo planeado. Que siempre había pensado en el día en que le daría esos papeles a alguien. Supongo que fue por eso que no quiso darnos el expediente en esa casita de ferrocarril con la veleta del caballo al galope. Dijo que iba a mostrarnos todo en el juzgado. Que quería que todos viéramos dónde lo guardaba.

Para entonces estábamos en medio del remolino. Ya no éramos solamente nosotros. Por ejemplo, a la entrega del expediente vinieron la profe, mis viejos y los de Adri.

Los viejos de Adri, sí. Increíble. Con ellos, la sorpresa fue mucho más grande que con los míos. Mis padres, bueno, mis padres siempre abrieron la puerta de la casa, siempre vinieron a los actos. No se interesarían mucho ese último año, pero hasta sabían los nombres de los profesores. Los de Adri, en cambio... A ver, todos los habíamos visto alguna vez en el salón de actos. Venían siempre que Adri era abanderada. Pero no se mezclaban con nadie. No eran de Los Baguales, no querían al pueblo. Era como que estaban de visita, de paso solamente.

Y ahora, de pronto, Adri me busca a la entrada de la escuela un día y me dice, muy rápido, como si las palabras le pesaran mucho y las estuviera tirando al piso con los brazos agotados.

—Mirá, no sé, mis viejos dicen que si pueden llamar a los tuyos para encontrarse... Que te pregunte.

Yo me quedé helada. Sé que al principio tuve que tragar saliva y que después dije algo como:

—Pero sí, claro... que llamen, no sé.

Se lo dije a mamá apenas llegué de la escuela. Mamá me miró como si yo acabara de volverme loca.

Vinieron a casa un día en que yo estaba reunida con los chicos en la casa de la mamá de Lau, así que no los vi. Papá me contó esa noche, durante la cena. El asunto era que la familia del padre de Adri también tenía un pariente desaparecido. Un primo, creo. De Buenos Aires. Y conocían muy bien el caso de los cuerpos en la zanja. No sabían que estábamos trabajando en eso. Adri no les había contado nada. Querían hacer algo. Querían que nosotros (los chicos) fuéramos a verlos.

Así fue como entramos en lo de Adri por primera vez. Otra cosa que logró el proyecto: el misterio que conocíamos solamente por las fotos que nos mostraba Adri.

Y en realidad, para nosotros, fue casi casi una desilusión. La casa era grandiosa, sí, demasiado para Los Baguales. Limpia; llena de desniveles; madera ancha y hermosa, clara, en los pisos; un hogar a leña, de esos que tienen repisa y estatuas arriba, a un costado del living. Un orden absoluto. Todo hermoso. Pero después de años de mirarla desde afuera, no sé, creo que todos esperábamos más. Yo no sé qué... pero algo.

El grupo entero se sentó en el gran sillón de cuero. (Eso sí fue sorprendente; yo no sabía que existieran sillones tan cómodos. Jamás volví a sentarme en uno

como ese.) Hablamos. No fue tan difícil como yo esperaba.

Los padres de Adri sabían lo mismo que nosotros sobre el caso de los chicos de la zanja. Tal vez menos. Pero ofrecieron contactos con personas que quizás supieran más (así los llamaron, "contactos").

Hay que decir que después, eso terminó en la nada, pero para entonces ya no importaba: teníamos el expediente. Así aprendí que no todo lleva a alguna parte en las investigaciones. Lo de los viejos de Adri fue así, pero sirvió y sirvió mucho. No es que pasara algo en particular, no. Pero después de esa visita fue como si algo se aflojara en Adri, algo que ninguno de nosotros había notado y que tenía que ver con esa necesidad de hacerlo todo a tiempo y bien y dejar de lado cualquier cosa que no fuera un paso seguro hacia un fin concreto.

La entrega del expediente

Por eso estaban los padres de Adri en el juzgado el día que el Loco nos entregó el expediente. Yo jamás había entrado en el juzgado. El único del grupo que lo conocía era el Negro, pero no le gustaba nada. Antes de que nos peleáramos (seguíamos sin hablarnos), me había dicho que ahí dentro había un "olor a

papel sin leer" y que ese olor lo ponía muy nervioso. Yo pensé: "Es porque viene con su padre que está nervioso, por eso". Así que mientras estuvimos ahí dentro, lo miré varias veces. Lo vi agotado, como si estuviera haciendo un esfuerzo inmenso. Yo seguía con rabia, pero hubo un momento en que tuve que aguantarme para no abrazarlo.

Un lugar angosto, el pasillo al que nos llevó el empleado. Me acuerdo de que la profe tenía los ojos llenos de lágrimas. En ese momento, a mí, que miraba desde el costado, me pareció que ella ya no era la profe, que había vuelto a ser la chica de los lunes y las flores, como cuando nos hablaba en la sala de profesores.

No había aire en el pasillito. El único brillo venía de dos tubos fluorescentes congelados que temblaban un poco. Yo me ahogaba, amontonada ahí con los demás en un grupito apretado alrededor del Loco, que estaba contando la primera vez que había visto el expediente; lo mucho que había hecho el juez hasta el llamado telefónico que frenó la investigación; la conversación en la que le había dicho, sin decirle, que guardara todo para más adelante; la forma en que había esperado durante años y después, bruscamente, había dejado de esperar pero no del todo.

Me acuerdo de las manos del Loco: morenas, de dedos finos, con una especie de callo en el mayor

de la derecha de tanto escribir a mano. Cuando nos llevó hasta el expediente, caminó con las manos en el aire, hablando, casi sin mirar, y se detuvo frente a un lugar que solamente él distinguía del resto. Miró ese estante, igual a cientos de otros, y cuando sacó la carpeta, vi la cara blanca de la profe y me pareció que todo el aire del edificio se reunía de pronto en esa mano, en esos papeles, y nos dejaba en el vacío.

¿Por qué, si no era más que una carpeta? Me lo pregunté, de pronto. Los papeles, esas hojas comunes, ese cartón oscurecido, nos habían reducido al silencio. Porque hasta el Loco dejó de hablar. ¿Por qué? ¿Qué poder las había llenado de pronto?

En ese momento no lo entendí. Ahora creo que era el poder de la historia. Esa historia que habíamos sacudido y desenterrado, la de esas dos personas arrancadas de sus nombres y arrojadas en una zanja. Hasta eso importaba, creo, hasta la zanja. Las zanjas no son un lugar cualquiera. No son ni calle ni casa, ni sendero ni campo. Están en el medio, suspendidas entre un lado y el otro.

Una carpeta marrón. Eso fue lo que nos dio el empleado. Tal vez antes hubiera sido amarilla. Adentro, una colección de hojas separadas con bordes un poquito torcidos por el tiempo, la letra imperfecta

de las máquinas de escribir, tan diferente de las de las computadoras. Notas escritas a mano. Títulos llenos de palabras rimbombantes. Y fotos, fotos un poco desvaídas. Parece poco. Pero para nosotros, para la profe, para mis viejos, para los de Adri y los de Lau, que también habían venido, para el empleado... pesaba mucho. Tal vez, demasiado.

El Loco, que se había metido entre los expedientes, se dio vuelta para mirarnos con eso entre las manos; también él tenía los ojos húmedos, agotados.

—Valió la pena, entonces —susurró. Durante un instante, fue como si no supiera a quién entregarle lo que había guardado. Después, levantó la carpeta y la puso sobre las manos de la profe.

Ahora sí teníamos algo que llevar a Garzas, a las Madres. Cuando me ofrecí, Adri dijo que ya se lo había pedido al Negro. El Negro, que seguía sin dirigirme la palabra.

—¿Por qué al Negro? —pregunté, casi enojada. ¿No era que yo era la jefa?, pensé.

Adri se encogió de hombros.

—Algo tiene que hacer —dijo—. Está muy mal, pobre. No sé qué le dijiste, pero deberías pensar un poquito antes de hablar.

—No sos quién para decirme eso —chillé. No quería pelearme con Adri también pero... estaba fu-

riosa. Ella, nada menos. Ella, que nunca pensaba lo que decía.

Cuando pasó lo que voy a contar, el proyecto seguía alrededor de todos como un remolino. Adri y yo estábamos terminando un informe más o menos definitivo del después. Una tarde, la profe nos llamó para informarnos que los de Antropología Forense iban a venir al pueblo a ver las tumbas. La idea era que todos los recibiéramos. No solamente nosotros cinco. Todos, la escuela entera, el pueblo.

Era viernes. Yo me había llevado a casa el informe final para corregirlo. En algún lugar del aire se olía la primavera. Me senté en el comedor y traté de concentrarme. Cuando tocaron el timbre, no me levanté. Que atendieran otros. Era casi de noche, me acuerdo. Puse los ojos en el cuaderno pero no leí nada. Oí que papá abría la puerta y lo oí decir: "Pasá, pasá".

Después caminó hasta el comedor, se paró en la puerta y me dijo desde cerca:

—Para vos. El Negro. —Y se corrió para dejarlo entrar sin preguntarme nada, sin darme tiempo a decir "Ahora no puedo" o "No estoy". Eran los pasos del Negro los que hacían sonar las baldosas. Yo los hubiera reconocido en cualquier parte.

El Negro se quedó ahí, de pie, en el umbral, sin acercarse y yo hice un esfuerzo para mirarlo desde la mesa. Ninguno de los dos dijo nada por un momento. Después, él tragó saliva y susurró:

—Hola.

Una palabra segura, "Hola". Difícil equivocarse con ella a menos que suene irónica, claro. No sonaba irónica así que supongo que era una buena manera de empezar.

—Hola —tuve que decir yo. No pensaba decir mucho más. Estaba muda, de pronto.

—Mirá —dijo él y puso la fotocopia de los papeles del juzgado sobre la mesa. No se sentó. La fotocopia era la que había hecho Adri para llevar a Garzas.

Miré los papeles sobre la mesa. Me costó pero conseguí estirarme y levantarlos.

Al principio no entendí. Yo ya había visto todo eso. No digo que en profundidad, eso no, pero había visto las fotos. La zanja inundada, las piernas de la chica, las manos del chico, la ropa rara de esos años viejos. Las letras escritas a mano.

—La firma —dijo él.

Pero a mí, ese nombre no me decía mucho.

—Mi abuelo. El papá de mamá.

¿El papá de su mamá? Yo esperaba que cualquier relación viniera del lado de la familia del

padre y seguramente él me lo vio en los ojos, porque dijo:

—Los policías se casan entre ellos. La familia de mi mamá tuvo varios que trabajaron en la comisaría de Garzas.

Mientras lo decía, se sentó despacio, *muy* despacio, supongo que para darme tiempo de echarlo. Yo no abrí la boca.

Lo estaba mirando. Adri tenía razón, el Negro no estaba bien. Ese viernes, en el comedor vacío, me habló de lo que le había pasado desde el momento en que yo le tiré (eso dijo, "el día en que me tiraste") el plan sobre buscar datos en su casa.

La rabia que tenía ese primer día había desaparecido. Ahora, el Negro hablaba con una tristeza horrible y lenta que me asustó mucho. Lo que yo le había dicho lo había empujado bastante. Lo había hecho pensar. Se había dado cuenta de que la historia que estábamos desenterrando no era nueva para él, de que le resonaba en alguna parte.

Me dijo que de todos modos le daba rabia lo mío, mi manera de decírselo... Que todo le daba rabia. Por eso había tardado tanto en hablarme. Yo hubiera hecho lo mismo, supongo. Pero mientras tanto, se había ido al cementerio, solo. Había hablado con Nor y le había preguntado.

—El que me contó sobre esto fue mi abuelo —me dijo el Negro en el comedor oscurecido—. Era un tipo… no sé, era duro. Pegaba por cualquier cosa. —Yo hice una mueca y él dejó de mirarme—. Yo lo quería mucho, ¿sabés? Me enseñó a hacer nudos. En un tiempo pensé que quería ser marinero. Después me di cuenta de que era algo parecido a la policía y decidí que no. Ahora estoy seguro de que el abuelo me contó algo sobre los dos de la zanja en una de esas noches en que papá se quedaba de guardia y él venía a casa porque, según él, no había que dejar solas a las mujeres. Mamá no decía nada pero me parece que le molestaba.

Lo miré. Estaba más que serio. Tenía la boca como si no fuera a sonreír nunca más. Por eso quería empujarlo yo el día en que hablamos en las seis esquinas. Para sacarlo de esa mueca congelada.

Se lo dije. No sé cómo pero se lo dije. Me refiero a decirle que era por eso que le había pedido que investigara. Eso era nuevo para mí; yo nunca, nunca había hecho algo así. Confesar estrategias. Para mí también era una conversación completamente nueva. De otro planeta.

El Negro no hizo ningún comentario. En esas noches con el abuelo, siguió contando, sin mirarme, el viejo contaba historias de terror.

—Él no las llamaba así, por supuesto, pero para mí eran de terror. Como una película de esas que te dejan sin aliento. Y él lo sabía. Apagaba las luces, cambiaba la voz, quería asustarme. Y yo sé por qué. —La voz le salió entre furiosa y conmovida—. Me contaba esas cosas para enseñarme. Decía todo el tiempo que yo tenía que entender el mundo y que él iba a encargarse de eso. En ese momento, yo lo quería por eso. Me parecía que se preocupaba por mí. Ahora me parece que lo estoy odiando. No sé. Pero él me enseñaba lo que creía: que no hay que dejar solas a las mujeres, que no hay que meterse en cosas raras, que no se puede creer en la política ni en los políticos, que no hay que dejarse el pelo largo, que los libros son peligrosos... Era su manera de cuidarme.

Me imaginé al Negro en esas noches. Me lo imaginé con las historias de terror del abuelo, amontonadas como mantas contra el cuerpo para defenderse del mundo. Me lo imaginé con pocos años, mucho más chico que ahora. Creo que fue por eso que hice el esfuerzo enorme de inclinarme hacia él y apretarle el brazo un instante a través de la ropa.

—No le sirvió, pobre abu —dijo el Negro—. No aprendí nada. —Miraba lejos, a la puerta que da al pasillo y al baño—. En mi casa hay una guerra de

historias, ¿sabés? Por ahí la viste cuando venías el año pasado. Papá y el abuelo, por un lado. Mamá, por otro. Mamá sabía que el viejo me contaba esas cosas. Ayer me dijo que se las contaba a ella también. Por ahí era por eso que, cuando estábamos solos, ella también me decía historias. O me llevaba al cine. A Garzas. A veces nos sentábamos en el comedor y ella encendía la tele y veíamos películas. Desde que papá trajo el DVD, tiene algunas arriba, en el armario, y las vemos juntos cuando estamos solos. Papá no sabe nada. No sé qué haría si las viera.

El Negro estaba seguro de que, en algún momento, el abuelo le había contado la historia de la zanja. Sin nombres, por supuesto. A él no le había parecido raro: en las historias del viejo, nadie tenía nombre.

En los días en que no nos habíamos hablado, él había empezado a acordarse. Nor se lo había confirmado. Un cuento sobre dos novios (así los había llamado, "novios") que aparecen muertos a tiros en un campo, dos jóvenes peligrosos que se lo tenían bien merecido. Bastaba con mirarles el pelo y la ropa para darse cuenta de eso.

—¿Pero cómo sabía tu abuelo que eran novios? —pregunté. Me arrepentí apenas lo dije. Por un segundo me había olvidado de que seguíamos sobre terreno minado.

—De eso, no me acuerdo —dijo el Negro—. Por ahí hasta sabía quiénes eran…

Así que yo había tenido razón: tal vez había datos en su casa. El Negro se había puesto a buscar. No me habló del miedo que tuvo cuando lo hizo. De eso, ni una palabra. Pero yo entendía. Entendía.

—No sé si me vas a creer pero no encontré nada. No hay nada, estoy seguro —dijo—. Tiene sentido: yo conozco a papá. Cuando murió el abuelo, quemó algunas cosas. Me acuerdo de la fogata en el patio. Por ahí es por eso que se enojó tanto con el proyecto. Sabe. —Una pausa—. Antes de que me lo pidas, no, yo con él no hablo.

—Ni se te ocurra —dije yo inmediatamente. La idea me daba frío.

—Lo que sí hice fue hablar con mamá —siguió él. Me pareció ver el principio de una sonrisa en esa cara. Me puse las manos en la panza, como si eso me hubiera golpeado, un golpe blando—. Estoy… estoy contento. Te lo debo a vos. Gracias. Creo que por ahí, ahora, se anima y se separa.

Hacía años que el Negro quería esa separación y no se animaba a decirlo. Ahora, ella se había puesto a llorar con la pregunta y lo había abrazado, dijo. Hacía días que hablaban y hablaban.

—Por ahí nos vamos del pueblo —agregó—. Quería decírtelo.

"Por ahí nos vamos del pueblo." Lógico. Muy lógico: no iban a vivir cerca del padre. Sentí que me hundía. Qué estúpida... ¿Para qué quería que él se quedara en el pueblo si yo también me iba a principios del año siguiente? Levanté la vista y me acordé de que mi último año en Los Baguales se estaba terminando, de que ya era primavera. De pronto me dolía el estómago.

—No quiero irme —dijo él, en voz baja—. ¿Vos te vas? ¿Adónde vas el año que viene?

"Córdoba o La Plata", dije. Me temblaba un poco la voz. Seguía sin decidir qué quería estudiar y mamá y papá habían empezado a presionarme. Me estaba inclinando cada vez más por Historia, pero no le dije todo eso al Negro. Nombré las dos ciudades y me quedé callada. Cuando me miré las manos, no me parecieron mías.

—Por ahí, podemos elegir el mismo lugar...

"El mismo lugar", eso dijo. "El mismo lugar."

Esa noche, después de una cena en la que no abrí la boca y una visita preocupada de papá al dormitorio (las típicas visitas estilo "¿Qué te pasa?"), sin dormir, sin sueño siquiera, los ojos totalmente abiertos, lo único que se me ocurrió para distraerme del insomnio fue repetir esas tres palabras.

Los que se perdieron

Ahí vienen los que saben el idioma de los huesos. Eso se dice en el pueblo. Nosotros hablamos en cortinas, sueños y hojas que se mueven, hablamos en las palabras de los otros. Pero tal vez, tal vez, los nombres que perdimos hablen en nuestros huesos. Tal vez ellos también estén ahí abajo, enredados en lo que queda en las tumbas. Tal vez los huesos sepan decirnos.

La que nos ve viene cada tanto a sentarse bajo el fresno con uno de los chicos y con Nor. Las palabras de los tres atraviesan las ramas cuando suben hacia las nubes. Hablan del pueblo. De nosotros. Nos enseñan las calles y las casas de Los Baguales. Sabemos que ahora nosotros también podríamos contarlas.

En las esquinas que no pisamos nunca con nuestro peso, hay voces que hablan de nosotros. Nuestra historia pasea de silla en silla, de bar en bar. Hace poco, meses apenas, dormía en la habitación de los números dorados, oscura en el aire oscuro, apenas manchado de sol, detrás del umbral de la habitación de los tomos de diarios encuadernados. Hace poco, meses apenas, se ahogaba en las tumbas detrás de la doble ene.

A veces, alguien que no es Ju nos ve también. De costado, con el rabillo del ojo: una cara en un tronco, un color diferente en una vidriera, una huella en el aire quieto, una estela imposible en un charco inmóvil, sin viento. Cada roce de mirada humana nos consuela.

Cuando llegaron los de Antropología Forense, había llegado la primavera. A nuestro alrededor, todo crecía, y el proyecto había dejado de ser nuestro.

La profe había hecho reuniones con todos los padres que quisieron. Me acuerdo de los míos, los de Lau, los de Adri, mirándonos con un gesto muy parecido al orgullo. Los míos estaban un poco enojados todavía: no conseguían perdonarme lo de la confianza. Tal vez fue por esa reunión, no sé, pero para cuando llegaron los forenses, el pueblo entero nos paraba en la calle. Éramos... famosos, no sé. Aunque esa es una palabra poco clara, porque no todos estaban del todo felices con el proyecto. Y esos también nos conocían.

Para mí, el odio de algunos fue una revelación... Tal vez, hasta el día de la plaza, yo seguía siendo demasiado inocente: había tenido un aviso con el padre del Negro y me sorprendí de todos modos. Quizás nunca voy a estar preparada del todo para ese tipo de cosas. El Negro era más ducho. Había vivido así siempre, en el fuego cruzado de la guerra de historias.

Cuando se lo conté a papá, me dijo: "Eso es crecer". A mí, la idea de que eso fuera crecimiento me

parecía triste. La rechacé. Es triste... sobre todo si una es de las que están en todos los grupos, si una cree que todos la quieren.

El odio

Charlábamos en la plaza. Todos, el grupo entero. Se había hecho costumbre: cada tanto volvíamos al banco en el que habíamos recalado después de que nos echó el padre del Negro, nos sentábamos juntos y tomábamos mate. No siempre hablábamos del proyecto y no siempre estábamos todos, pero volvíamos. Como en una ceremonia. En eso estábamos cuando pasó doña Su.

Ahora me sé el nombre. Lo aprendí ese día. Soy mala para los nombres. Hacía años que la conocía, pero para mí, ella siempre había sido "la panadera". Y siempre me había caído bien, eso es importante. En verano, cuando no había nadie en el negocio, me veía pasar y salía a la puerta para saludarme. A veces me regalaba una factura. Así que, cuando la vi (venía caminando rápido, directamente hacia nosotros), me di vuelta y le sonreí.

—¿Qué se creen ustedes, mocosos? —dijo ella. "Mocosos", de esa palabra me acuerdo bien.

Y después nos tiró de todo. ¡Pobre mamá, que siempre me hablaba de la amabilidad de la panadera! ¡Que me criticaba por no acordarme de su nombre!

"Buenos días", "buenas tardes", "por favor", "disculpe". Esas eran las palabras favoritas de doña Su. A nosotros no nos dijo nada de eso. "Mocosos", así nos llamó. Que si creíamos que todo en la vida era un juego. Que si no sabíamos lo que había pasado en el país. Que esa profesora de Historia que teníamos nos envenenaba la mente. Que pisoteábamos el honor de los militares que nos habían salvado de... Que claro, no nos habíamos molestado en investigar los dos lados de la cuestión.

Todo eso me lo gritó a mí, a mí solamente, como si yo fuera la única responsable. Pero eso no fue lo peor. Yo me sé unos cuantos insultos, pero los de ella eran incompletos, insinuados, sin malas palabras y eso los hacía peores que los míos. Así y todo, las palabras no me asustaron. Lo que me dejó sin aliento fue la cara. Una cara de odio, de desprecio. Afilada. A mí me pareció que las mejillas estaban a punto de derretírsele en un rojo blando, sucio, como en las películas de terror.

Nosotros no sabíamos qué hacer. Ninguno sabía. Ni siquiera Adri. Yo reaccioné porque la panadera me obligó: la tenía casi encima, como si fuera a em-

pujarme. Tuve que hacer algo: di un paso adelante (yo no retrocedo) y le dije lo que me salió. Ahora sé que lo que me salió era absolutamente absurdo, pero en ese momento me vino solo:

—Muy amable de su parte.

Ella se asustó. Dio un paso atrás, después otro, gritó algo como "Ustedes van a acabar con este pueblo", se dio media vuelta y se fue. Oí los tacones sobre las baldosas. Recién cuando la vi doblar la esquina hacia Belgrano, me di cuenta de que me caían lágrimas.

El Negro fue medio torpe pero hizo lo que hacía falta: de pronto me estaba abrazando y yo sollozaba como cuando era chica. ¿Por qué será que, aunque las cosas duelan lo mismo, lloramos menos con la edad?

Los que se perdieron

Vienen a vernos. No son como la que nos vio en las sombras de la biblioteca. Ella no conocía la historia. Los que vienen la saben de memoria, la recorrieron muchas veces. La llevan marcada en los ojos, en las manos, en la garganta. La visitan y vuelven a visitarla y en cada visita ven los nombres mordidos de esperanza, los nombres perdidos que flotan sin amarras, sin destino. En cada visita ven el espacio vacío de la ausencia. Nosotros

los esperamos en el fresno y el pueblo les gira alrededor como un remolino.

Nuestros nombres vienen con ellos.

Sí, estamos volviendo. Oímos volver al pasado, tibio como antes, intacto.

Miramos a Ju. Nos parece que es la primera vez que la vemos. No está bien pero nosotros no lo vimos antes. Tal vez, sin raíces, es imposible ver el dolor de otros. Tal vez es imposible cuando hay un vacío en el lugar del nombre.

El día en que ella nos vio en la biblioteca, la noche venía con ella. La soledad la envolvía despacio, como una niebla personal, una oscuridad concentrada y espesa. Así caminaba: transparente, lejos de todos. Ahora la atraviesa la luz de otros ojos. Ahora hay ojos que la miran, palabras que la rozan. Tal vez, eso sea algo que le hayamos devuelto sin darnos cuenta. Pero no está bien.

En las noches la oímos llorar junto al sueño intranquilo de su hermanita dormida. Cuando podemos, la acompañamos. Tocamos las cortinas de tela verde y gruesa en el aire quieto para que ella vuelva al mundo, para que se aferre a él desde la región azul, congelada, de las lágrimas que no dejan los ojos. Ella nos reconoce y sonríe de nuevo: la sonrisa triste sobre mejillas mojadas.

Cuando llegaron los antropólogos, el cementerio estaba lleno. Casi todo el pueblo había pasado sobre la

parecita baja hacia las tumbas de la doble ene. El "casi" eran doña Su y el padre del Negro y los que pensaban como ellos... Y yo. Porque yo tampoco estaba.

El día en que empezaron a trabajar en las tumbas, no pude ir. Para entonces había empezado el asunto de Ju. Bueno, no. En realidad, Ju había estado incubando lo que pasaba desde hacía mucho tiempo, desde antes del proyecto, cuando era la chica menos. Pero yo acababa de descubrirlo.

Tengo excusas. No me di cuenta antes porque el grupo y el Negro y lo de mis viejos orgullosos pero ofendidos me había cegado un poco durante un tiempo. No sé manejar tantas cosas a la vez... Por eso, cuando me di cuenta, dejé las cosas en manos de Lau.

Dos de los cuatro antropólogos se quedaron en casa, con nosotros. Los otros, en lo de Adri. Increíble: antes, nadie entraba en esa casa y ahora... A mí, de pronto, me parecía que los viejos de Adri se estaban pareciendo a los míos: sentían que tenían que meterse en el asunto. Se ofendían si uno los dejaba afuera. Era... no sé, era como si estuvieran dando examen frente a nosotros. Y se esforzaban, se esforzaban mucho. Por ejemplo, antes de abandonar la panadería para siempre (ni ella ni yo volvimos a comprar ahí: caminábamos cuatro cuadras más hasta La

Hogaza), mamá había ido a "cantarle las cuarenta" a doña Su, cosa que yo no le había pedido. Eso no me sorprendía: siempre había sido así. Cada vez que se enojaban conmigo, se ponía así. Era una manera de disculparse, supongo.

Y en medio de todo eso, Ju.

Me acuerdo del momento exacto en que me di cuenta.

No habría pasado si yo no hubiera dado toda la vuelta a esa manzana para no pasar frente a lo de doña Su. Fue por eso, porque estaba esquivando la cara y el "mocosos", que doblé una esquina y volví a doblar y ahí, en el banco de cemento sin respaldo que hay en la vereda, frente a la mercería, estaba Ju.

Me le acerqué. Al principio no me di cuenta, pero ella estaba llorando. Por eso no me vio llegar. Lloraba sin hacer ruido: Elenita dormía, de costado, la cabeza sobre las piernas de ella, estirada sobre el banco.

No dije nada. No hubiera sabido qué decir. Me senté y la abracé, solamente eso. Hice bien, creo, porque Ju no me miró pero empezó a hablar. Dijo muchas cosas... sobre todo que nada servía para nada. Que todo le daba lo mismo. Ahí fue cuando la interrumpí. No nos miramos (eso ayudó) pero yo le hablé sobre las dos Ju. Sobre la de antes, la del menos, y sobre la de ahora.

—¿Y el Negro? —dije—. ¿A quién eligió el Negro cuando se peleó conmigo?

Ju hizo un gesto brusco de rechazo.

—Es complicado —dijo.

Y yo pensé: "Todo es complicado, todo".

Eso era lo que estaba descubriendo yo en esos días: todo es complicado; las historias y la manera de contarlas. Los días y los sueños.

Me quedé quieta un rato, sin hablar. Después, vino la charla, en voz baja, para no despertar a Elenita. La voz de Ju estaba firme a pesar del llanto. Así era ella. Hasta cuando estaba blanda tenía un centro duro en alguna parte.

Ahí entendí. Por primera vez, entendí el problema.

Como para mí, como para el Negro, el problema era el futuro. "Cuando el futuro es un problema, el presente se pudre", dice mamá a veces. Los padres de Ju vivían lejos, ya lo dije, y ella no quería pedirles nada. "Ya tienen bastante", me dijo. Bastante era, según entendí, la hipoteca, el dinero para pagarles a las dos la vida en la universidad y las peleas con los abuelos de Los Baguales.

Ju quería irse. Quería irse lejos, a estudiar. Ya estaba decidida: para ella, Medicina o Antropología. Pero la familia no tenía amigos ni parientes en ciudades con universidad y las pensiones eran caras. Y si

ella se iba, Elenita se quedaría sola en Los Baguales. Ju no quería dejarla con los abuelos. Así que suponía que no, que no iba a poder irse a ninguna parte.

—El año que viene se me termina el mundo —dijo sin mirarme.

CONCLUSIONES

Los que se perdieron

Oigo las voces en el teléfono. No sabía que las guardaba así, tan enteras, en un rincón olvidado. Las voces queridas que perdí en los autos verdes. El sonido las dibuja con el cuidado exacto con que la luz sabe dibujar las caras de mañana. Me veo en ellas. Vienen a través del vendaval de las décadas, sacudidas por el viento de los años, iluminadas por el rayo piadoso y terrible del recuerdo. Las reconozco.

Ella me mira.

De pronto, ya no somos "nosotros". Envuelto en mi nombre recuperado, soy de nuevo y estoy solo. Sí, sí, yo fui ese que ahora sé que era. Nuestro espacio, ese que hicimos con ella para la espera, se desgarra y se quiebra. Ella ya no está conmigo porque no sabe nada. Porque sigue sin raíces, sin nombre todavía.

Nuestros tiempos se separan. Oigo la grieta que se abre entre los dos. Yo oigo mi nombre que me llama. A

ella ya no consigo alcanzarla. La miro allá, del otro lado de una barrera de tiempo, y las barreras de tiempo son más difíciles de cruzar que las otras, las de espacio y rejas y ladrillos. La estoy perdiendo de nuevo.

Fuimos juntos y la perdí con el horror, cuando el horror nos empujó a este lugar invisible, roto. Ahora yo estoy volviendo y ella no. La pierdo de nuevo. Le grito la parte buena de ese final en el que nos teníamos. Repito desde lejos el consuelo, las caricias, las miradas bajo el negro del espanto. Le prometo que vamos a volver a vernos.

No sé si ella me oye.

No estás. No consigo tocarte. La soledad gira en un remolino como la espiral de niebla que envolvía a Ju en la biblioteca. Mi nombre sigue perdido. Te veo irte detrás del tuyo, detrás de los labios que nunca dejaron de pronunciarlo. Te oigo llamarme desde otro tiempo y repito mi nombre. El nombre que yo sé, yo solamente.

Los que vinieron a hablar con los huesos trajeron tu nombre. Detrás de tu nombre vienen los tuyos, esos que me habías prometido. Más adelante, dijimos, cuando fuera seguro. No llegué a conocerlos.

Ahora ellos te están nombrando.

Es bueno llorar, supongo. Sé que en alguna parte, los

míos lloran lágrimas pesadas como el plomo. Sé que caminan con ellas detrás de los ojos, siempre. No van a encontrarme. Sé que debería dejar de esperarlos.

Antes de la zanja, me aferré a vos y vos a mí. Nunca, nunca nos sacaron ese lugar secreto que habíamos levantado juntos. No pudieron. Pero ahora hay un nombre a tu alrededor y yo no consigo tocarte. Desde mi distancia imposible, te veo irte y trato de no seguir esperando. Sé, sé que vas a venir a buscarme.

Un hermano

La primera vez vine solo a Los Baguales. Al principio, fue un torbellino de caras que no conseguí relacionar con los nombres que me daban en cada encuentro. En medio de charlas y encuentros, el tiempo también giraba. Después, bruscamente, se detuvo.

Fue una de las chicas del grupo la que lo paró en seco. Yo no esperaba eso. No era de las chicas que aprendí a conocer enseguida. Apenas si habíamos conversado. Ella era más callada que las otras dos. Ju, la llamaban. Un nombre partido.

Nos vimos en el Café de la Plaza.

La noche anterior, ella me había tocado el brazo cuando me despedí del grupo en la puerta de la casa donde me estaba quedando y me había dicho que quería contarme algo. La voz baja, muy tímida. No lo dijo con

oraciones completas. Le costó terminar. Una adolescente. Como era él la última vez que lo vi.

El verano tocaba ya las mañanas del pueblo y yo imaginé esa plaza, ahogada en el aire quieto, caliente de enero. Llegué al café antes que ella (soy obsesivo con las citas). Me senté en la mesa junto a la ventana y miré pasar el pueblo sin verlo. Pensaba en mi hermano, en nuestra familia, arrojada como un puñado de semillas a los cuatro rincones del mundo. En el muchacho del cementerio, el que me había mostrado las tumbas. En el viejo del juzgado, en esos papeles guardados en un estante.

No vinimos a buscarlo a Los Baguales... ¿Por qué íbamos a venir a esta plaza en particular, a estas calles? No hubiera tenido sentido. Y por eso, lo tenía: eligieron el pueblo para que *no* lo encontráramos nunca. Pensé que el objetivo era ese: que no supiéramos. Se me cerraron los puños.

La vi así, con los puños cerrados. Ella cruzaba la plaza despacio: una chica en pantalones desvaídos y ojos fijos, siempre demasiado arriba o demasiado abajo, nunca al nivel de las caras de los demás. Apenas pasó por la puerta de madera arruinada, la vi incómoda y me di cuenta de que ella no sabía si darme la mano o un beso. Me acordé de mi hermano otra vez. Me levanté y le di un abrazo. No sé por qué, justo en ese instante, entendí lo que habían construido esos chicos, esa maestra, ese pueblo casi entero. Un puente, eso era. Un puente

imposible entre los dos jóvenes muertos (que ellos no habían conocido) y nosotros, los que los buscamos desde hace tanto (nosotros, a quienes tampoco conocían). Un puente imposible, como los que quería mi hermano, más grande entonces que estos chicos de ahora. Temblé mientras la abrazaba.

Ella se dio cuenta de que yo temblaba. Lo sintió, estoy seguro. No me lo dijo pero ella sabía que estaba pasando algo. Tal vez por eso duró tanto el abrazo. No sé si ella se aferraba a mí o yo a ella. La verdad es que no podíamos soltarnos. La charla vino después, recién cuando conseguimos volver a mirarnos.

Hablamos más de dos horas en ese café. El pueblo pasaba por la plaza y nos miraba. En algún momento vinieron los otros chicos del grupo. En algún momento volvieron a irse y entonces, la conversación de a dos siguió adelante, como si nunca la hubiéramos interrumpido. Creo que desde ese día estamos hablando, Ju y yo. Lo seguimos haciendo ahora que la historia está más o menos terminada, si es que puede decirse que las historias terminan alguna vez.

Esa charla que sigue empezó con algo concreto, la razón por la que ella me había pedido esa cita. Pero no fue eso lo que salió primero cuando estuvimos frente a frente. Las conversaciones no siguen las reglas que quieren fijarles los seres humanos. Solo cuando el diálogo se extendió y se hizo profundo apareció lo que ella había

venido a contarme, al final, cuando nos despedíamos en la noche cálida, casi de verano.

—Espere —dijo Ju (todavía no había conseguido que me tuteara). Reconocí en el tono de su voz la dificultad que tienen los tímidos para dar órdenes—. Todavía no le dije por qué le pedí que viniera.

Era cierto: habíamos hablado de todo menos de eso.

El Negro y yo cruzábamos la plaza cuando los vimos. No sé cómo fue, no exactamente, pero desde esa charla en mi casa, las cosas se habían enderezado. Tal vez, mi empujón había funcionado después de todo.

El Negro seguía teniéndole miedo a su viejo, más que antes, quizás porque él y su madre se habían mudado a un departamento. Se habían decidido por Córdoba: era más barata que Buenos Aires y la mamá del Negro tenía familia en esa ciudad. Apenas lo supo, él me miró a los ojos y me dijo que tenía un lugar para mí si yo quería irme ahí a la universidad. Yo le había dicho que sí casi sin pensar. Ahora entraba seguido al sitio de la universidad por Internet.

Todo eso había pasado así que las cosas estaban bien. Él y yo deberíamos haber estado hundidos en el baile de egresados, la entrega de diplomas, la despedida del pueblo... pero no. El proyecto se lo tra-

gaba todo. Se seguía tragando todo, aunque la profe ya había dado las notas. Y pensar que la nota había sido el primer objetivo del asunto.

Esa tarde cruzábamos la plaza hablando de Córdoba cuando los vimos en la mesa de la ventana.

En esos días, el hermano dormía en mi casa, como antes los antropólogos. Él y mis viejos se habían entendido bien: charlaban sobre épocas que yo no había visto y, cuando estaba cerca, yo trataba de prestar atención. Antes del proyecto no me hubiera parecido interesante; ahora, sí.

Y además, claro, estaba Ju. Mi abrazo la había consolado apenas el día del banco de cemento, pero el futuro seguía doliéndole en el cuerpo. Sonreía solamente cuando estaba con Elenita. Como si Elenita no supiera nada... El proyecto también le dolía: para ella, nada estaba terminado. El día en que la profe nos dio la nota (diez, nada frecuente con ella), yo eché una mirada al grupo a mi alrededor. Adri, Lau, el Negro, todos menos Ju teníamos los ojos brillantes. Pero para entonces, yo la conocía bien. Entendí enseguida: habíamos investigado el después, habíamos llamado a otros para que investigaran el antes y esos otros habían conseguido un nombre. Uno, solamente. El otro, el de la mujer, seguía perdido. Ju no se olvidaba.

Así que cuando la vi con el hermano, supuse que había ido a pedirle que la ayudara. Yo no quería dejarla sola con eso. Llamamos por celular a Adri y a Lau y cuando llegaron, entramos al café en banda. Hablamos mucho tiempo, pero ella no sacó el tema. La charla fue y vino entre la ceremonia que se llevaría a cabo en el cementerio; los padres del chico muerto, que vendrían desde afuera para eso; y las reacciones de los que estaban en contra. Era una conversación fácil y yo me sentía cómoda con el hermano, pero había una tensión extraña en alguna parte. Yo la percibía con claridad: un peso sólido, transparente, sobre una mesa demasiado chica. Ju nos miraba todo el tiempo y, al final, entendí: ella quería que nos fuéramos. Así que ahí estaba pasando otra cosa.

No me levanté enseguida, lo confieso. A veces, disfruto de hacerme la tonta en momentos como ese. El Negro tuvo que tocarme el brazo y hacerme un gesto. Creo que por eso funcionamos él y yo: yo lo empujo cuando hace falta; cuando hace falta, él me retiene.

—Nos tenemos que ir —dijo. Mientras se paraba, contó uno de sus chistes irónicos. Yo no me di cuenta enseguida pero estaba sonriendo. Hacía tanto que no lo oía contar uno de esos... tal vez desde la tarde en que el padre nos había echado de la casa, en la primera reunión.

—Sí, sí, yo tengo que irme también —dije, y detrás de mí se levantaron Adri y Lau. Mientras nos íbamos se me ocurrió que tal vez habíamos entrado al café para eso solamente: para que el Negro volviera a contar un chiste.

Ju me llamó esa misma noche. Mamá me dio el teléfono inalámbrico mientras cenábamos.

—¡Me voy arriba! —dije apenas oí la voz del otro lado. Necesitaba estar sola.

Me encerré en el dormitorio y hablamos como una hora. Yo sabía que me iba a ligar flor de reto, como siempre desde que el teléfono era medido. Pero ese día, hasta el reto valía la pena.

Ju me lo contó todo a borbotones: una cascada de palabras, un instante de silencio espeso como el chocolate, otra cascada de palabras. Le había pedido al hermano que no se olvidara de la chica de la zanja. Y el hermano la había escuchado. Ella se sentía más tranquila: "Ahora sí vamos a terminar el proyecto", me dijo.

Y había más. Tanto le había costado hablarle de la chica que había terminado hablándole al hermano del año siguiente. De la universidad. De Elenita. De los abuelos. De los padres. No pensaba contarle

eso, por supuesto, pero supongo que si una tiene un tema prohibido, termina parloteando sobre todo lo que está alrededor, incluso lo que le preocupa.

—Me dijo que, si yo quería, él me iba a ayudar —dijo Ju, después de un silencio. Le noté la voz cambiada, casi alegre.

Yo pensé un instante en sus abuelos. En esa familia que se quebraba de a poco porque no había dinero, porque no había trabajo. Porque vivían en un pueblo que no tenía secundaria. Por ahí, pensé, eso es lo que deberíamos hacer en Los Baguales: hacer una universidad, una que estuviera cerca para nosotros y los de Garzas y Las Marías.

Ju no me contó las cosas en orden. Se le enredaban las historias.

—Si encontramos el nombre que falta —me dijo en un momento—, este va a ser el mejor año de mi vida.

Yo temblé. Eso no hay que decirlo nunca. Nunca. Mamá siempre se aterroriza cuando alguien dice eso.

—El mejor hasta ahora —dije—. Hasta ahora.

La oí sonreír del otro lado del teléfono. Ella no creía en esas cosas. Las sonrisas se oyen, de eso tampoco me había dado cuenta.

Una madre

Ella tenía novio cuando la mataron. Eso lo sabíamos. Nos lo dijo la última vez que llamó, la voz cuidadosa, el tono desafiante, como siempre.

—Esta vez es en serio —dijo. Eso tampoco era raro: ella se tomaba todo en serio. Se ponía entera en la vida y creo que yo, en secreto, la admiraba por eso.

Me acuerdo de que me imaginé al chico. De que soñé con el día en que ella lo traería a casa y habría una discusión con el padre y yo los defendería frente a todos. A ella, a su novio. Me da vergüenza pero esa era una oportunidad que hubiera querido tener. Un momento para demostrarle que era capaz de ponerme de su lado.

Un hermano

Me costó averiguarlo pero insistí. Era importante para Ju. Y creo que para mi hermano. Si ella había muerto con él, entonces yo seguramente sabía el nombre, seguramente lo había escuchado en los tiempos de la primera búsqueda, la que hicimos cuando todavía lo creíamos vivo. Cuando no entendíamos del todo.

Hice una lista cuidadosa de los compañeros con que hablé. Me acordaba de los nombres. Apenas apoyé la lapicera en el papel, vinieron uno tras otro, sin un error, sin una duda. Con los nombres en la mano, no me fue difícil encontrar direcciones.

Mientras tanto, busqué escuela para Elenita en Buenos Aires. Necesitaba hacer algo por Ju. Cuando tuve los datos que quería, viajé a Cardos Altos. Quería conocer a sus padres. Lo arreglamos. Ju dudó un poco, pero al final se anotó en Medicina.

A veces caminaba hasta el cementerio y me sentaba con Nor bajo el único árbol (un fresno, me había dicho Ju). A veces venían Lau o Ju. Algunas tardes, veía a los cinco chicos desde lejos, en la plaza. Creo que se estaban despidiendo.

La búsqueda seguía. Siguió hasta que la encontré, a principios de diciembre. No me olvido: fue en la casa de un compañero de mi hermano, un amigo que yo ya había visto en Rosario. Esta vez aceptó ayudarme. En su momento me había dicho que no sabía nada.

No le avisé. Viajé a Rosario y le toqué la puerta sin avisar. Me acordaba del rechazo. Tal vez conseguiría más si no le daba tiempo a prepararse, pensé.

—No vine a preguntarte por mi hermano —dije apenas abrió la puerta—. A él ya lo encontramos.

Me dejó pasar. No sé por qué.

Cuando nos sentamos en el living verde y blanco, con ventanas hasta el suelo, le conté lo de Los Baguales. Y le pregunté por ella. Él me escuchó sin decir nada. Después, dijo, la voz baja, tan baja que me costó oírlo:

—Me alegro de que hayas venido, la verdad. Quiero que veas algo. Lo encontré hace poco. Cuando viniste no lo tenía.

No le creí. Sigo sin creerle, la verdad, pero lo que me dio valió la pena: un sobre con fotos de mi hermano y de ella, del grupo de Rosario completo. Ahí estaban los dos, vivos, jóvenes, los gestos marcados por la esperanza.

Me senté a mirar. Vi las manos entrelazadas, los cuellos doblados para rozarse en sonrisas, las mejillas suaves, las piernas largas.

No sé en qué foto, no sé por qué, pero de pronto llegó el miedo. No cualquier miedo, ese miedo específico que una vez me había confiado mamá, el que yo no había querido sentir. Ahora supe que ese miedo siempre había estado ahí, escondido en alguna parte de mi frente.

Estaban muertos. Habían aparecido un día en una zanja de Los Baguales y habían terminado en el cementerio. Eso ya lo sabía. Pero ¿y antes? ¿Cuánto tiempo se había regodeado el dolor en esos cuellos, en esas manos, en esas piernas, en esas mejillas blandas? ¿Cuánto habían durado esos cuerpos en el espanto?

Cerré los ojos.

La historia de mi hermano se bifurcaba muchas veces, se abría en ramas y ramas como un árbol. No era fácil pensarla. A esa altura, para mí, corría no tanto en el mundo sino adentro, en un espacio enorme, emocionado. Ese diciembre, en Rosario, en un living verde y blanco, me contaron una rama que yo no conocía del todo: la historia de amor de mi hermano. El nombre de ella vino

enredado en las palabras. La historia lo conocía y me lo trajo. Yo me acordé del final de la última carta.

Esa misma noche me senté en el hotel frente al teléfono y llamé. No quería pensarlo mucho. No quería arrepentirme.

Una madre

Me llamó y volvió a pedirme lo que había pedido antes: la sangre.

No era la voz de ella en el teléfono, pero era ella la que volvía. Me di cuenta. No ella, pero sí la huella de lo que había dejado en otros.

—No sabemos —dijo el hermano cuando llamó.

No sabían si era ella. Lo sospechaban solamente. No era ninguna de las chicas que buscaban las otras familias. Ninguna. Para eso querían el ADN.

Yo escuchaba. El hermano hablaba de un pueblito, de una zanja junto a un molino, de dos tumbas sin nombre. Dijo que había fotos de todo eso. Lo dijo muy rápido, sin silencios.

Después se quedó callado.

Y entonces lo oí por primera vez en años: el silencio. Hacía décadas que yo vivía en un grito interminable. Hacía décadas que ese grito era mi casa. El hermano habló y calló y de pronto, el silencio, como un golpe en el vientre, en el lugar donde la llevé cuando ella no era todavía.

El aire desapareció del mundo. Como si me hubieran metido la cabeza en el agua. Me ahogué. El silencio me ahogaba.

Cuando conseguí abrir los ojos, vi que todo había cambiado, todo. Sin el grito, el mundo era otro... No sé qué hubiera contestado sin el silencio. El aullido volvió enseguida, pero sin el paréntesis de silencio no habría sabido que estaba viviendo en el grito. No habría sabido que era el grito lo que me abrigaba.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba con el Negro en la puerta de casa. En esos días nos pasábamos horas en la puerta. No conseguíamos despedirnos. Él estaba viviendo con su mamá en alguna parte. El padre llamaba todo el tiempo al celular de la madre y los dos tenían miedo. Ella suponía que no pasaría de eso, pero saltaba cada vez que el viento cerraba una puerta. Eso me contaba el Negro. Había vuelto a hacer chistes para levantarle el ánimo a su vieja, pero cuando caminábamos juntos lo veía mirar hacia atrás. Tal vez era por eso que nos despedíamos durante horas.

Cuando sonó el teléfono, los dos nos dimos vuelta hacia dentro y vimos cómo mamá levantaba el tubo y decía "Hola". La vimos buscar la silla blanca con la mano y sentarse. Nos quedamos callados un instante, nos miramos y volvimos a entrar.

La llamada era por el proyecto, estábamos seguros. La cara y el cuerpo de mamá gritaban que eso era por el proyecto. No decía mucho: apenas "ajá", "sí, sí", entre dientes, en voz muy baja.

La conversación duró un buen rato. Después, ella dijo "Gracias por avisarme" y colgó. La voz le temblaba un poco cuando se dio vuelta para hablarnos:

—Chicos —dijo—. Creo que esto se termina.

Los que se perdieron

Los dos nombres que nos robaron vienen por el teléfono, en esas voces sin cuerpo. Nosotros miramos atrás, a los años de espera y sabemos que hace años que no somos más que una ausencia.

Ahora, levantamos los nombres en el aire y nos miramos en ellos. Somos dos de nuevo. Fuimos dos antes de las balas, antes de los gritos; dos que soñaban. Fuimos uno cuando no teníamos raíces, cuando todo era espera. Ahora somos dos de nuevo los que volvemos al mundo de los nuestros. Esta noche, bailamos los dos en los sueños de los vivos, de los que siguieron buscando, aunque buscar los partía en pedazos. De los que esperaban a pesar de sí mismos.

No sabíamos que recordábamos tanto la sonrisa que se abre en los labios cuando se dicen ciertos nombres.

Allá, en el mundo, están diciendo los nuestros y en esas sílabas nos reconocemos.

La segunda vez que nos contaron la historia estábamos todos en el café: la directora, la profe, nosotros cinco, los padres que quisieron venir, el resto del curso. Todos.

Ju se había sentado con Lau. Yo la miraba de reojo. Me había vuelto precavida: ella era la que había empezado el proyecto y ahora, al final, yo tenía miedo por ella. Cuando algo que llena los días y las noches se termina de pronto, el final duele. Y ella estaba tan sola antes.

Ahora había puesto los ojos afuera, en la plaza. Yo traté de entender lo que veía, pero no sé. ¿Esa brisa en las ramas inmóviles del sauce? ¿Dos pájaros que cantaban sobre uno de los sauces? No estoy segura. Yo no veo esas cosas. Lo que sé es que ella tenía los ojos hondos, concentrados. Tal vez estaba viendo otra vez lo que había visto en la biblioteca.

La noche del teléfono, cuando mamá nos dijo que ya sabían el nombre de la chica de la zanja y el Negro se despidió y se fue, yo lo vi alejarse por la vereda

hasta que su imagen se borró detrás de un árbol y temblé. Hubiera salido corriendo detrás de él pero hice un esfuerzo, cerré la puerta y fui a sentarme en el comedor con mamá y papá.

No lo calculé, lo juro. De la alegría que se les abrió a los dos en la cara, no me di cuenta hasta mucho más tarde. Para algunas cosas, soy un poco ciega. Lo cierto es que fui y les conté lo del padre del Negro. Y aunque no fue para compensar haberlos dejado afuera del proyecto, funcionó de esa manera.

Mamá se quedó mirándome y dijo que iba a hablar de todo eso con la profe.

—Ella va a saber qué hacer —dijo—. Conoce a todos los de la Comisión de Mujeres Golpeadas de la municipalidad.

Yo no sabía nada de eso, pero la dejé que hiciera. Por eso estábamos un poco más tranquilos el día en que nos contaron la historia por segunda vez, en el Café de la Plaza. Alguien se ocupaba del asunto. Sabíamos a quién buscar, adónde ir si pasaba algo. Es más fácil pensar sin el ruido del miedo.

Después del café fuimos todos a la ceremonia del cementerio y la historia vino con nosotros. La madre de ella, la última que conocimos, se agachó despacio hacia el hermano mientras caminábamos por el pasto y preguntó por la fecha. Yo la oí por casualidad.

—¿Saben cuándo murieron? —dijo.

Sí, sabíamos. Todos sabíamos. Habíamos leído los papeles del juzgado y aunque estaban escritos en ese lenguaje horrible y difícil, después de leerlos varias veces, habíamos conseguido entender. Ella no me lo preguntaba a mí pero yo oí perfectamente el borde afilado de la pregunta.

Por alguna razón, a ella le parecía importante, así que me di vuelta y le dije la fecha.

La vi sacudirse como en medio de una tormenta invisible. Después, se enderezó y respiró de nuevo. A mí se me ocurrió que respiraba como si hubiera tenido la cabeza bajo el agua desde hacía años. El aire se le apuró en los pulmones.

Un segundo después lloraba con las manos sobre la cara. Nosotros cinco nos miramos. No entendíamos. La abrazamos. Le preguntamos si quería volver, si quería esperar en alguna casa. Ella dijo que no con la cabeza.

Tuvimos que esperar a que nos lo explicara el hermano esa noche, en casa. Él y la madre y los abuelos, todos pensaban en el tiempo del espanto. Necesitaban saber si la muerte había sido rápida. Si no había habido demasiados días entre los autos que se los llevaron de Rosario y la zanja. La fecha decía que no. Que menos de una semana.

Yo ni siquiera lo había pensado.

Los que se perdieron

Pasamos las manos transparentes sobre las caras dormidas de los que nos quisieron. De los que nos siguen queriendo. Son nuestras de nuevo. Mañana nos vamos con ellos de este pueblo intermedio hacia la ciudad que conocimos cuando estábamos juntos en el aire, hacia los recuerdos encendidos que fabricamos en esas calles hace ya tanto.

Pensamos en lo que pasó esta tarde en el cementerio.

Alguien quebró con un martillo las palabras grabadas en el cemento gris: "NN", "NN", decían las tumbas. Ahora dicen lo que fuimos. Sobre el cemento partido y alisado de nuevo, los chicos escribieron las fechas y los nombres con marcadores negros.

Hubo lágrimas, por supuesto.

Ahora miramos dormir a los nuestros sobre camas blandas. Respiramos en ellos. Sabemos que cuando sueñen con nuestros nombres, vamos a volver a vernos.

Índice

Prólogo, dedicatoria y advertencia 7
Tema 11
Investigación 53
Segunda investigación 105
Conclusiones 159